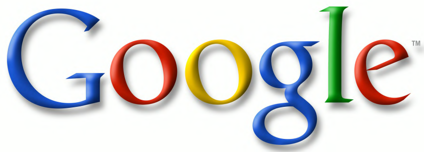




ARTURO

EL HIJO

DEL AJUSTICIADO.

NOVELA ORIGINAL

DE

FRANCISCO DE PAULA LLIVI.



BARCELONA:

IMPRENTA DE MIGUEL BORRÁS,
calle del Cármen núm. 60.

1847.

ARTURO,

EL HIJO DEL AJUSTICIADO.



Para los efectos de propiedad.



Matilde pálida como un cadaver se arrojó al cuello de Arturo clamando — Arturo, salvame!.......

ARTURO,

EL HIJO DEL AJUSTICIADO.

NOVELA ORIGINAL

DE

Francisco de Paula Clivi.



BARCELONA.

IMPRENTA DE MIGUEL BORRÁS,
calle del Cármen, núm. 60,
1846.

Cuando el niño sale de la infancia y contempla todo lo que el mundo le ofrece á su vista, preciso es que se sienta inspirado, cuando menos en los tristes momentos que la meditacion eroba al barullo y alegria; goces apetecidos comunmente por los hombres.

Pero las obras que salen de su jóven imaginacion á la cual todavia el tiempo no ha perfeccionado, raramente llevan en sí mas que la idea de adivinar, porque la misma fogosidad de los sentimientos que animan su empresa, aunque tiendan al desarrollo del gérmen de los conocimientos, siempre ofuscan á su tierna mente la verdad de las cosas, que solo los años pueden dar á conocer.

El miedo de incurrir en este ú otro defecto mas ó menos notable hubiera indudablemente arredrado á mi ánimo, si por otra parte demasiado confiado en la tolerancia del lector, no me hubiese hecho fuerza la esperanza de la emulacion que debe merecer un jóven en su primer ensayo.

Barcelona 2 de diciembre de **1845.**

Francisco de P. Llivi.

I.

....Hoy mismo partiré para un mundo menos injusto que este. ¡ Ojalá que mecido en un mar de felicidad que todavía no he conocido halle allí inocencia y virtud.

¡ Ay de mí ! ¡ cuántas veces, cuando todavía muy jóven en el seno de los placeres infantiles, me sonreía á la halagüeña esperanza de partir para siempre de mi patria ! ¡ cuántas veces, la sola idea de abandonar bien pronto á este suelo maldito, dulcificaba los miserables instantes en que vacilaba entre la vida y la muerte, entre el suicidio y la desesperacion ! ¡ O infeliz de mí ! y con que afan no esperaba yo este momento, momento dichoso en que por fin, podria ver brillar con inefable esplendor la estrella de mi porvenir hasta ahora ofuscada, porque yo no podia creer jamás en mi felicidad, mientras permaneciese aquí ! Ah ! yo no sé lo que pasa en otros suelos, aunque dudo que en

lugar alguno terciopelados y sedosos vestidos cubren almas tan hipócritas y tan bajas como en Paris. Y aun cuando así fuera, que la corrupcion nacida de la sociedad que tanto he maldecido reinara con el mismo grado por todas partes, al menos mi corazon no sufrirá tan crueles dolores, léjos del teatro del infortunio de mi padre.... Solo deseaba cumplir los veinte años y estos han llegado: ahora me iré sin perder mas tiempo. Pero ¡ Dios mio ! en el momento mas crítico de mi vida siento un no sé qué.... que me agita.... que me roe las entrañas, como si sufriera mucho al abandonar á mi tierra natal. Ay ! ¡ será tal vez porque en ella dejo el objeto que mas idolatro, á mi cara madre que llora por su hijo.... por su hijo que no verá ya mas !

Apenas hubo concluido Arturo Montris la última frase de su soliloquio, cuando se presentó á la estancia en que se hallaba, una señora de edad algo madura. Su semblante grave la hacia respetable á primera vista; llevaba toda la cabellera echada á la espalda, el desaliño que reinaba en su trage y sus ojos húmedos harto bien indicaban lo mucho que padecia.

—¡ Hijo mio ! gritó, arrojándose á los brazos de Arturo, ¿ será posible que quieras dejarme? oh ! no desoigas los votos de una madre.... desiste de este viaje.

—Madre mia ! tú pensar así !

—Y porque no !... ¿cómo quieres que soporte tu

ausencia? escucha, los pocos años que llevas te ocultan los peligros y obstáculos que se ofrecen á un viajero, del mismo modo que los sinsabores que me aquejarán despues de tu partida. Tú no sabes aun lo que es el mundo, en esta edad se sufren mil desengaños y léjos de aquí sin un amigo, sin una madre.... si estos fuesen demasiado crueles.... ah! yo conozco tu genio, Arturo, tú té suicidarias.

Sonrióse amargamente Arturo á esta palabra, y dijo.

—¿Y qué me queda ya aquí sino la muerte? Ah! tus bondades hácia mí no serán bastantes para hacerme sobrellevar esta vida tan triste en este pais, que todo me recuerda el desventurado fin de mi padre. El semblante triste de Mad. Carolina palideció aun mas á estas palabras, tomó la mano de Arturo y con acento verdaderamente maternal le dijo.

—Hijo mio, estas lágrimas que ves en mis ojos, al morir tu padre eran todavía mas copiosas, pero el dolor de entónces no fué tan profundo como el que siento en este instante. Su muerte debió vibrar la cuerda de todos mis sentimientos; pero esta vibracion no podia romper la de mi ecsistencia, porque en medio de mi dolor se levantaba un objeto que lo mitigaba, un objeto que colocaba bálsamo á las heridas acerbas que yo recibia, y este objèto eras tú, tú que ignorando la suerte desgraciada de tu padre entrabas en el mundo con la risa en los labios, desafiando con tus alegrias las mas halagüeñas delicias sociales.

—Ah! la edad del hombre es un martirio atroz y cruel que hiere con pausada lentitud al corazon sensible; cuando la del niño es una copa de oro, llena hasta los bordes, de un licor dulce y suave que llega á embriagarnos.

—No me interrumpas: continuó la madre de Montris, tú ecsistencia enjugó el llanto de mis ojos y volvió la tranquilidad á mi corazon; pero esta tranquílidad no debia durar muchos años puesto que en tu mas tierna edad ya soñabas en viajes; y esta idea que ocurrió á tu mente, fué sin duda el preludio de nuevas desgracias para mí.

—Razones bastante poderosas por mi fatalidad crearon esta idea en el seno de mi niñez, dijo Arturo.

—¿Y estas razones las puedo saber yo? Titubeó un momento Arturo, y. luego contestó.

—Hijas son ellas de la muerte de mi padre.

—Ah! comprendo respondió Mad. Carolina en tono de reconvencion; debias partir, porque cuando tuviste conocimiento, te dijeron que tu padre habia muerto en un cadalso, y tú sin curarte de su inocencia, inspirado solo del horror que te causára el nombre padre unido al de cadalso, querias salir de esta tierra para apartar de ella cuanto te lo recordára.

—¡Madre mia! esclamó Arturo con una espresion de vivo dolor, que denotaba lo mucho que sufria por la injusticia con que le juzgaba su madre.

Esta comprendió á su hijo y movida á un impulso de ternura repuso con los ojos arrasados de lágrimas.

—¡Ay! te soy demasiado injusta.... perdona á tu madre que no sabe lo que se hace.... mira á que estado la has puesto.

Estas palabras arrancaron de los ojos de Arturo un mar de lágrimas, enjugólas al fin, y con voz firme y serena dijo.

—Queria evítarte el disgusto de oir una difusa relacion de las causas que impulsan mi partida; queria evitártelo, porque en un corazon como el tuyo, por fuerza quedarán vestigios de lo que voy á decirte.

—Si una vez has de obedecer á tu madre, ábreme hoy tu corazon sin callar nada; no se me oculta que una cosa grande que á nadie has divulgado, es el motor de esta determinacion, porque de lo contrario estoy persuadída que no me dejarias. Habla, ya te escucho.

Arturo tomó la palàbra en estos términos.

Contaba diez años de edad cuando un dia al despuntar el alba salí solo de casa la Enriqueta nodriza mia con el frívolo objeto de buscar nidos de pajarillos; despues de una larga jornada estraviéme por unos bosques, cuya arboleda espesísima apenas daba entrada á los rayos del sol que se elevaba ya sobre el horizonte; el silencio y la obscuridad que reinaba en aquel lugar comenzó á infundir en mi

alma un estupor que me dejó petrificado.... Ah! todo lo recuerdo como si me hubiese sucedido ayer! Lleno de miedo sentime luego agitado por unos temblores convulsivos, mientras que un sudor glacial inundaba mi rostro, hasta que para huir de mí el horror que me causara verme solo, me cubrì con ambas manos los ojos, y dejéme caer al suelo. En esta actitud todavía estaba cuando se me apareció un anciano; el estado en que me hallaba permitió que mas pronto oyese su voz que sus pasos. Tendióme la mano para levantarme, y yo que ciertamente necesitaba de sus fuerzas para esto, asile con mucho vigor, y despues de habérselo agradecido infinitamente le manifesté los deseos que me habian animado en aquella empresa. Rióse al principio de mi miedo; pero como despues mis labios pronunciasen mi nombre, su semblante tranquilo y agradable se tornó al momento muy pálido y turbado. Apesar de ser yo muy niño, adiviné que mi nombre habia abierto sin duda en su corazon lacerado por algun recuerdo, una herida que el tiempo le debia cicatrizar, y por lo mismo inpulsado por la curíosidad mas que por otra razon, imaginaba algun medio que me lo descubriese; pero no tuve necesidad de ello, puesto que luego oí salir de sus trémulos labios estas palabras, que pronunció apartando su rostro de mí: «Hijo de mi bienhechor huye de aquí.... huye de los asesinos de tu padre.» Figúrate, madre mia, el efecto que produciria en

mí esto; pero todavía no tanto cuando sordo á las reiteradas instancias que le hice de que me esplicase aquel enigma, solo me contestó: «niño te compadezco, porque eres víctima de uno que ha jurado el esterminio de tu familia. Y apenas hubo dicho estas últimas palabras desapareció. Vuelto en mí del estado en que me dejara este suceso, tomé un sendero por donde fácilmente pude volver á casa. Ahora juzga de las causas que me impelen á salir de esta tierra de maldicion.

Mad. Carolina escuchó toda la relacion de su hijo con el mayor silencio y suma atencion; durante ella hubó momentos que su corazon martirizado por recónditos pesares sintió síntomas de una enfermedad que Arturo habia cimentado; pero necesitó reprimirse. Calló este dolor que paulatinamente se habia apoderado de su alma, porque deseaba saberlo todo; queria sin duda apurar hasta las heces la copa que el infortunio le deparaba por manos de su propio hijo.

Cuando este hubo acabado, su madre le dijo con voz muy triste.

—Tenias razon cuando dijiste que esta relacion podia influir mucho en mi salud. Ah! Dios me ha hecho demasiado sensible para ser madre, y vivir en este mundo. Arturo, haz lo que quieras, en ti dejo la eleccion; pero caso que yo muera, no ignores que este anciano cómplice en la muerte de tu padre, segun él mismo dice, fué su criado y huyó

con otra mujer antes que la justicia les acusase por únicos delincuentes de un robo que en esta casa se perpetró.

Dos horas despues de esta corta conversacion salia de Paris con la diligencia para Marsella, Arturo Montris.



II.

Risueño se le vió todavía en medio de tantas desgracias; pero lo siniestro y feroz de su sonrisa, hacia adivinar cuanto podia esperarse de sus maldades.

En un dia de enero de míl setecientos ochenta y uno, espiró en la ciudad de Paris el opulento banquero Eduardo Montris; su pérdida fué sentida con vivo dolor por cuantos le rodeaban, y mayormente por su señora Carlota Rogero, que quedó sumergida en una melancólica tristeza, que dificilmente hubiera podido ahuyentar, si una muerte repentina no le hubiese atajado sus pasos un mes despues de la de su esposo.

La familia que el financiero dejó al morir, componíase de dos hijos: Ricardo el mayor le habia tenido de una mujer oscura que cuando jóven conociera, y Eugenio de su amada Carlota. El genio altivo y orgulloso de esta señora habia dado pábulo á

un odio profundo hácia Ricardo, odio que sin duda alguna habian creado los celos de ver las caricias paternales compartidas entre ambos hermanos. A la perspicacia de Mr. Eduardo no se le ocultó la causa de la repugnancia con que lo miraba Carlota y para cortar de raiz toda desavenencia, habia mandado á Ricardo viajar cuando todavía era muy jóven.

En la época que acaeció la muerte de su padre hallábase aun ausente; pero esta triste novedad, á pesar del silencio que la viuda guardara hacia él no tardó mucho en saberla. Ultimamente habíase ideado un itinerario para visitar á la Escocia; pero desde luego que llegó á sus oidos esta fatal noticia, no pensó mas que en regresar á su patria, que no habia vuelto á ver.

Dolores crueles son los que siente el hombre á la vista de un enemigo; pero todavía mas profundos cuando con este enemigo le une un vínculo de parentesco que cual barrera de bronce, le veda tomar represalias de las ofensas que de él se han recibido. Ricardo, apesar de sus pocos años, los viajes y sus conocimientos naturales le dieron á conocer las causas que habian impelido á su padre, separarle de su lado; y comprehendiendo todo lo que podia esperar de la esposa de este, sustituyó al amor que en su tierna edad le profesára á un odio si cabe mayor que el que Carlota alimentára hácia él.

Falto de una madre que mitigara sus penas desde la cuna, y por lo mismo exento de una verdadera

felicidad, no tuvo un timon que le guiara por este Océano, en donde tantos vientos borrascosos para la juventud, surcan por su admósfera, ni un Mentor que predispusiese su corazon á la virtud. En medio de una lucha continúa con sus pasiones que ninguna mano habia sofocado, sentia en su interior un gérmen de benevolencia, que desarrollado simetricamente por un amor, que en sus sueños habia creado y que en vano buscara, hubiera encaminado hasta la mas viólenta de sus pasiones á un fin de bondad. Pero este gérmen por sí solo no bastaba para dar un camino diametralmente opuesto al conjunto de sus impulsos; y además este resto de los sentimientos que en la infancia animan habia de desaparecer bien pronto, por lo que se ofreció á su vista poco tiempo despues de su llegada á Paris.

La frialdad con que fué recibido por Carlota y su hijo, unido á causa de esto el pesar que sentiria por estas dos personas que no podia ver ya sin repugnancia, hubiera sido suficiente para arrancar de su corazon cuando menos un suspiro, si un golpe impensado amilanándole sus fuerzas y su carácter no le hubiesen colocado sus sentimientos en un estado de parálisis, en que es difícil de sentir.

Con la codicia y avidez de un heredero habia Ricardo abierto la última voluntad de su padre, tanto mas ansioso cuanto trataba de tomar su legado para partir al momento hácia tierras estrañas; pero júzguese de lo que pasaria en su alma cuando vió que

en él no se hacia la menor mencion de su persona, que preferido en el testamento del autor de sus dias ya no le quedaba mas asilo que las calles de Paris, ni mas pan que el que sus afanes podian buscar. Enjutos parecieron sus ojos á este tan terrible golpe que la fatalidad le deparara, porque dolores hay que no dejan siquiera llorar, y padeciendo en silencio, medité tambien en silencio su malhadada suerte. Al cabo de poco tiempo por el agujero que entraba la poca luz que iluminaba el aposento en que se habia encerrado, sin querer recibir á nadie, cualquiera hubiera visto á su semblante ceñudo sonreir á una idea que su imaginacion acababa de sugerirle; pero su sonrisa era como la que salta de los miserables labios de un salteador, en el momento de divisar en la carrera de perdicion por do le arrastran sus pasos, á un viajero indefenso.

Al cabo de poco falleció Mad. Carlota Rogero sin haber anunciado antes ningun síntoma de enfermedad. Aquel mismo dia Ricardo salió de aquella casa para no volver jamás.

Esento Eugenio de una madre que tanto debia amar no fué por esto menos feliz, pasado el tiempo necesario de entregarse á la desesperacion, al llanto y despues á la tristeza, abrió otra vez su corazon á la alegría y al mundo y por fin acabó con olvidar á su madre y hasta á su hermano, que tan inesperadamente habia desaparecido. Ambicioso como todos los jóvenes, sus muchas riquezas le sirvieron de eslabones

para subir á una posicion elevada de la sociedad, á la cual debió su ventajoso casamiento con Mlle. Carolina Sacris de quien tuvo un niño llamado Arturo. Era el año mil setecientos noventa y tres cuando lo dió á luz, y en este tiempo Paris víctima de la hidra de la revolucion, que los desmanes de los gobernantes habian escitado; sintió desfallecer bajo el yugo de un tribunal que el mismo pueblo se diera. En aquellos tristes dias en que no menos triste el horizonte habíase cubierto de un denso velo de nubes como para ocultar á los cielos las miserias mundanales; en aquellos aciagos dias en que bastaba la sola voluntad de un hombre, para decidir de la existencia de cualquiera, la revolucion no perdonó á Mr. Eugenio Montris, á pesar de su inocencia fué otro de los muchos que el tribunal interior creado por la convencion nacional, condenó al cadalso para espiar un delito que no habia cometido.

Muy estraño pareció este fallo al juicio de los hombres ilustrados, supuesto era bien conocida, su neutralidad en materia de opiniones, y esto mismo obligó á creer que su muerte no podia deberse sino á una enemistad personal de alguien, que profanando lo sagrado y augusto de la inocencia, manchó su lustre con la bajeza de la delacion.

Dotada Mad. Sacris de una alma en estremo sensible, fué para ella un golpe terrible y mortal la noticia de la muerte de su esposo: herida á lo vi-

vo de su corazon hubiera muerto sin duda de pesar, si Arturo que empezaba á respirar el dulce ambiente de la vida no le llamase al mundo; su hijo á quien amó con delirio de madre, no solo sirvió de lenitivo á sus penas si que hizo olvidar en parte la causa de ellas, de suerte que apesar de la mucha virtud que albergaba en su alma, el amor maternal borró en muchos momentos hasta el recuerdo de su esposo.

Moraban en este tiempo en la casa de este, en clase de sirvientes Antonio Roura, hombre de cuarenta años y Margarita Moussana que solo contaria por allá de veinte y cinco; desde algunos años habianse unido ambos en matrimonio, al cual debian un niño que le dieron el nombre de Vicente y que la escesiva bondad de los señores permitió vivir bajo el mismo techo. Cuando quitaron la vida á Mr. Eugenio aconsejaron á la viuda que saliese á la campiña para disfrutar de la bella estacion de la primavera, y Mad. Carolina que mucho necesitaba salir de la escena que tan desgraciado papel acababa de representar su esposo, no dudó en seguir los consejos de sus sirvientes con mas razon cuanto que sobre la mucha necesidad que tenia de distraherse de las aflicciones que la aquejaban deseaba dar nodriza á su hijo. Despues que algun tanto recobrada volvió á Paris sin Arturo, que habia dejado á una nodriza llamada Enriqueta con el fin de que los aires del monte influ-

yesen mas á desarrollar su construccion : pero concibase el nuevo dolor y sobresalto que esperimentaria, cuando al llegar á su casa vió que los sirvientes, aquellos que tan de buena fé creyera sus palabras, se habian fugado dejando á la habitacion en el mayor abandono. Un valor sobrenatural vino á su ayuda y sin necesidad de nadie comenzó á huronear escrupulosamente todos los aposentos; mas su sorpresa fué tanto mayor cuando vió que le habia sido quitado un cofrecillo de diamantes, cuyo valor ascendia de cuatro mil libras esterlinas; alguna de los joyas que contenia este cofrecillo eran suyas, las demas su esposo las habia heredado de su padre. Este fué otro de los golpes mortales que la naturaleza deparó á la infelíz viuda de Mr. Eugenio, golpe que tal vez hubiese acabado con su existencia si la idea de la suerte que caberia á Arturo sin ella no la hubiese dado ánimo para soportar cuantas calamidades la agoviasen.

El tiempo pasó con la rapidez que le es peculiar y los años vinieron á Arturo á medida que su cuerpo iba desarrollándose; su madre le visitaba con mucha frecuencia en la casa de la nodriza de donde nunca habia querido salir; medianamente educado por el abate de la aldea habíase criado benévolo, virtuoso y sencillo á la par que confiado; á su corazon accesible á todos los sentimientos buenos, uníase una alma de fuego capaz de todo si su carácter apocado no la contrarestara; su ardiente

imaginacion y el deseo que sentia de ser hubieran hecho de él un grande hombre á no haber influido en contrario las ideas que le inculcara su primer preceptor. A la edad de diez y ocho años era ya un jóven de estatura alta, la melancolía que de sus facciones se habia apoderado acaba de dar un tinte mas sublime á la hermosura de su rostro. A esta edad persuadido por su madre, dejó á su nodriza y á aquellas fértiles campiñas que tantas veces habian oido sus tristes plegarias, plegarias dirigidas á Dios para que alejase de sí á los enemigos de su padre que tambien eran suyos. Salió pues para Paris que todavía no habia visto; pero mas triste y meditabundo que antes, porque su corazon le predecia que allí le aguardaban solo desastres: su llegada á esta ciudad produjo un efecto contrario como el que debia prometerse su madre, el tumulto, los teatros y las fiestas léjos de servirle de diversion le entristecian mas cada dia, de suerte que dos años despues quiso partir á pesar del llanto de la infeliz viuda de Montris.



IIII.

La falta de verdaderos conocimientos literarios que generalmente se nota en las jóvenes de Cataluña, deteriora mucho á los ojos de los estrangeros este hermoso pais.

Despues de algunos dias de viage llegó Arturo Montris á Marsella, é inmediatamente tomó asiento en uno de los carruages que se dirigian á Barcelona, ciudad en que pensaba demorar por algun tiempo. El dia veinte y tres de diciembre de mil ochocientos catorce llegó por fin á la capital de Cataluña. Durante el viage habia trabado amistad con un caballero que decia llamarse Pedro Rumier, era de pocos años mas que Arturo, su figura con la de este jóven tenia una semejanza bien marcada: el pelo corto con la larga cabellera de Montris, los ojos hundidos de este con los de Rumier que parecian salir de sus orbitas, era la única discrepancia que se ofrecia entre estos dos jóvenes; sin embargo la lán-

guida y espresiva mirada del uno, no parecia simpatizar mucho con la del otro que daba á su fisonomía un aire de ferocidad; sin embargo su hablar y sus gestos suavizaban aqnel carácter que de sí nada tenía de bueno, como si la educacion hubiese envuelto bajo fina tela, su fiera y empedernida alma. Habia venido de Paris de donde era natural siguiendo la misma ruta que Arturo, y ambos viajeros posaron en una casa de huéspedes que D.ª Casimira Muñoz habia abierto en la calle del conde del Asalto.

Apesar de haber prometido Arturo á su madre que seguiria la carrera del foro en algun colegio de España, vivió holgadamente no pensando mas que en buscar con la avidéz de un disoluto, los placeres que una ciudad grande proporciona á los opulentos, de suerte que sus dias deslizáronse felices á cual mas. Animado por opuestos sentimientos que poco antes vió correrse el velo que le cubria la sociedad justa víctima de sus imprecaciones, al paso que su corazon sentia con gozo indecible el hechizo y engañador placer que ella regala á sus adictos. Desgraciadamente asaz débil para refrenar sus pasiones, á que se hubiera entregado con el ímpetu propio de un carácter juvenil, si la naturaleza dotándole de una alma muy candorosa no le hubiese colocado entre ellas una barrera de bronce, barrera que con el tiempo debia romper. Dichosa flor que arrebatada de entre erizadas rocas en donde criábase enfermiza y mústia, debia ser trasportada en fértil suelo

para desarrollarse lozana y hermosa. Mas ah! que no es siempre la azucena la que espide mejor olor y fragancia, aunque sus colores y la mano del industrioso jardinero hagan la mas bella y encantadora: desgraciada vida del hombre que agitado hoy por un tormento y mañana rebosando de alegría pasa su curso anegado en llanto y embriagado en risa, ignorando siempre que todo es un dolor que nos conduce al sepulcro y un loco placer que nos pierde los sesos y que hace parecer á este mundo un juego de insensatos.

Apenas habian transcurrido mas que algunos dias de la permanencia del hijo de Mad. Carolina á esta ciudad, que sufrió la mas completa mudanza tanto física como moral; sus facciones desencajadas y su semblante pálido habian tomado paulatinamente una frescura singular, y en sus costumbres é ideas y hasta en ninguno de su pensamiento no reinaba el sentimentalismo que tanto le distinguia antes; en fin, Arturo aquel misantropo de Paris habiase convertido en el hombre mas social del mundo. Sociedad; hé aquí tu poderio, hé aquí tu mision sobre la tierra; odiada por unos, acariciada por otros, has de ser verdugo de todos, porque á todos matas pronta ó lentamente con el veneno que tu arrojas; felice tú que siempre tienes amigos que desengañar y enemigos que burlar, los que al otro dia te hacian blanco de su rabia hoy te desean con el frenesí de un primer amor y los otros en-

tregados á la desesperacion no tienen bastante fuerza para arrancar de tu seno á sus hijos que ya empiezan á llorar tus calamidades.

Pero digamos una palabra sobre lo que habia mas influido en el ánimo de Arturo á un cambio tan repentino.

Este no necesitaba otro lenitivo que un amigo y á este lo halló luego; lo que le habia negado su patria lo encontraba en paises estrangeros: pero Rumier era tambien Parisien, y esto que otras veces dispertando en su corazon un recuerdo harto amargo, hubiera inculcado en su ánimo un deseo de separacion; ahora encadenóse á él con unos lazos tan fuertes, que en su muerte sin duda hubiera sentido la de un hermano.

El café, el paseo y el teatro eran los únicos entretenimientos de ambos compañeros, tras una diversion otra transcurrian los dias entregados en la mas completa holgazanería.

Una noche antes de asistir á la ópera fueron á visitar á D.ª Mercedes á quien conocian, merced á la amistad de algun cofrade de café. Esta señora viuda de un oficial del ejército habitaba en la época que pasa esta historia un cuarto principal de la calle del Cármen, en compañía de sus hijas Sofía y Hernestina niñas de diez y ocho años á lo mas.

Cuando Arturo y Rumier entraron en el aposento hallábanse las dos hermanas haciendo labor, las facciones de ambas eran mejor graciosas que

bien formadas y les daba un aire encantador que las hacia pasar por hermosas sin serlo. Sofia era la mayor á pesar de que cualquiera la hubiese creido la menor antes de oir su voz menos dulce que la de Hernestina.

D.ª Mercedes entregada á la calceta estaba reclinada en una poltrona á algunos pasos de sus hijas: habia pasado de los cuarenta años y en su semblante todavía se traslucian cuando no restos, indicios de la estremada hermosura que la naturaleza la dotara en su juventud.

Despues de los cumplidos ordinarios que se siguen á una visita, Rumier y Arturo á invitacion de las señoras, tomaron asiento mas cerca de Sofía y Hernestina que de la madre; habian ya pasado algunos minutos en profundo silencio cuando Hernestina se dirigia á Arturo en estos términos:

—Sabe que hace mas de ocho dias que no la habiamos á V. visto.

--No tal, amable Hernestina, replicó Arturo, pues si mi memoria no miente era el lúnes cuando tuve el gusto de verlas á Vdes. Hoy estamos á sábado, con que apenas han transcurrido seis dias.

—Olvida V. que á nosotros los dias de no ver á un amigo se nos hacen años.

—Sabia solamente que eran muy hermosas y buenas; pero tanta bondad para mí... lo ignoraba. Mas á propósito de hermosura, no pueden figurarse lo mucho que les sienta bien el peinado. Les ha-

llaba á Vdes. una mudanza de la última vez que vine y no me sabia esplicar la verdadera causa de ella, ahora adivino que es el peinado que llevan á la moda.

—Le gusta á V? dijo Sofía á Arturo.

—Mucho; contestó este.

—Pues crea, continuó Sofía, que disiento de su gusto; traigo como mi hermanita el peinado de esta manera porque es la moda, y nosotras las mugeres estamos arrastradas á obedecer cualquiera de sus caprichos, sino queremos ser objeto de pública irrision. De lo contrario quede V. bien persuadido que no le llevariamos así, porque ó yo me engaño mucho, ó es muy ridícula esta moda.

—Lo seria poco antes, repuso Arturo, pero ahora no.

—¿Porqué? preguntó con curiosidad Hernestina.

—Por una razon la mas sencilla pel mundo, respondió Montris: figúranse Vds. una de estas señoras cuya fealdad predominando á despecho de todos los remedios del arte que hay para parecer hermosas, viste de terciopelo ó seda, esto que léjos de realzar á su persona la rebaja todavía, desdora el ornato que sin duda debe desprenderse de aquellas galas, cuando hay otras señoritas en cuya clase pongo á Vds. que sin tener que mendigar á los adornos, la hermosura hace de la gala mas ínfima la mas esquisita y preciosa, y basta para que su solo uso haga el agrado de todas de lo que era de pocas,

y desde entónces es la moda; ah! nada hay como la hermosura, es un mágico hechizo que estasía al contemplarla.

Las dos hermanas levantaron sus ojos hácia Arturo, y en los rosados lábios de entrambas divagó por un momento una sonrisa que naciera de la adulacion que acababan de recibir.

—Señor de Rumier, dijo Sofía, desde cuando su amigo de V. se nos ha vuelto tan adulador? ¿son las lecciones de V. las que le habrán instruido con tanta perfeccion en este arte?

—Mis conocimientos, respondió Rumier, son harto escasos para inculcar la menor idea del saber á un jóven que en todos tiempos hubiera podido servirme de profesor.

—Podrá ser cierto lo que V. dice, interrumpió Hernestina; pero tampoco se empeñe en negar que conoce muy profundamente este arte para dar lecciones á cualquiera tan esperimentado como Arturo.

—Ignoro las razones que podrán dar ocasion para merecer de V. un concepto tan aventajado; porque hasta ahora ha sido tan poca mi capacidad que maldita la vez que se ha lucido.

—Si no le conociésemos, dijo D.ª Mercedes, nos daria entender que en su vida no ha visto un libro.

—No puedo negar, contestó Rumier, que allá en mi infancia leí algunos; pero por mi fatal ó afortunada estrella tuve que hacer fuego de ellos, porque lo mucho que me gustaban perjudi-

caban en gran manera mi salud. Juzguen Vds. que un hombre sin estudio malamente podrá saber mas que algun arte mecánico cuando no se tiene nada, y viajar cuando se tiene mucho.

—Y duda V. señor de Rumier, dijo Hernestina, que han ecsistido y tal vez ecsisten hombres que sin un estudio contínúo han llegado á ser muy sabios.

—Considero, repuso Rumier al talento como el fuego que para conservarse, ha de ser continuamente atizado; pero á pesar de esto no nos faltan genios tan grandes y previligiados como Cervantes y otros que han asombrado el orbe por su saber sin haber recibido ni siquiera una mediana instruccion; pero á estos pocos los comparo yo á los fenómenos que nos enseñan.

—Con que para V. Cervantes es un ingenio grande y esclarecido, repuso Sofía.

—Si hemos de creer á los mejores escritores contemporáneos, Cervantes es el primero en España, en el catálago de hombres ilustres.

—Estraño el juicio de nuestros contemporáneos, dijo Sofía porque entre todas las obras que he leido; no he hallado otra que mas me fastidiase como el D. Quijote.

—Leí, hace algunos años, repuso Rumier, esta obra preciosa, brillante que adorna la diadema literaria de España como la llaman mis paisanos; pero no me queda otro recuerdo de ella, sino que

tuve que armarme de mucha paciencia para leer la última página.

—No me hable V. de eso. Oiga, he empezado á leerlo muchas veces, y solamente la he acabado una sola; y lo que es mas que en esta única vez no he comprendido nada.

—Muy diferente de las novelas de Modestin, observó D.ª Mercedes, este literato con poco hablar espresa conceptos sublimes á la par que inteligibles.

—No conozco este caballero, dijo Rumier, y es catalan.

—Catalan y jóven, respondió Sofía insuperables obstáculos para ser un buen literato, viene mucho aquí; ya se le haré conocer á Vds.

—Y enseña á hermanita, repuso Hernestina.

—Presumo la enseñará á V. componer novelas no es asi Sofía.

—Nada de eso. Un dia me oyó decir en conversacion que me gustaban mucho los versos y desde entonces se puso en la cabeza el deseo de enseñarme el modo de hacerlos; pero no querrán Vds. creer lo muy tonta que soy en ello.

—Con que sabe V. hacer versos, y que calladito se lo tenia.

—Todavía soy aprendiz, señor de Rumier.

—Tendrémos otra poetisa que admirar; á la verdad que era muy esencial para una ciudad como Barcelona que la instruccion se derramase por to-

das las clases, y secsos. Faltábale solamente esto para poder competir con otras poblaciones no inferiores á esta. Y V. quiere llenar este vacio! se le doy á V. mil parabienes.

—Le he dicho á V. señor de Rumier, que todavía soy aprendiz.... además que yo no trato de figurar como poetisa, porque ni me veo en fuerzas para ello, ni quiero.... solo deseo saber de poesia por diversion y mero pasatiempo.

—Siento que me quite la esperanza que habia concebido por el bien de este pueblo.

—No sea V. tan burlon, Arturo.

—Le ruego, crea lo que siente mi corazon. Y este Modestin continuó Arturo acercándose al oido de Sofia, es buen mozo?

—Puedo saber por qué lo pregunta V.? dijo Sofia en voz alta y poniéndose muy colorada.

—Para menos de lo que V. se piensa.

—Es V. muy Pícaron.

—A nosòtros los Parisiens, dijo Arturo, nos causa tanto galardon el mérito como las gracias: hace un momento que admiro el talento de este jóven, deseara ahora admirar su hermosura.

—Si este es solo el fin de su deseo sepa que es una imágen la mas perfecta. Muy bien pudiera decirse que es el tipo de la hermosura, del genio y de la galantería.

—Ardo en deseos por conocerle, dijo Rumier.

—Imaginan Vds., continuó Sofia con la mayor

afectacion la larga cabellera de Arturo en la cabeza de Mr. Rumier y cincelada de un cutis como la de un ángel.... ah! fuera preciso ver su nariz afilada, su labio pequeño y rosado y sus ojos grandes, para formarse una idea cabal de su perfeccion.

—Desde algun tiempo á esta parte, observó Hernestina, se halla algo delgadito y su vista no espide el brillo de un dia.

— Es muy cierto esto, dijo Sofia; pero él se tiene la culpa.... hasta en su cama escribe una novela, y estos escesos perjudican la naturaleza mejor dotada de robustez.

—Probablemente manifestó Rumier ocultando su risita, vendrá este jóven mucho, para mejor provecho de su alumna.

—No tal, contestó Sofía, porque sus muchas ocupaciones que se da, nos privan de este gusto.

En esto entró un criado annnciando al Sr. de Modestin.

—Señor de Modestin, dijo D.ª Mercedes, pase V. adelante sin cumplidos.... sin cumplidos.

El caballero Modestin era de una estatura menos que mediana; pero eso no desdeñaba en nada su figura arrogante, que en un todo era el perfecto retrato que Sofía acababa de hacer. Su levita de paño negro ceñíase muy bien á su cuerpo bien torneado; descubríase pendiente de su cuello una cadena de oro, que debia desprender un reloj que se ocultaba en un bolsillo del chaleco de terciopelo

carmesí que llevaba. Al entrar al aposento donde estaban nuestros interlocutores, atrajo sobre sí todas las miradas, menos la de Sofía que se agachó para coger el dedal que involuntariamente habia dejado caer. Cuando se hubo levantando, á pesar de lo momentaneo que fué este movimiento, Modestin estaba ya sentado al lado de D.ª Mercedes, á quien hablaba en voz baja.

—¿Qué libro es este? le preguntó Hernestina, indicando con el dedo un libro que tenia en la mano.

—Es el Edipo de Voltaire, contestó Modestin, es esta grande obra que compuso en su edad de diez y ocho años, y que tanto odio ha escitado contra su autor, como lisonjas y adulaciones ha valido á los que la han plagiado.

—Voltaire! esclamó D.ª Mercedes, santiguándose, no me hable V. de Voltaire; ese es el hombre que tanto ha escrito contra la religion de Jesucristo.

—Y el que tantas utilidades ha reportado á la literatura.

—¡Maldito lo que le aprovechará la literatura en el infierno!

Modestin no pudo contener una carcajada, al oir hablar de esta manera á D.ª Mercedes.

—Señora, que estas ideas las tenga uno al momento de morir pase, pero ahora.... en verdad que me hace V. reir de veras.

—Vaya, dijo D.ª Mercedes, me hará creer que es V. un judio.

—No soy yo ningun judio.

—¿Entonces porque duda V. del cielo y del infierno?

—En cuanto á cielo.... presumo que hay.... pero infierno...¿qué quiere que le diga á V., D.ª Mercedes? continuó Modestin, dejando caer una oblicua mirada á Sofía ; soy tan dudoso que todo lo dudo.

En este momento, Sofía que sin duda habia adivinado la causa que habia impelido hablar de este modo á Modestin, dirigió á este su mirada llena de queja y reconvencion.

—Debo retirar la palabra de dudar de todo, dijo Modestin, despues de haber observado á Sofía, porque en ella debiera irrimisiblemente comprenderse que hasta dudo del amor, y en esto pecaria con las leyes de la galantería.

—Tanto haria que retirase toda la duda, le dijo D.ª Mercedes, porque hacer las cosas á medias, no sienten bien en una cabeza como la de V. mas, que si V. ha temido ofender á su dama con esta palabra, no le cabe menos razon al pobre de Belzebú á quien calumnia V. con sus dudas.

—Señoritas, interrumpió Rumier levantándose, tenemos el sentimiento de no poder continuar con su amable compañía, por hacérsenos tarde para ir al teatro.

—Muy temprano se van hoy Vs.

—En la hora precisa para ver empezar la ópera, dijo Arturo á D.ª Mercedes.

—Y ¿hasta cuando no tendrémos el gusto de verles?

—Dentro de corto tiempo... Señoras, á los pies de V. V.

—Beso á V. la mano, caballero.



IV.

El deseo que tiene el hombre de ver entre sus brazos á una mujer, que cual fantasma se le ha aparecido ante sus ojos, crea en su mente una ilusion no menos halagueña que la realidad.

En uno de los cuartos de la posada de D.ª Casimira Muñoz, hállase echado en su cama Arturo Montris; el sepulcral silencio que allí reina, prueba bastantemente que está entregado al mas profundo sueño. De repente ábrase la puerta, y se presenta un caballero que se introduce luego en la alcoba.

Apesar de la poca luz que entra en la estancia descúbrese fácilmente su tez morena, y bajo una nariz aguileña sus bigotes negros que le llegan hasta muy cerca de la mandíbula.

Despues de haber observado este personage por un momento á Arturo, gritó con voz fuerte y atronadora.

—¡Voto á brios! ¿qué es lo que estás haciendo aquí?... ¡dormir á estas horas! Y acercándose mas á Arturo añadió.

—Arturo, ó te han quitado las orejas, ó sueñas en la moza de anoche. Diablo! en esta casa se han vuelto flamencos; lo mismo que ese tonto de Rumier que por un agujero de su puerta le ha visto tambien tendido en su cama; pero malditas las ganas que tenia de verle; Arturo, dispierta por fin.

Este no contestó con el menor movimiento.

—Voto á sanes, que esto es mucho para mí.... me oyes ó es que haces el sordo.

En este momento Arturo aletargado todavía, tendió sus manos en busca de la colcha que Reynaldo le quitara.

—Quién hay? preguntó.

—Levántate, soy yo.

—Ah! eres tú, Reynaldo, dijo Arturo restragándose los ojos.

—Como Cristo fué crucificado.

—Y Rumier?

—Rumier, como siempre el primero en dormir y el último en dispertar; muy profundo debe ser su sueño puesto que todos mis gritos no han alcanzado á dispertarle... pero hoy no importa, para nada le necesitamos y por los cuernos de Satanás que se merece que le hagamos una de gorda.

—Jamás! se enfadaria de veras.

—Dejadle se enfade.... muchas consideraciones

quereis tener con este hombre, temeis un rompimiento con él.... en este caso le decis que le hemos llamado, como efectivamente yo lo he verificado, y buenas pascuas, al fin y al cabo no se trata mas que de una comida de fonda.

—Y los demas amigos Martinez, Soler y....

—Necesitamos precisamente á esa canalla para una francachela; además deseo hablarte de aquella mujer que ayer noche estaba frente nuestro palco.

—¿Hablas de aquella jóven, dijo Arturo, saltando de la cama, de cabello rubio, y de vestido blanco con su tez mas blanca todavía? Y dando á su voz una espresion tierna y amorosa continuó ¡oh! yo tambien ansiaba verte para hablarte de ella. Ayer noche en el teatro fué la primera vez que la ví, y sin embargo mi corazon herido por sus miradas, late hoy con una violencia como si estubiese preso por el amor mas ardiente.

—Pardiez, interrumpió Reynaldo, que no es malo tu gusto, lástima que yo tambien salí enamorado de ella.

—Tú tambien Reynaldo, dijo Arturo con un acento algo triste.

—Sí, pero no temas entre amigos no hay rivales. Es verdad que me gustó mucho; pero te juro apagar la llama de amor que me encendió en mi corazon.

—Ah! y que encantadora! jamas he visto una hermosura igual, pero tú con el tiempo que vives

en esa tierra no has tenido ocasion de conocerla? ¿tambien fué ayer la vez primera que se ofreció á tus ojos?

—No, habíala ya visto muchas veces.

—¿Y á dónde vive? lo ignoras!

—Mucho me temo, dijo Reynaldo sin contestar á la pregunta de Arturo, que no vayas, hacer una calaverada. Repórtate, ¿qué clase de sacrificio harias por esta jóven? apuesto que tu idea es el matrimonio.

—Su voluntad, dijo Arturo, fuera el único inconveniente que tendria que superar para este fin.

—Pues su voluntad te la doy yo, dijo Reynaldo con resolucion.

—Estás loco, ¿y que tienes que ver tú con ella? conoces acaso será fácil alcanzar su permiso y el de sus padres Ah! si este pensamiento fuese cierto, mi felicidad fuera completa, pero tú debes conocerla cuando hablas así... Dime como se llama á donde vive, tú lo sabes!

—Su nombre es Matílde.

—Matilde, dijo Arturo, ¡qué nombre tan romántico! Tienes razon, se llama Matilde, porque ningun otro está tan adecuado á su persona como este; pero ¿cómo ha llegado esto á tus oidos? hazte informado antes de venir aquí ¿eso es verdad?

—Hace mucho tiempo que me han informado.

—Pero tú me has dicho que era muy fácil alcanzar su permiso, para unirse con ella en himeneo,

¿cómo sabes tú eso? ¿la conoces? has hablado con ella? ah! tu sonrisa me dice què sí... por Dios, no desvanezcas las ilusiones que he creado en estas pocas palabras que acabas de decirme; júrame, Reynaldo, si puedo prometerme la realidad de las esperanzas que en este momento me haces concebir.

—Te juro que oí.... creeme una vez, si este enlace no se celebra, tuya será la culpa, no de nadie mas.

—Ah! pues yo tambien te juro que por mí no dejará de tener efecto; pero, cielos! en mi loco desvarío no atino á preguntarte nada, Matilde has dicho se llama oh! y que nombre.... su familia, sus padres, crees que no tendrán el menor obstáculo... ah! Dios lo haga: sin duda que él ha oido mis votos, y quiere depararme un porvenir de felicidad tras tantas borrascas: hora es ya que despues de tanta tristeza llegue por fin el momento que llene mi corazon de cabal alegria.

—¡Vive Dios! que me maravilla tu amor, dijo Reynaldo, soltando una gran carcajada.

—Me has engañado? preguntó Arturo con aire melancólico.

—No.... te repito que no, pero tus palahras me hacen reir de veras.... ayer viste á una mujer y hoy hablas de matrimonio...., casi podriase apostar que no quedarás tu en el celibato.

—Es muy cierto, repuso Arturo que la he visto

una vez no mas; pero esta sola ha producido en mí el efecto que si la conociera un siglo há... Pero Reynaldo, escúchame... por la amistad que me profesas, escuchame.... conozco que mis pensamientos hacen reir, son ideas de niño, te dirás en tu interior.... pero no lo creas... ¡nunca has tenido tu un amor? ¿jamas ha palpitado tu corazon por una mujer en que has creido simpatizar? mira, yo soy muy rico; y con todo soy muy infeliz; y esto me da á comprender lo muy lejos que están las riquezas de la verdadera felicidad.... cuando allá en los arrullos de mi infamia soñara en la union de un hombre y una mujer creia columbrar solamente una union comercial, una especulacion de familia; pero el tiempo me ha hecho comprender lo errado que iba, pues si bien es muy cierto que algunas veces sucede asi, no lo es menos, que las mas, solo la causa es un verdadero amor, significado que hace palpitar de inefable dicha á dos corazones tiernos.

— Pero como es posible que la amas ya, raziocinó Reinaldo; para amar á una mujer se necesita mucho tiempo y con esto á veces no basta; se necesita conocerla muy afondo, haber hablado con ella, y tú ni siquiera su voz has oido.

—Qué me importa á mi su voz, si sus ojos han hablado ya por ella, ah! conozco que seré feliz con su amor, y no ambiciono ya otro en este mundo; yo conozco que el mejor medio de labrar

la felicidad de una mujer y la mia es unirme con ella al momento de conocerla, lo demas es pasatiempo,... no hay mas que saber, si la mujer consiente, y yo sé bien que Matilde consentirá, porque las miradas que incesantamente me dirigia ayer noche, lo designaron bastante bien: ahora faltará lograr el consentimiento de su familia, y esta no lo negará al momento de conocerme, pero si esta fuese demasiado esclarecida... si su orgullo no permitiese admitirme á su seno, pero tú lo sabes...... Reynaldo, habla!

—Arturo, desecha estas ilusiones... basta, no pienses jamas en Matilde.

—¡Que has dicho! y con la palidez de un cadáver escuchó de los labios de Reynaldo estas palabras:

—Arturo... no quiero hacerte padecer por mas tiempo... esta noche te llevaré á casa de Matilde y hablarás con ella, pero desecha de tu mente la menor idea de amor, porque Matilde.... y acercó silencioso sus labios al oido de Arturo para concluir la frase.

Este quedó petrificado á una espresion que oyera; mudo de horror, no le fué dado contestar al momento, su rostro mas amarillo que la cera se llenó de una turbacion visible; sus ojos, antes undidos, radiaron con una espresion entremezclada de dolor y admiracion.

Al cabo de algunos segundos adelantó un paso hacia Reynaldo y le dijo:

—Matilde!... aquella jóven rubia de ayer noche que iba con una muger de avanzada edad, que al parecer era su madre!... aquella niña pues, no debe tener mas que diez y seis años; arrojada en este lodazal, de perdicion en donde solo puede conducir la seduccion de un miserable!... de un hombre malvado ó la miseria. Ah! es imposible, lo que has dicho no es cierto.... yo lo sé bien.

—Yo tambien lo sé muy positivo.

—Es una calumnia, esclamó Arturo.

—Te enojas tu con amigo, pero te perdono, porque conozco que la amabas mucho, aunque no la conocias...... mas no dudes de la verdad de mis palabras.... Esta noche te llevaré á su casa, y....

—Esta noche? preguntó con interes Arturo.

—Esta noche sin falta, respondió Reynaldo.

—Ah! si esto no fuese mas que una chanza.....

—No lo es, profirió con seriedad Reynaldo.... Vámonos á la fonda, y por el camino hablarémos de ella. Y Arturo y su amigo se lanzaron á la calle; este jurando acompañarle por la noche en casa de Matilde, y aquel con el corazon traspasado por el dolor, meditabundo y silencioso.



V.

Las alhagueñas delicias de la sensualidad incitan á que las amen.
Confesiones de S. Agustin.

¡Oh! musa mia! ¡tu que en selvas desiertas solo entonas himnos al amor, hijos de una candidez sin mancilla, inspírame! Ahora mas que nunca necesito de tu mágico hechizo, para mejor espresar los sentimientos que el corazon de Arturo abriga.... mas no... ¿que es lo que digo...? aparta, vírgen del desierto, huye de mi imaginacion.... la virginalidad de tu alma se ofenderia á la melodia de mis cantos.... porque ¡ay! tus cantares no son nuestros cantares....

Arturo ha llegado ya al imperio de la felicidad... la media noche le ha encontrado todavia entre los alhagos de las delicias sensuales, ¡feliz él!.... su oro que con porfía ha derramado, le ha hecho sa-

borear lo mas grato y mas dulce, que los hombres anhelan... ¡oh! Arturo ha tenido una noche feliz... demasiado feliz....

Reynaldo ha cumplido su promesa y merced á ella el hijo de Mad. Carolina ha sondeado ya el arcano que hizo mortal al hombre.... pero ahora como si nada hubiese pasado en él, hállase poseido de un ensueño mas embriagador aun; asi al menos lo dice esa sonrisa que, hija de la inocencia, divaga en su rostro adormecido. De repente el encarnado de su rostro ha desaparecido, y á lo risueño de sus facciones ha sucedido una palidez mortal. En este momento salen de sus labios estas palabras espresadas con acento triste y desgarrador.

—¡Matilde! has mentido á mi amor, esto no era lo que de tí me prometia; cuando embriagado por el hechizo de tu hermosura dirigia mi vista hácia tí, entonces yo creaba en mi imaginacion uno de esos amores, que solo aparecen en sueños, que solo concibe el pensamiento; pero que son imposibles de realizar...despues tus ojos tomaron la misma direccion de los mios, y al encontrarse ambas miradas lleno de gozo y alegría, concebí que mi felicidad no dependia sino de tu grata condescendencia.... asi almenos lo creia yo, cuando estasiado ante la nueva vida que me esperaba y que veía sonreir, creaba á mi imaginacion las escenas mas encantadoras, sentíame respirar un aire dulce que elevaba á mí un olor de rosas y jazmines, dichoso en estos

sueños no envidiaba la suerte de ningun mortal.... pero bien pronto un pensamiento vino á apoderarse de mi mente.... quise hablarte, decirte mi amor; pero entonces mi corazon no latia ya, lacerado por una acerba herida que recibiera, ardia en un fuego cruel que devoraba mis entrañas.... que despedazaba todo mi cuerpo. Una conversacion, una palabra, habia sugerido una idea fatal para mí... tú eres una de esas mujeres que perdidas en el seno del vicio, hacen el amor á todo el mundo; pero yo ciego en mi pasion desechó todavía á tu delator, y mi rostro siguió animado como si nada me hubiesen dicho: pero yo padecia mucho... En este tiempo fué cuando vine á tu casa, te ví de cerca, te hablé y tu mano tocó la mia, tus mejillas tocaron las mias, y entonces fué cuando tu me dispertaste. Ah! ahora soy tan desdichado como antes feliz, ahora he visto que todo cual un sueño ha pasado sin dejar el menor indicio de nada....

Y Arturo pasó muchas horas en estos insomnios hasta que rendido por el cansancio pasó el resto de la noche aletergado en un sueño mudo.

Serian como las ocho de la mañana, cuando se levantó, sus facciones no tenian el sonrosado de antes; el mismo pareció sorprenderse de su mudanza, al verse por un espejo que en su dormitorio habia, observóse con mas interés y su admiracion crecia mientras que sus ojos inquietos buscaban una causa; pero luego empezaron á acudir á su men-

te ideas y á una de ellas sintió agitarse vivamente.... tembló y cubrióse con ambas manos los ojos.... dos minutos despues oyéronse estremecimientos convulsivos, un ruido de llanto sofocado... era Arturo que en un rincon del aposento lloraba como un niño.

Al cabo de algun tiempo abrióse la puerta y apareció Rumier.... Arturo enjugó lo mejor que pudo sus lágrimas, y presentóse á su amigo con aparente serenidad.

—Mucho temia que no me jugases la treta de ayer, amigo mio, dijo Rumier adelantándose hacia el aposento.

—Y por esto has anticipado la hora de venir, te debo acusar esta desconfianza con que me miras; ya sabes que somos amigos, y aunque ayer te dejé, no hubiera consentido hoy hacer lo mismo.

—¿Puede saberse por donde la andaste todo el dia con esta buena pieza de Reynaldo? Vive Dios que me maravilló bastante no hallaros en ningun café los que generalmente concurrimos, ni menos aquí á la hora de comer.

—Hablándote francamente, dijo Arturo con visible turbacion, el dia de ayer me ha quedado cubierto con un velo negro que nada absolutamente recuerdo. Ah! he disfrutado de un sueño tan feliz, que fácilmente podria confundirlo con la realidad de ayer.

—Eres poco hipócrita para disimular, Arturo, contestó Rumier: ¿no vés que tu semblante hace

traicion á tus palabras?

—No comprendo.

—¿ Todavia no?

—En verdad que no! esclamó con resolucion. Al cabo dc un momento añadió, no se á que se dirigen tus palabras; ¿ acaso dudas lo que he dicho?

—Y como no he de dudarlo contestó Rumier cuando tus ojos, apesar tuyo, estan llenos de lágrimas, y tu senblante que en vano tratasde fingir risueño, está pálido y conmovido ¿ he de creer jamas que has disfrutado de un sueño feliz hallandote en este estado? ¡ Arturo no me ocultes nada! Hace un momento me digiste que era tu amigo; ¡ que entiendes por esta palabra! no es aquel en que uno deposita su confianza! Pues porque me das este nombre cuando no te meresco serlo? que se ha hecho aquel tiempo que Rumier era todo para ti? Ah! entonces no habias conocido todavia á Reinaldo, y mientras no hallases un amigo como este, poco se te daba que fuese yo ú otro tu amigo.

—Rumier, interrumpió con resolucion Arturo, aleja de ti estas ideas; tú serás siempre mi amigo En cuanto á Reinaldo.,. no me hables de este hombre.

—Por que?.... ¿te'ha hecho acaso alguna?.... siempre me dió miedo su amistad... te ha engañado....

—Nada de esto.

—Entonses ....

—¿No has dicho, repuso Arturo tomando la mano de Rumier, que mis ojos y mi semblante denotaban alguna cosa?

—Si.

—¿No has adivinado su causa?

—Creí adivinar solamente que eres joven, muy joven, y que poco conocedor de las cosas del mundo te dejabas arrastrar al pesar, por lo que conduce á la alegria à otros.

—¡Con que supiste que Reinaldo me presentó á casa de Matilde!

— Y por esto solo odias á Reinaldo? Muy ingrato eres con los que te dispensan favores.

— Yo creia haber hecho una cosa mala yendo alla.

— No tal, amigo mio; como que yo venía para que me acompañases á su casa.

— ¡Ah! Te gustara mucho, pues Matilde es hermosa entre todas las hermosas, como tú eres bueno entre los buenos. ¡Oh! si la suerte no me hubiese dejado un amigo como tu, yo huviera muerto en este momento de verguenza.

— Se conoce que eres muy joven: yo no venia á reñirte por haber pasado media noche de amores pero si por haber ido sin mi compañía: mas ya que me prometes revancha; hoy iremos allá, ¿no es verdad?

— Cuando gustes, contestó Arturo, menos triste.

VI

Momentos de elicidad son los que siente el alma cuando se ama por primera vez.

Era de noche: las tenieblas acababan de tender su negro manto sobre la ciudad de Barcelona; en un aposento de un cuarto principal de la calle de S. Francisco adornado con esmerado lujo, dos resplandecientes bujias colocadas sobre un elegante tocador iluminaban la siguiente escena.

A un lado del aposento hallàbase un sofá, en el cual estaba muellemente reclinado Arturo junto à una joven, á quien tenia ceñida por la cintura. Contaria apénas diez y seis años; era una belleza la mas perfeta, hermosa cual un angel, à su rubia cabellera parecida à hilos de oro, uniànse unos ojos azules que hechizaban à primera vista.

—Hermosa Matilde, le decia Arturo, los pesa-

res y angustias que se sufren en esta vida son nada en comparacion de estos instantes felices, en que uno acompasa sus latidos con los de otra persona áquien se ama. ¡ Ah! ¡porque dicen que este mundo es teatro de dolores, cuando por do quier solo veo alegria y felicidad!

Sonriose la joven diciendo.

—Vos me amais Arturo? vos.....

—Matilde! vos sois la primera muger, y sin duda sereis la última que ois de mi esa palabra..... Escuchad! antes de veros yo tenia toda la inocencia y candor, joven todavia consideraba al amor como una sencilla y tierna amistad; pero vuestras palabras me han abierto los ojos y me han hecho ver un paraiso, un cielo lleno de las mas puras delicias. Mucho tiempo antes de conoceros, la melancolia me tenia circuido el rostro y la tristeza el corazon, y aunque depues los placeres á que me entregara borraron lo primero; pero yo me sentia malo, mi corazon sufria mucho ...!.. mas á vuestra vista, muger, todo se ha desvanecido, la melancolia y la tristeza se ha ahuyentado cual nube que sopla el huracan ... Ahora decidme, á quien quereis que ame é idolatre mas, que al autor de esta revolucion que se ha sucedido en mi.... que el que me ha dado un lenitivo á las amarguras que incesantemente me tenian agitado!

—Teneis razon..... yo soy una ingrata en dudarlo, Arturo, ¡vos me amais; el corazon me

lo decia antes que vuestros labios lo prenunciaran.

Y diciendo esto clavaba sus ojos en Arturo; este le contemplaba tambien con el mayor frenesi, cuando Matilde con doloroso acento dijo.

—Pero ¡ Dios mio ! yo deliro... hablo de amor y no veo que entre vos y yo hay una barrera, que el tiempo ni las circuntancias, podrán romper jamas.

—Que barrera puede existir, esclamó Arturo estrechando á Matilde con trasporte, cuando yo os amo y vos tambien à mi, porque no es verdad que me amais Matilde?

La jóven le diò por contestacion una mirada que acompaño con estas palabras espresadas con un aire muy triste.

—Y que clase de amor quereis de mi?

No contestó al momento Arturo, porque no pudo comprender su verdadero sentido, pero al cabo de algunos segundos espuso con el acento mas tierno.

—Matilde ¡ no habeis dicho que me amais?

—Si, y os lo repito ahora para siempre, solo vos habeis podido encender la llama que el amor ha atizado en mi corazon, solo vos ... y sin embargo cuando mas me pluguiera no haberos visto jamás, porque esta pasion que me habeis despertado solo servirà para làcerar mas la herida que el recuerdo de lo que soy ha abierto en mi alma.

—Dessechad Matilde estas ideas, acaso es vuestra la culpa.. cuanto no debeis haber padecido hasta

llegar en este estado.

—Oh ! podeis creerlo.

—Y hace mucho tiempo que os hallais en esta casa.

—Un año ! Huerfana de padre, muriose mi madre hara dos años ; el siguiente de su muerte pasele luchando con la miseria y el honor, la modista que me daba labor habia tambien muerto, y su hija que la habia sustituido, me tenia tanta ojeriza que me despidió apenas se vió ama de la casa ; esta desgracia hubiera acabado conmigo, si en este tiempo un sugeto no me hubiese arrancado de la miseria, eu yo fatal poder empezaba á sentir, para trasladarme á los brasos del de honor, cuyos efectos ahora deploro amargamente. Dios mio! vos pue presenciais todas las dibilidades de vuestras criaturas sabeis bienque la mia no fué la causa ni mi culpa, y ni menos mi holgazaneria.

—No teneis ningun pariente? prequntò Arturo.

—Demasiado tengo, respondiò Matilde meneando tristemente la cabeza, pero esos eran los que entonces mas me rechazaron, y ahora no me quieren ver el rostro porque dicen, que por mi culpa me he perdido.

—Miserables ! asi son muchos..... esclamó colerico Arturo, luego repuso con mas calma ; Matilde perdonadlos, ellos no conocian como yo la bondad de vuestro corazon : ah ! si hubiesen oido vuestras palabras, yo sé bien, qne no hubieran obrado

jamàs asi . Y en esta casa no habeis sido feliz.

— Feliz decis ¿ y que muger lo es en este estado? ¡ ah ! continuo Matilde soltando un suspiro.

—Nuestra vida en su apariencia presenta un aspecto alegre y divertido, es cierto, pero quien viera nuestra alma agitada por los pesares mas crueles y al mismo tiempo nos sintiera reir á carcajada suelta, entonces tal vez se formaria una pequeña idea de lo que en si somos ; mas bien comicos que otra cosa, no nos diferenciamos mas de ellos que sus dias se deslizan tranquilos y alegres y á nosotros? ay? azas monotonos y tristes, que lo padeceres de estos son ficticios cuando los nuestros son reales , y por fin que ellos gozan de una vida honrrada y nosotros no.

— Conprendo vuestro dolor dijo Arturo vos no haveis nacido par vivir en este lodazal, que solo el infortunio puede haberos arrojado, y del cual os arrancaré dentro de breves dias para haceros feliz á mi lado; ¿ me quereis por esposo? preguntó con acento de cariño.

— Y lo dudais ! Arturo respondió Matilde no os he abierto mi corazou refiriendoos todas mis cuitas como á un hermano. Pero escucha una idea me ocurre; ¿ por mi dejareis á vuestro amigo á aquel joven que esta mañana acompañaste aqui

— Mal me conoceis todavia Matilde, oh! por vos ! yo dejaria al mundo . Ahora me iré y dentro de poco volveré y desde luego no nos separa

remos ya mas.

—Dios lo quiera. Pero cuan pronto os marchais aguardaos un momento mas, ¡ ah ! no podeis comprender lo feliz que soy á vuestro lado.

VII

Era uno de aquellos hombres inqulares que vejetando entre el vicio jamas han dado á su corazon un lugar para la benevolencia, pero que tampoco han sabido haceruso de la maldad, pues que si alguna vez han dado un paso que le moral reprueba altamente, si alguno de sus actos se ha dirigido contra su semejante, es menos por odio, que por interes real que les arrastra á obedecer á un capricho qne ni siquiera conocen.

Al dia siguiente al en que Arturo Montris delarara su pasion á Matilde, esta en el mismo aposento y sentada en el mismo sofá, tenia la siguinte conversacion con Reinaldo.

—¿Y que te pareció el tal mozo? decia este.

—Muy enamoradizo contestó Matilde.

-Muy seguro estaba de ello, una hermosura como a tuya, una muger con bastante talento para cau-

tivarse su amor aunque poi otra parte facilisimo, debia producirnos mucho, y nadie mejor que ti podia hacerlo; vamos confiesa que tuve un pensamieuto feliz.... Y el golpe del teatro hé.... No fué mala astucia la mia.... Y que te dijo sepamos.

—Que me amaba mucho y cosas por este estilo.

—Oh! nada mas que eso, no me juegues tu con dos parajas porque en este caso pierdo lo tuyo y lo mio.

—Me conoces capaz para esto, te prometo obrar bajo tus ordenes á tí lo debo y no es justo te haga traicion,

—Bueno, asi te quiero, ya ves que no es este el primer parroquiano que te mando y bien sabes no te va mal conmigo, pero voto á cribas que este á mi ver no valdrá la pena porque ó yo me engaño mucho ó Arturo es tan rico como benevolo.

—Tienes razon Arturo es muy benevolo, ¿y como te debe dejr de su bolsillo?

—Asi, asi.... Amiga en este maldito mundo nada hay mas malo que el trabajar, cosa á que todos estamos obligdos so pena de meterse en cama eu ayunas; y yo que toda mi vida he tenido uu maligno odio à entrambas cosas me hizé soldado para évadirme de lo primeró bero iufeliz de mi no crei que caería en lo segundo; pero en fin pasaronse aquellos primeros años como Dios quiera aun que vacio communmente de barriga, y hasta que ascendí á alferez entonces si que nadé en un mar

de delicias en medio de la holgazaneria solo mi trabajo consistia en pasear, jugar y dar de puñetazos á los soldados, y fumar no de estos cigarros de papel cuyo humo apenas percibo sino de habanos... pero vamonos al caso, estando en este Eden de ventura quisó mi mala estrella que un dia me riñiese el comandante y yo que siempre he tenido un genio infame no pude contenerme y le conteste algo bruscamente, nó faltaba mas paraque el hombre se apeara dc su caballo y me abofelease, figurate chica si tamaña accion habia de quedar inpune siendo yo todo un alferes de granaderos, asile por su barba y á losduros golpes que caian sobre su cabeza como fuego graneado sintiose desfallecer, pero por su suerte no fue nada y al cabo de pocos dias salió de su casa sano y salvo mientras yo salia tambien de las filas del Regimiento para pasar á visitar los calabosos de Monjuich de donde sali despues de ocho meses con pasaporte para viajar y licencia absoluta para mendigar. ¿ Que quieres que hiciese en aquel entonces? trabajar imposible, habiame holgado demasiado para ésto, ademas mis padres habian muerto y todo el patrimonio que podia heredarles consistia en cero, pues que hacer! apurado en tamañas circunstancias imagine vivir de este y de ese otro, y algo me vale.

—No es mal el oficio que digamos observó Matilde.

—Afortunadamente continuó Reynaldo el cuer-

po, el alma y el corazon son á proposito para ello.... pero dejemonos de eso, que mal viene ahora y hablemos de mis asuntos, ó de nuestros asuntos, que los tuyos y los mios nos son iguales en este negocio. ¿ Tienes confianza en que cosa se valga la pena con este chiquillo?

—Pienso que si.

—Entonces mano al remo que yo ya guiare el timon y descansa en mi que bien se lo que vale lo de arriba de mis hombros; Ahora pienso en cierta cosilla que me tiene llena la cabeza dos dias ha... y nada, ni una maldita idea feliz, si yo pudiese..... pero ya veremos. Se trata de mandar tocar las de villadiego del lado de Arturo, á ese tuno de Rumier, este amigo vive con el y no le deja ni un instante, de suerte que sino hubiese sido eso Dios sabe las francachelas que hubiera pagado de mas el pobre diablo y el dinero que le hubiese chupado.—Pero no importa algo saldrá de aqui, añadió señalando su frente, y en llegando mi dia ya ganaremos lo perdido,,—yo creo continuó Reynaldo despues de un momento de pausa, que Rumier me ha pillado de la mano; sus barbas no son de hombre de dinero y sin embargo el gasta como un milord y á la verdad que lo mismo le hace pagar, que no pagar, pero el diablo se me lleve si de todos modos no paga Arturo.

— Pero ¿ crees tù que Arturo es muy opulento?

— Jamas se lo he podido sacar de sus labios ápesar de los mil árdides de que para ello me he valido. Sin embargo, siendo el ùnico vastago de una familia que vive en Paris con todas las comodidades, puede considerarse á sú fortuna mas que mediana.

— ¿ Hace mucho tiempo que se halla en esta Ciudad ?

— Tres meses.

— ¿ Y vino directamente de Paris?

— Como que no ha visitado apenas ninguna poblacion de España.

Todas estas preguntas fueron dirigidas á Reinaldo con un aire de misterio, que este facilmente hubiera podido observar si à las respuestas que satisfacia hubiese dirigido una escudriñadora mirada á las pupilas de Matilde, que en aquel entonces espresaban el regosijo y contento que respiraba.

— En este caso, dijo Matilde (sustrayendose de la causa que hubiere podido infundir un recelo á Reinaldo,) le debian haber instruido en nuestro idioma, porque lo posee con mucha perfeccion.

— Una vez nos dijo, que mientras se hallaba en nodriza un abate se lo enseñaba.

— ¿ En nodriza y aprendia la lengua española? repuso Matilde con razonada admiracion.

— Hija, yo te digo sus mismas palabras al pie de

la letra.

— Ahora comprendo porque tiene tan poca esperiencia de las cosas del mundo: ese muchacho debió vivir con su nodriza hasta una edad algo avanzada.

— Asi será, Matilde, porque en todo es muy singular, querras creer que el otro dia en una caza que dimos, en el momento que iba yo á dar muerte á un pajarillo muy pequeño que cantaba en las ramas de un arbol, me detuvó mi accion, diciendo ay! pobre pajarillo, no le mateis que me da compasion?

— Tiene un corazon muy sensible, interrumpió Matilde.

Y á donde cogiste á esta alhaja.

— En el cafe, lugar en donde mas comunmente se hacen las amistades: una tarde hallandome por casualidad en la Paz, vi á dos jòvenes que jugaban al billar eran Arturo y Rumier; al momento presumi que eran estrangeros recien venidos.
No me engañe, puesto que despues supe por ellos mismos que no hacia mas que dos dias que habian llegado á esta capital. El aire de indiferencia con que jugaban y sus trages superiores me indujo creer que eran opulentos, y por las razones del oficio que en este momento me ves poner en practica concebi medios de unir con ellos vinculos de amistad. No me fue muy dificil esto, porque despues de haber intervenido en su conversacion en

cosas dal juego, propuse hacer algunas partidas que al instante aceptaron; jugamos mucha parte de la tarde, y al anochecer salimos del cafe, citandonos para el dia siguiente. No faltaron los amigos: pocos dias despues les hize conoceer à unas niñas muy coquetas que viven en la calle del carmen y desde entonces amistad hecha; ellos vienen á mi casa y yo voy á la suya, á veces reunidos con otros compañeros vamos á tomar el desayuno: ellos quieren pagar siempre, principalmente Arturo yo entonces vocifero grito, llamó al mozo que no tome mas dinero que el mio, pero mis gritos me fatigan tanto que en llegandoesta ocasion que adrede busco ellos pagan, nos salimos y á Dios con todos; ¿ Yquete parece ahora de mi modo de vivir.

— Feliz.

—¡Oh! si todos fuesen Arturos mi vida sería un continuo festin entoncesno cediria yo mi renta por la de nadie..... ¡Ah! ahora que meacuerdo debo ir al momento á un lugar que me hecharian de menos: Pienso trasquilar á otro lego; amiga cuando á uno le marcha algo en popa todo sigue la misma suerte, ahora cuidado con el habla y con losgestos que esto requiere mas talento de lo que algunos piensan. Hasta otro dia, tal vez mañana á Dios.

— Abur contestó Matilde y cuando hubo desaparecido de su vista pensó: Gavilan de legos pierde cuidado que si tus asuntos son los mios, los mios no son los tuyos.

VIII

¡O edad de candor que no conoces peligro alguno! ¡edad de inocencia que no alcanzas á distinguir el amigo del enemigo!

Nos hallamos en el mes de Marzo; la mañana se presenta con todos los coloridos de la hermosura; el cielo es sereno, pero apesar de lo benigno dela estacion dejase sentir un frio estremadamente intenso. Arturo y Rumier se hallan conversando en uno de los cuartos de la posada; los gestos con que acompañan las palabras indican que hablan con mucho interes.

Rumier parece que se esta mordiendo los labios por algo que Arturo le dijera poco antes; pero despues de permanecer un instante pensativo toma un aire de indiferencia y contesta á su amigo.

—Pardiez que no es esa mala idea.

—Vos aprobais mi pensamiento?

—Amigo, nada hay mas razonable en este

mundo que contraer matrimonio, tanto que al parecer de los antiguos era un pecado el quedar en el celibato, pero en cuanto regresar á Paris, disiento de tu opinion, por razones poderosas que el amor que profesas á Matilde te oculta ahora.

—Razones poderosas dices, ¿y cuales son estas? Habla.

—Primeramente la esposicion de que Matilde no sea del gusto de tu madre, y esto ignorando la desventurada suerte que anteriormente ha cabido á esta jóven, porque de lo contrario fuera muy probable, que tu madre jamas te pudiera perdonar una falta de obediencia unida á una falta de honor.

—¡Oh! mi madre es demasiado buena para no perdonarme jamas, esclamó Arturo con acento triste, muy triste, porque en aquel momento abria á su corazon, un recuerdo de las muchas bondades que su madre le dispensara, y que le hacian ver la inaudita diferencia que ecsiste entre el amor filial y el amor maternal, y esto mismo le obligó á añadir con el corazon lacerado por el dolor mas vivo.

—Ojalá le fuera yo tan bueno, como lo es ella para conmigo.

—Tanto peor, su bondad lejos de serte favorable será lo que mas te precipitará á este abismo que vas á abrir á tus pies.

—Yo en un abismo.... no comprendo; interrumpió Arturo con la mayor admiracion.

—Escucha, dijo Rumier, suponte que la bondad

de tu madre es tanta, que apesar del disgusto que en su interior sentirá por ver á su hijo unido á una muger que ella no ha escogido, tolera este desacato hecho á su autoridad, reprime el sentimiento que sin duda debiera nacer de esta ofensa, porque ofensa es para una madre tomar una resolucion de esta suerte sin consultarselo de antemano; en este caso sus labios podrán permanecer impasibles, su rostro tal vez no dejará entrever el menor viso de pesar, pero su corazon, esta parte sensible del cuerpo, no podrá de ninguna manera acallar el dolor que continuamente le agitará; y por fin amanecerá el dia que á fuerza de padecimientos pagará demasiado pronto su tributo á la naturaleza, ¿entonces que te ha servido su benevolencia? un fatal presentimiento salido del fondo de tu corazon, te dirá que su muerte no puede atribuirse mas que á tu culpa, y lleno do remordimientos y ebrio de desesperacion maldeciras el dia la hora y el momento, no que te has unido con una mujer que idolatrabas, sino de haber puesto pie en las calles de Paris.

—¿Entonces que hacer pues? Preguntó Arturo ¿me aconsejais el enlace con Matilde ocultandolo á mi madre?

—Tu felicidad dicta que antes pongas en balanza el amor que sientes por Matilde y el que profesas á tu madre, porque es preciso que estos dos amores se conviertan en uno: ó Matilde ó tu madre; pero creeme, antes de resolverte premedita

mucho esta cuestion.

—No puedo adivinar á donde vas á parar, con estas espresiones, manifestó Arturo.

—En pocas palabras me comprenderás, ¿has escrito alguna vez á tu madre?

—¡Tiemblo decirte que no, contestó Arturo con melancolía, luego continuó siempre deseo escribir mañana y este mañana nunca llega: ¡ah! la caza las tertulias, el teatro y ahora el amor no me dejan un solo momento libre.

—Piensas verificarlo dentro de poco?

—¡Oh si, mañana mismo, esclamó con resolucion el hijo de Mad. Carolina.

—Muy bien, en la carta le espondrás que necesitando alguna cantidad para invertir en negocios mercantiles, te gire una letra de un valor considerable contra un banquero de esta ciudad; y al momento que te hagas con el dinero, compras una casa y tierras, te casas con Matilde y al cabo de escaso tiempo vuelves á escribirle, con el solo fin de noticiarle que te hallas poseido de la mas grave enfermedad, y mas allá le mandas otra que aparezca firmado por un cura, que le pone en su conocimiento tu fallecimiento incluyendo en ella una partida de obito que aunque falsa, podrás facilmente hacer legalizar.

Aqui el pasmo, asombro y admiracion de Arturo llegó á su colmo.

—¡Que dices! esclamó, ¡yo dar á creer á mi

madre que he muerto! ¡yo depararle tamaño golpe, que á buen seguro no sobreviviria ¡oh! pídeme cualquier cosa todo lo hare, todo, menos matar á mi madre; ¡pobre madre!

—Hasta ahora interumpió Rnmier con tono entre ofendido y serio; creo no haberte pedido nada Arturo, cuanto he dicho es para bien tuyo, no mio, lo que si deseara de ti es, que si algun dia me hallase en un caso apurado, no me niegues tus consejos, qne sean cuales fueran, yo los escucharé sin indignacion.

—¡Y que fin tendrias en hacerme pasar por muerto!

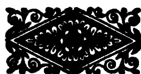
—Tu felicidad, no tu opulencia, vas á oirme; estas enteramente convencido de que en llegando á Paris la muerte de tu madre lenta ó pronta fuera infalible; pues bien aunque nadan en mar de placeres, sentirás un dolor acerbo que te martirizará sin darte un momento de descanso.

Todo porque tendrás secreto cuyo descubrimiento indudablemente te hará temblar: leerás las cartas que tu madre te mandará, cartas que te recordarán siempre tu accion y si por desgracia en alguna de ellas te ruega que regreses para Paris, tendrás que desobedecerla y entonces esta falta de obediencia matará tambien á tu madre mas que la noticia de tu muerte.

—¡Rumier esclamó Arturo levantandose, por favor te suplico que no me hables asi, de ninguna

manera me harás consentir á eso! ¡oh! ¡jamas! jamas!

Algun tiempo despues de esta conversacion; Rumier escribio una carta con el siguiente sobre. Sr. D. Ricardo Manrique, calle Montmartre n.° 13 cuarto principal. Paris.



IX

A madre dormida
la hija perdida.

Trasladase ahora el lector en casa de D.ª Mercedes, en donde á la sazon se halla el acreditado poeta Modestin sentado al lado de la hermosa Sofía, que por un momento ha quedado sola con el á causa de haber mandado á su hermana Hernestina en busca de los libros en la estancía contigua. Son las cuatro de la tarde hora que D.ª Mercedes acostumbra en todas las estaciones hacer la siesta.

Sofía lleva un vestido azul celeste que hace resaltar sobremanera una hermosura deslumbradora. Al verse Modestin solo con ella hace un movimiento para buscar su mano, y al tenerla entre las suyas apretola suavemente.

—Pcr Dios, Señor de Modestin, suelte V. mi mano mi hermanita va á entrar ahora mismo y....

—Como quiere, interrumpió el poeta que deje

escapar mi felicidad hermosa Sofía; ¡Ah! no, mil veces no; dejame V. saborear un instante mas esta copa llena para mi del mas dulce licor, ¡oh! Si V. supiese lo feliz que soy en estos momentos, no seria V. tan ingrata; y al decir esto acercó sus profanos labios á las encarnadas mejillas de la joven; pero esta retiróse sorprendida y con un aire que manifestaba su enojo, le dijo.

—Sr. de Modestin yo esperaba de V. un poco mas de cordura.

Pero este haciendo el desatendido solo abandonó la mano de Sofía para levantantarse un poco de la silla é imprimir dos besos á su rostro mas encarnado que la rosa. Mas la joven en vista de tamaña osadia, levantose subitamente y llena de cólera gritó.

—¡Caballero esa accion que acaba de cometer en esta casa me hace dudar mucho de los derechos que tiene para entrar á ella!

—Perdon querida Sofía perdon, ya se que la he ofendido pero la culpa no es mia...... es de V.

—Mia! y porque? ¡ah! ya comprendo, tiene V. mucha razon porque yo debia conocer á V. mas á fondo.

—Oh! no me comprende V. la acuso solo á V. porque Dios la hecho tan hermosa; y luego dando á su lenguage un acento declamatorio continuó. ¿Quien al verla tan hechicera y seductora no se postra á sus pies para admirarla cual un angel que

desciende de los cielos ! Y despues en un arrebato de amor, en el delirio, en el frenesí de la pasion, ¿quien es el hombre que tiene el dominio sobre si de contenerse?.... ah ! yo lo he hecho todo, primero he hincado mis rodillas ante su imagen de V. luego sentado á su lado le he declarado mi amor; esperanza siempre, pero nada mas; oh! todo ilusion no mas que ilusion pero realidad jamas; Ahora ya se que he hecho una cosa mala; pero por los dolores que padeció su mamá al darla á luz confiese V. que no se ha enojado, que cuanto ha dicho ha sido por broma; ah ! eso solo bastara para cicatrizar la herida que la ingratitud de V. ha abierto en mi alma .... pero cielos! yo veo brillar en su frente una aureola de esperanza para mi: ah ! los ojos de V. hacen traicion á su corazon, ó era su corazon que la hacia á sus ojos de V. porque me resisto en creer que quiera V. mi perdicion oh ! ofía! una palabra, una sola palabra bastara para restablecer á mi alma la felicidad que V. le ha robado.

En este instante oyose un ruido de pasos ocasionados por Hernestina que entró con un libro en la mano.

—¿Es este el que pides? preguntó á su hermanita

— Tampoco es ese, contestó Sofía; es uno de nuevo encuadernado á la holandesa, oyes?

— Sofía dijo Modestin cuando Hernestina se hubo retirado ¿ puedo merecer el honor de visi-

tarla otras veces? V. todavia sigue enojada ahora lo conosco mas que nunca y si yo supiese que V. llevase á mal mi presencia, evitaria volver...... Oh! si por su bien haria este cuantioso sacrificio.

—No ló crea V. pero lo que deseo es, que no me hable de amor, alomenos con la manera que acaba de verificarlo.

—¡Que no le hable á V. de amor!... ¡oh! Estar á su lado y no poder abrir los labios para manifestarle cuanto amor abriga mi corazon para V, es el suplicio mas atroz á que se me pudiera condenar.

Asi estaban de conversacion cuando Hernestina volvió á entrar llevando otro libro, al oirla Modestin continuó con la manera mas tranquila. La poesia, como decia á V.

—¿Es este el libro? interrumpió Hernestina.

Sofía hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, y tomó el libro de las manos de su hermanita que fué á tomar asiento á algunos pasos de Sofía y Modestin.

—Pues como decia, continuó este volviendo á tomar el hilo de la conversacion interrumpida; la poesia es una de aquellas ciencias que abre de vez en cuando los ojos para volverlos á cerrar inmediatamente. Son tantos los escollos que ha de evitar y tantos los obstaculos que ha de superar el hombre que quiere dedicarse á este estudio, que muchos son los que empiezan y pocos los que aca-

ban de llevar á cabo la empresa; de suerte que esta ciencia no ha tenido mas intervalos de luz, que cuando le ha favorecido con su prediles cion un genio grande que con la mayor abnegacion de sus intereses, ha despreciado los errores del siglo.

Estos escasos hombres, esos labradores del campo social, es verdad que han trabajado muy mu cho, que no han conocido placeres de ninguna clase pero tambien es muy cierto que han sido compensados debidamente; apesar de que durante su vida unos han sido perseguidos por la misma justicia, otros han muerto de hambre, y los mas se han visto convertidos en bufones de los opulentos: mas luego de seguida su muerte se han empleado sumas considerables para levantarmagnificos mausoleos á fin de inmorlizar la memoria de esos heroes. Esta es comunmente la carrera de todos los que se dedican á las ciencias, los que la empredemos no ignoramos cuanto nos ha de suceder, la miseria, el abandono, el desprecio, la risa y el escar nio he aqui el provenir que se ha delineado durante nuestra vida: la admiracion, la gloria y la fama para despues de ella. El mumdo civilizado suponepor lo comun dos clases de martires, los de la religion y los de la libertad, pero con mucha razon podian añadir.los de la ciencia.

Ahora señorita voy á leerle un trozo de una obra clasica á fin de que con la lectura forme en su mente de V. un caudal de voces para saber

prodncir sus conceptos. Y diciendo esto temó de varios libros que habia encima de una silla Nuestra Señora de Paris y despues de ojear algunas paginas leyó la declaracion de amor que hace el Arcediano Jesás á Esmera!da cuando esta estaba en la carcel

Fué tanto el fuego que se pintó en el rostro dc nuestro poeta Modestin que ¡Hernestina dejó su labor para escucharle. Al cabo de media hora de lectura çerrò el libro despues de haber encargado á Sofia que leyera variasveces aquel pasaje á cuyo encargo no pudo menos de sonreirse la joven y se marchó.



X

Jóvenes incautos que ciegos en el delirio de su amor, no temian el mortífero veneno de la vívora que les contemplaba.

—Arturo!....

—Matilde!.....

Esclamaron entrambos amantes en el momento de divisarse; pasado aquel transporte de inefable amor, que siente la alma jóven para su querido ausente, Matilde tomó el uso de la palabra.

— Te esperaba, mi adorado Arturo le dijo cercando con su blanco y torneado brazo el cuello de Arturo que acababa de sentarse en el sofá á su lado; Bendito sea Dios que os ha llevado aqui para amansar mi dolor que vuestra ausencia acibára.

—Matilde, estos instantes amargos que hemos pasado separados, harán sin duda el núcleo de nuestra union y felicidad, porque necesitaba me-

ditar mucho respeto á nuestro porvenir, y todo este tiempo todavia no me ha bastado para producir el efecto de mis deseos.

—¿Y creeis que yo no he meditado? ¡ah! Si vos habeis pasado algunas horas del dia pensando en mi suerte, yo he perdido todas las de dos noches consecutivas imaginando la vuestra, y si en este momento anciaba veros era menos por gozar con vos de dulces y futíles platicas de amor, que para manifestaros seriamente el fruto de mi meditacion.

—Muger celestial, angel bondadoso que bajasteis del cielo para calmar mis males hablad, tambien he de deciros mis propósitos, pero antes quiero oir de vuestros labios cuantohabeis pensado que no podrá menos de agradarme siendo vos tan buena.

—Arturo hay ocasiones y esta es una de ellas en que se tiembla cuando se va á comunicar á otra persona una resolucion que nos dicta el deber; ante quien debemos sacrificar gustosos nuestros caprichos.

—¿Que quereis decir? interrumpió Arturo.

—Atended, continuó Matilde con un tono que tenia algo de solemne; la ultima vez que nos vimos me brindaste con vuestro amor y á no engañarme hasta me preguntastes si queria ser vuestro esposa; y yo deslumbrado por vuestras palabras, creo que condescendi á vuestras suplicas es decir en ser vuestra esposa,

¡loca idea que podia imaginar solo en el delirio de un sueño!

—Cielos! me helaís de espanto! interrumpió Arturo de nuevo.

—No; me interrumpaís; despues que saliste de aqui me traje á la memoria cuanto dijiste y lo que os dije yo tambien: medité en el silencio de la noche; el resultado de nuestra conferencia, y deduci claramente que de ella debia nacer indispensablemente vuestro infortunio, ¡Arturo por el Dios Criador del Cielo y tierra, os juro que llegué á amaros que os amo todavia pero jamas podré consentir ahora que el tiempo ha dado lugar á la reflexion en ser yo la causa de todos vuestros males que indudablemente os sobrevendrian y que os harian llorar amargamente todo el resto de vuestra vida! ah! no podeís creer lo que sufro en este momento, en que debo renunciar á lo que hubiera hecho mi felicidad, á los sueños de oro que creara mi imaginacion en los arrullos de mi infancia, pero el deber como os he dicho ya, y que tiene mas poderio en mi alma que todas las pasiones del mundo me manda obrar asi.

—¿Matilde que palabras son esas? este lenguage de cuando acá lo usaís conmigo ya no me amais?

—Yo os amo Arturo.

—Pues que significa lo que habeis dicho?

—Yo os amo pero vos no podeis amarme porque yo soy una infeliz criatura á diferencia de vos, que....

—Que!

—Que sois un jóven rico....

—Y esto es razon para que no os ame?

Matilde respondió con un suspiro, luego fijando sus ojos en los de Arturo murmuró.

—Yo no debo consentir que este amor que mas puede atribuirse á un capricho que á otra cosa, labre vuestro infortunio.

—Capricho decis! ¿y vos lo creís? ¿el amor no es una pasion que nos fascina, que nos arrebata y ante el cual nos sentimos sobrecogidos por una mescla de respeto y veneracion? ¿pues que es sino eso lo en este momento me anima para hablaros para deciros mí amor y para quereros de veras?

—Arturo yo no dudo de vuestro amor, pero jamas consentiré en que seais víctima de él, atended, vos sois jóven, muy jóven, la naturaleza os ha dotado de una alma atrevida y poco circunspecta, de suerte que menospreciando ahora los vaivenes de una vida de que apenas empezais á agozar arrastrariais toda clase de peligros para el logro del mas fútil deseo. Pero desde luego que la esperiencia de hombre os mostrase vuestros yerros no podreis menos de alimentar un odio cruel y profundo

á quien hubiese contribuido á ellos. Apesar de todas las protestas de amor que me haceis, cuando llegaria esta ocasion, cuando el tiempo os quitase el velo que cubre vuestros ojos ¿quien sabe si la ira respetaria entonces, á la persona que segun vos amais con mas frenesí? tal vez lleno de despecho, saciado de la pasion que mi imágen creo en vuestra alma, no podriais conteneros, y yo infelíz de mi tendria que oir vuestras quejas con la mas grande resígnacion, por haber sido culpable en condescender á vuestras súplicas.

—¡Por piedad no hableis asi! esclamó Arturo con ardor, ¡ah! vuestras palabras destrozan mi corazon de un modo horrible. Temeis mi inconstancia ¿y porque? os he dado algun motivo para ello, desde queos conosco, no os he amado con igual frenesí! ha transcurrido algun dia que hayas oido á mis labios espresarse con menos fuego y entusiasmo, con el que uso comunmente, ¡oh! decidme la verdad decídmela por Dios ¿ha habido alguien que os haya aconsejado contra este enlace?

—Ninguno puede haberme hablado en favor ni en contra de este enlace, porque no he dicho nada á nadie.

—Entonces ¿que causas os impulsan à hablar de esta manera? permitidme crea que indudablemente ha de animaros hoy un motivo mas que

suficiente para tomar esta resolucion.

—El todo poderoso sabe que solo vuestra felicidad me anima en ella.

—¡Oh! no hableis mas..... por piedad tened compasion de mi! Basta, basta, demasiado habeis dicho pero de nada os ha servido, vuestros intentos os saldrán frustrados; Vos quereis abandonarme, lo conozco, pero no lo lograreis, porque id á donde querais yo os seguiré aunque sea al infierno.

—Arturo, por Dios sosegaos, vos delirais...., habeis interpretado mal mis palabras ¡Oh! yo no soy la que quisiera dejaros, pero el deber me obliga á ello, reportaos pues, y oidme. Caiga sobre mi cabeza el anatema del cielo si me mueve otro deseo que vuestra suerte. Estoy del todo convencida que vuestro corazon arde cual llama en amor por mi, este amor infantil y puro os cubre con un velo lo que soy, pero mañana que esta llama se amortigue ¿quien contendrá vuestros arrebatos? Entonces maldecireis el primer instante que me visteis y los momentos que me hablaste, pero estas maldiciones serán en vano; las súplicas, las deprecaciones y hasta el llanto, se estrellarán ante el lazo indisoluble que nos habrá unido; un sí pronunciado á la vista de un Sacerdote nos habrá quitado la libertad á entrambos,.... y la pérdida de esa libertad es la que llorareis despues.

Arturo riose de la debilidad de los argumentos que Matilde oponia al proyectado enlace; Está continuó.

—Otro de los inconvenientes que vendrán á nuestra union es el tener vos una Madre que jamas querrá consentir en este Matrimonio.

—Matilde, si esto os parece un obstáculo voy á desvaneceroslo al momento. Y Arturo en el frenesí de su ciega pasion refirió á Matilde là idea de Rumier, que con tanta enerjia habia rechazado al oirla.

Despues de algunos minutos de conversacion. Matilde accedió á todo, y quedaron convenidos en que irian á vivir en un Pueblo cercano de la capital; despues de haber hecho todo cuanto envolvia el atroz pensamiento de Rumier.

Mientras pasaba esta escena; en un aposento contiguo al que se hallaban Arturo y Matilde, sucedia otra no menos digna de referirse.

Una mujer vieja, gorda, y feísima estaba reclinada en un antiguo sillon, sus ojos azules, vivos y penetrantes y su nariz aguileña daban á su fisonomia una espresion que repugnaba á primera vista; en pie al lado de ella, se encontraba un joven de treinta años cuyo traje que consistia, en un frac y pantalon negro, y chaleco blanco, contrastaba singularmete con el mal vestido que llevaba la vieja. Estos personajes que escuhaban con sumo silencio la conversacion de

Arturo y Matílde eran, la Señora Ambrosia madre protectora de Matílde, y Reynaldo intimo amigo de Arturo. El aposento en que se hallaban no habia mas luz que la que podia entrar por el agujero de la puerta.

Luego que Montris hubó salido del cuarto de Matilde por una puerta que comunicaba con el salon; Reynaldo hizo un pequeño movimiento de pies y se presentó á la vista de Matílde.

—Estabas sola? preguntole Reynaldo.

—Solita, puedes verlo.

—¡Sola!

—Lo dudais?

—Se me hace cuesta arriba creherlo contestó Reynaldo.

—Y porque?

—No se hija, pero se me ha metido en la cabeza que estabas con alguien. ¿Desde cuando no has visto á Arturo?

—No ha venido mas, contestó con desden Matílde.

—Casualmente contestó Reynaldo, mientras yo subia él bajaba.

—Entonces á que preguntarlo?

—Nada mas que por saber de seguro si habia venido para ti, porque en esta tierra los amores de una mujer de tu clase con un joevn de elevada cuna no duran mucho tiempo; pero por fortuna nuestra, ahora sucede al con-

trario, veamos, dí cuales son tus adelantos; porque no puedes negar que trabajas bajo mis órdenes.

— De que adelantos hablas? Reynaldo á fe mia que no te comprendo.

— De los que has hecho en el corazon de Arturo.

— No acabas de decir en este momento, que en esta tierra duran poco estos amores.

— Generalmente asi sucede, contestó Reynaldo mordiendose los labios; pero cuando la muger tiene talento ya es diferente, escepto......

— ¡Ah! ya estoy al cabo de la calle, interpió Matilde con la mejor frialad; si la muger tiene talento es diferente, pero ¿en este caso que es lo que sucede? Mas creo que te hé interumpido decias, que escepto.....

— Si, escepto cuando hay de por medío un hombre de mi temple, dijo Reynaldo con resolusion.

— Bah! esta vez no hablarás por mi, ¿no es verdad? hijo.

— Sabes que me has puesto algun tanto de mal humor, dijo Reynaldo un poco mas tranquilo.

— ¡Yo! y porque?

— En primer lugar porque me negaste que Arturo habia estado aqui.

— ¡Y bien! ¿he mentido acaso? ¿que se yo

si Arturo ha venido ó no? Si ha venido, no ha sido por mi, pues que no le he visto.

A estas palabras el rostro de Reynaldo se encendió de cólera, su mano robusta asió fuertemente el débil brazo de Matilde y con una voz atronadora gritó.

—¡Matilde! ¡mientes! ¡mientes!

Al oirle la joven dió una sonóra carcajada y dando dos pasos atras dijo.

—Me has dado miedo, Reynaldo

La fria imposibilidad de Matilde, lejos de irritar mas á Reynaldo no hizo sino calmarle; Encogiose de hombros y con el desprecio y desden que usaria un hombre de atletas formas si tuviese que habérselas con un niño, repuso.

—¡Me dais de compasion!

—¡Me compadeces!

—Sí, te compadezco porque eres una infeliz, puesto que no sabes conocer lo que te conviene.

—Pues amigo mio, dijo Matilde dejando entrever en sus labios la sonrisa; pues yo creia que solo te quejabas de eso.

—Y bien, ¿aunque fuese asi no tendria razon?

—Efectivamente ¡quien te lo niega!

—¿Hubieras acaso conocido á Arturo sin intervencion mia? añadió Reynaldo sin hacer poco ni mucho caso del cinismo de Matilde.

—Es mucha verdad, te debo la amistad que hé contraido con ese jóven; es una deuda que pienso pagar pronto.

—Matilde aun es tiempo para que vuelvas á seguir la línea de conducta que yo te he trazado.

—Deseo demasiado mi felicidad, para seguir esa línea.

—Tu infortunio querrás decir, si, tu infortunio, porque has olido miel para sorber hiel, oyes? tus proyectos se convertirán en humo.

—De que proyectos hablas?

—Del hermoso y encantador cuadro de tu porvenir que Arturo te ha delineado, y que tanto te ha valido para ello tu refinada hipocresia. Oh! ¡cuan hechicero debe ser Matilde la perspectiva de la vida de dos esposos que se aman, cuando tan pronto te has olvidado del pacto que contrahiste conmigo!

—Has oido....

—Todo.

—Tanto mejor, dijo Matilde, siempre con el mismo aire de indiferencia, asi me habras ahorrado el trabajo de referírtelo,

—Sí, todo lo sé, continuó Reynaldo con ironia; desde el amor que has confesado á ese muchacho, hasta el medio vil é infame que has adoptado para poner en ejecucion dicho enlace: Pero no temas, no tendrás que romperte la cabeza para meditar por tu porvenir: Yo

haré lo demás; te enseñaré como el gavilan corta las alas al águila, que queria quitarle la presa.

Diciendo esto volvió las espaldas á Matilde. Esta le contestó á lo lejos con una carcajada.



XI

¡ Cuan suceptible es de emociones el corazon de una Madre cuando la preocupa una pasion verdadera ; y cuanta predisposicion para entregarse á la melancolía , si el objeto de su amor se halla ausente !

Los dorados rayos de un sol puro y radiante que durante el dia alumbraran la ciudad de Paris , hacia algun tiempo que habian desaparecido de las cupulas y altos tejados. Eso no obstante Mme. Carolina Montris se hallaba en obscuras en su retrete ; sentada muy cerca del balcon observaba maquinalmente un grupo de muchachos de la hez del pueblo, que se reian á las barbas, de un pobre octogenario que con un baculo que servia para apoyar su encorvado cuerpo

corria tras ellos en ademan hostil, á causa de haber tenido uno de ellos la osada desfachatez de poner la mano sobre los hombros del anciano; la cultura y respeto á nuestros mayores ha llegado á tan alto grado en el estado de civilizacion que nos encontramos, que estos sucesos son ya tan generales en ciudades grandes, que por sí llaman poco la atencion de la gente y aun menos de las autoridades que vigilan; de suerte que los transeuntes que casualmente diesen á pasar por la calle, continuaban su camino fuera de algunos que engordando el número de los muchachos se reian de ello: No sucedia lo propio con la madre de Arturo que de buen gusto hubiera prodigado por el buen viejo una lágrima si sus ojos estuviesen enjutos. ¡Mas ay! la buena señora hacia algun tiempo lloraba ya; y si á falta de luz no dejaba ver sus señales y menos sus pálidas y desancajadas facciones; podiase colegir en los contínuos movimientos de su mano, en la cual tenia un blanco pañuelo que aplicaba de vez en cuando á sus párpados; ¡pobre muger!... ¡pobre madre! ¿que es lo que tiene? ¿Cuales son las angustias que le aflijen? ¿cuales los dolores que le apesadumbran? ¡Ah! es tan difícil saberlo, cuando es una virtuosa viuda y una buena madre.... Pero ¡ah! esta vez no pensaba en su esposo, los dolores que le causaron la ausencia de su hijo, habian borrado en ella todos los sentimientos anteriores; habíale ol-

vidado, porque un recuerdo mas dulce tenia embargada su imaginacion ... pensaba en su hijo, en su hijo de quien no sabia nada, nada absolutamente desde que habia partido de su lado. Habia pasado un mes, dos meses, tres meses y aun no habia llegado una carta, ni un aviso que llevara noticias de él, la diligencia en la que habia marchado y que le condujo á Marsella estaba ya de regreso, ella lo sabia, porque habia ido en persona á informarse, habia tambien preguntado por su hijo al postillon, el que contestó que sano lo habia dejado en Marsella, ¡ah! lo que padecia esa cándida madre no puede decirse en ningun idioma del mundo, ya no sabia que resolucion tomar para recibir nuevas de su hijo, el dia y la noche para ella eran lo mismo, porque todas las horas velaba nadando en lágrimas, las carnes le habian huido tras tanto sufrir y tan delgada y cadavérica estaba que daba de compasion al verla.

A la vista del infelíz viejo que era la risa de aquella tuna de muchachos, habia apartado su rostro de aquel espectáculo y sus ojos se inclinaron en una de las paredes del aposento de la cual pendia un cuadro. Era el retrato de su hijo, al divisarlo dejó caer la cabeza entre sus manos y derramó copioso llanto.

En esta actitud estaba, cuando un criado anunció la visita de Mad. Turin.

Levantóse la madre de Arturo sobresaltada en-

jugó su llanto y arreglándose del mejor modo que pudo salió á recibir á su amiga.

Antes de continuar este capítulo digamos dos palabras de la ocasion que motivó la amistad de la madre de Arturo con Mad. Turin. Hará unos cuatro años que no se conocian y quizas no se habian visto nunca, cuando un dia esta subió á un ómnibus en que Mad. Montris hacia media hora aguardaba la marcha, durante el camino entablaron una larga conversacion y sea casualidad ú otra mira Mad. Turin se apeó en el mismo lugar en que la señora de Montris habia hecho parar el carruage, despues de haber atravesado una calle esta última despidiose de la primera, no sin haberle antes franqueado la habitacion, por no desmerecer los ofrecimientos que le hizo primeramente Mad. Turin.

Al dia siguiente de este encuentro con alguna sorpresa de Carolina, se presentó Mad Turin para hacerle una visita y sus palabras y su esquisita y fina conversacion, cautivaron tanto el corazon de la madre de Arturo que desde aquel dia fueron amigas inseparables.

Mad. Turin vivia sola con una criada en un primer piso de la calle de Richelieu, apesar de que algunas voces atropellaban el honor de esta señora, puesto que decian que mantenia desde muchos años relaciones criminales con un caballero, y que hasta tenia un hijo que habia mandado á

viajar, Mad. Carolina no habia nunca dado crédito á esto, porque creia haber hallado en el fondo del alma de su amiga, demasiada probidad y honradez para cometer semejante desliz.

Su talla era mas alta que baja, al primer golpe de vista cualquiera no le hubiera hecho mas que treinta años apesar de contar cuarenta, porque sus facciones conservaban aun la hermosura de la juventud, sus ojos pequeños, pero sagaces y vivos denotaban mucha inteligencia á la par que hipocresia; y de la falsa sonrisa que incesantemente divagaba en sus labios, la mirada de un perspicaz fisonomista hubiera deducido los vicios mas enormes de que estaba dotada aquella muger.

Iba vestida con notable elegancia, un gorro de terciopelo carmesí, ocultaba su poblada cabellera de un color mas negro que el acebache, llevaba un vestido de muselina de un oscuro bastante subido sobre el que ostentaba una ancha pañoleta, trabajada con sumo primor.

Al penetrar en la estancia dó estaba Mad. Carolina en la cual acababa un criado de llevar luces, no pudo menos de esclamar al ver el rostro lloroso de su amiga.

—¿Que es lo que tenéis? ¡vuestras facciones estan desechas! ¡vuestro semblante turbado! ¡vos habeis llorado hija!.... ¡ah! ya adivino, ¿aun no habeis tenido noticia de Arturo?

—Todavia no, mi querida Elena; ¡ah! es pre-

ciso que le haya sucedido alguna novedad, porque el no acordarse de su madre ! el olvidarme! ¡oh! es imposible; estará malo sin duda, ó habrá muerto ya; y al decir esto no pudo contenerse y rompió en llanto.

—Os compadesco, dijo friamente Mad. Turin, pero aun no se ha llegado al estremo de desesperar; es verdad que el tiempo transcurrido desde su ausencia es suficiente para saber noticias suyas, mas á veces suceden tantas cosas.... mas que quereis, si yo fuese de vos, no pensaria tanto en eso.

—En que pensariais entonces?

—Buscaria nuevas distracciones á fin de que me hicieren olvidar á lo que tanto os apesadumbra.

—Y creis vos que haya ninguna madre que pueda olvidar á un hijo? ¡oh! no, es imposible.... no hay ninguna: y si la hubiese tendria un esposo, un hermano, que compartiria con ella su infortunio y que á fuerza de caricias y de amor, cicatrizaria todas las llagas de su corazon, ¡ pero yo en quien quereis que piense sino en lo único que Dios me ha conservado ¡ en mi hijo !

—Es verdad.

—Sí, continuó Mad. Carolina soltando un suspiro, todo mi amor, todas mis esperanzas las tenia concentradas en mi hijo á quien ¡ infeliz de mi! deje partir para tierras estrañas.... y que tal vez no volveré á ver mas.

—Quitad dijo Mad. Torin, de vuestra mente esta idea; cuan poco conoceis á los jóvenes de hoy dia, la vida de vuestro hijo que tanto miedo os da, puede ser que jamás haya estado tan á salvo como ahora, porque ó me engaño mucho ó Arturo ha encontrado en alguna poblacion de España, algun objeto que le ha llamado tanto la atencion que le ha hecho olvidar hasta el respeto filial.

—¡Vos lo creis!.... ¡oh! ¡si no fuese mas que eso!.... Mas cuando me hablais de esta manera es indudable que debeis saber algo, hablad, ¿habeis venido quizas para darme alguna nueva?

—Ojalá... mas no sé nada, absolutamente nada, si os he hablado de un objeto, si he dejado entrever una segura esperanza por la vida de vuestro hijo, no es porque sepa nada, sino porque presumo que siendo jóven y de una figura lisongera facilmente se hará amar; y en España las mugeres son celosas de todas los pensamientos que ocupan á sus amantes que no tengan conexion con su amor.

—Y hasta de los que se dirigen á una madre?

—¡Quien lo duda!

—Oh! no, yo conozco demasiado á mi hijo para creerlo enamorado, os olvidais de esos dos años que estuvo aqui en Paris, los teatros, los paseos y las fiestas, tenian para él mediano atractivo, no mas que mediano, pero en cuanto los

bailes, un dia creo llegó á decir que estaban demasiado llenos de mugeres ¿y creeis que un cambio de clima haya influido tan pronto para borrar aquellas ideas, y dar vida á otras de distinta naturaleza? pero aun suponiendo eso cierto, aunque Arturo se hubiese dejado arrebatar de la pasion mas ardiente, ¿es un motivo para creer que no ha pensado conmigo? ¡oh! no, lejos de olvidarme, me hubiera escrito solo para noticiarme ese cambio, me hubiera dicho el nombre de la novia, hubiera añadido sus prendas, sus virtudes y luego hubiera pedido mi consentimiento.

—Que no hubierais vacilado en otorgar, interrumpió Elena acentuándo lentamente sus palabras. Y diciendo esto abrió los ojos á mas no poder, para concentrar toda su atencion en la respuesta que iba á oir de Mad. Carolina.

—Segun y como, contestó esta; si la que hubiese elegido fuese digna de llevar el nombre de mi familia, no tendria el menor reparo, pero de lo contrario llamaria en mi ausilio toda la autoridad que me compete, para hacer entrar en el carril de la obediencia y respeto á mi hijo; y lo alcanzaria.

—¿Aunque vuestro hijo estuviese locamente enamorado? ¡oh! figuraos que os dirige una carta, en que os pinta en lo vivo el amor que profesa á una muger, mas que el ser de pobre cuna ù otras circunstancias le impiden darle su mano, pero que

este vacio lo llena la hermosura la juventud y la bondad de su querida; que está ardiendo en deseos de poseherla, y que es tanto lo que la idolatra que cree que todo su porvenir depende de la union con esta jóven: Decidme, ¡en este caso no tendriais compasion de su suerte! ¡serias tan ingrata en rehusar vuestro consentimiento!

— Yo creo querida Elena que este caso no vendrá, porque mi hijo tiene bastante juicio para conocer lo que le conviene, y si viniese tomaria mis informes y ellos decidirian mi voluntad.

— Comprendo, repuso Mad. Turin observando con mucha atencion la fisonomia de su amiga; si la eleccion recayese en una joven honrrada perteneciente á una familia de cualidades respetables, aunque fuese de la clase mediana consentirias, pero si una falta reprehensible hubiese manchado el lustre de la muchacha, si hubiese por ejemplo sufrido un desliz, entonces ¿os opondriais firmemente á su enlace aun que le hiciese derramar lagrimas, aunque le hicieseis infeliz por todo el resto de su vida?

— Primeramente procuraria hacerle decistir con razones que me sugeriese el amor de madre.

— Y luego?

— Si los razocinios y ruegos no bastasen para convencerle las amenazas lo suplirian.

— Y seriais inflexible?

— Cuando supiese que este matrimonio re-

portase un deteriòro de honor para el nombre que llevo, lo seria ¡oh! si, lo seria.

— Y si fuese pertinaz de llevar á cabo tan insensato proyecto; ¿que os dictaria vuestro amor y vuestra prudencia? ¡oh! no estrañeis que haga esas preguntas; algunas veses me he dicho á mi misma, que si tuviese un hijo que haria sobre este particular.

— Y no os ha ocurrido una idea feliz?

— ¡Oh!.... no, y á vos?

— Que quereis! creo que mi hijo me ama demasiado, para colocarme en esta critica posicion.

La visita se prolongó hasta las once; hora en que se retiró Mad. Elena Turin á su casa.



XII.

Un hombre á quien no ha ennoblecido el sentimiento, pronto acaba con los escrúpulos del corazon.

Alejandro Curton.

Hácia la mitad de la calle Montmartre de la Ciudad de Paris, estaba situada entonces una casa de mediana apariencia; el primer piso lo ocupaba desde muchos años Ricardo Manrique hombre de un carácter estraño, puesto que vivia solo con un criado. no recibia mas visitas que las dé una muger, y raras veces salia á la calle; de suerte que apesar de ser inquilino antiguo, era para los mas de los vecinos, desconocido.

Su habitacion se hallaba regularmente amueblada; uno de los aposentos que la componian estaba destinado para hacer las veces de gabinete, en el habia una hermosa libreria enrriquecida con las

obras de los mas celebres Franceses, Españoles, Ingleses etc. y una mesa que á la sazon se encuentran varios papeles diseminados por encima. Los rayos matutinales que atravesaban los diafanos vidrios de un balcon, hacian facilmente visible á un hombre que reclinado comodamente en una poltrona estaba delante la mesa.

Sus cabellos algo canos demotraban que habia pasado de los cincuenta años: Su cabeza era de un volumen mas que mediano: La espresion de su fisonomia inspiraba mas aversion que simpatía. Su frente despejada, pero algo chata, indicaba cierta inteligencia aunque mesclada de un aire de maldad indescribible, y sus ojos ocultos bajo negras cejas, parecian encerrar un no se que de imponente y siniestro. El vestido que llevaba lo cubria una bata de lana de un color entre azul y negro, que le llegaba hasta los pies.

De varios papeles que tenia sobre la mesa, habia uno que llamaba sobremanera su atencion, puesto que cada vez que lo tomaba, le sumia en una meditacion tan profunda, como si entonces pasase en su alma alguna cosa estraña y funesta.

Lo que tan meditabundo le tenia era una carta que habia recibido por el último correo, concebida en estos términos.

«Querido padre: nuestro trinnfo será completo; Arturo está ciegamente enamorado de una muchacha, que no llevará á la familia de Montris

mas que la deshonra y el oprobio. En mis manos está el prefijar el dia de la boda, porque siguiendo *una parte* de vuestras instrucciones, he conseguido contraer con este jóven una amistad indisoluble. Yo creo que la noticia de este casamiento, será un golpe fatal para Mad. Carolina; y si esto no basta, le depararé otro, al que os juro no sobrevivirá.»

«En cuanto á poner en ejecucion respecto á Arturo vuestra idea, ¡oh! no me atrevo, no tengo fuerzas para ello; ¡ah! desde que no me aparto apenas de su lado, no le aborresco tanto, para que mi mano no temblase al coger el puñal homicida. Sin embargo infiero que no habrá necesidad de medios coactivos; cuando sepa que su imprudencia ha abreviado los dias de su madre, y se vea unido con una muger, que al abrir los ojos á la razon indudablemeute despreciará; será suficiente para que los remordimientos roen incesantemente su corazon. Los desengaños que habrá sufrido le pondrán á salvo de otras amistades, y falto de una voz amiga que mitigue sus dolores, sucumbirá pronto al peso de ellos. Adios querido padre, y recordad la promesa que hicistes al que antes de llevar vuestro nombre usó para el suyo.—Pedro Rumier.»

Despues de leer varias veces esta carta, dió una ojeada rápida á los otros papeles que habia encima la mesa; entonces se pintó en sus labios

una sonrisa sardónica y cruel, y sus ojos brillaron con una alegria que rayaba á salvage: habia un no se que, en aquel hombre mudo que meditaba y reia al mismo tiempo, que infundia miedo.

En este momento presentóse en el umbral de la puerta de enfrente una muger; era Elena Turin, llevaba el mismo trage, del dia que visitó á Mad. Carolina Montris.

Nuestro hombre al oir pasos levantó un poco la cabeza, y al reconocerla

—Os esperaba Elena dijo: y continuó el exámen de los papeles. Esta con la mayor calma fue á tomar asiento en un divan. Algunos segundos despues el hombre se sentó á su lado.

—Habláste con ella, le dijo.

—Sí, contestó, su interlocutora.

—Ha sabido algo de su hijo?

—Nada.

—Tanto peor.

—Peor decis!

—Peor, porque Carolina tomara una resolucion formal; ya vereis como manda á su hijo regresar, desde el momento que recibe de él, la menor noticia.

—Pero si no lo recibe, dijo Elena.

—La recibirá, contestó el otro, pero bien, que deducis de cuanto os dijo? Añadió al cabo de un instante.

—Que nuestro hijo tiene mucho mas talento

que nosotros. Escuchad amigo mio; Mad. Carolina ama á Arturo con frenesí.

—Ya lo se.

—Su carácter es inflexible.

—Tambien lo se.

—Tiene orgullo.

—Demasiado.

—Es idólatra del honor de su familia.

—Y bien!

—Desde el momento que Arturo cometa la imprudencia de contraher matrimonio, con la muger á que alude la carta de nuestro hijo; minada como está la salud de Mad. Carolina, no podrá resistir al dolor de esta noticia, y entonces nuestra victoria es segura.

—Lo dudo. ¿Pero aunque tar[de] ó pronto fallez[c]a su madre que adelanto habremos hecho? ¿No [qu]eda todavia Arturo para heredar los bienes de [su] familia?

—Pero nuestro hijo no dá por seguro que [...]go....

—Oh! Rumier es un cobarde; he aqui todo.

[—]Le juzgais cobarde, porque raciocinio.

[—]No, sino porque es débil; porque es inca[paz de] deshacerse de un hombre por vías de he[cho ... tie]ne cuerpo de muchachon pero su alma es [...] En fin, Elena es preciso valernos de otros [medios] violentos si quereis, pero que alomenos [...]n llegar al cabo de mi propósito: lo que

el derecho me ha quitado la fuerza me lo devolverá, todo está ya preparado, solo falta herir. Ahí están todos los papeles; El testamento de mi padre, en el que siquiera hace mencion de mi persona, la correspondencia que este tuvo con mi madre en la que consta mi nacimiento, y otros papeles que servirán de mucho para reclamar la herencia de Montris, cuando Arturo y su madre hayan fallecido. Animo, vos podeis servir de mucho: y yo luego cumpliré la promesa que tengo empeñada.

—Siempre estoy pronto para obedeceros, mandad. Y al decir eso los ojos de Mad. Turin brillaron con la mas cruel ferocidad.

—No debeis vacilar, continuó Ricardo, de lo contrario todo está perdido, y perdido para siempre; la ocasion no puede ser mas propicia: la vida de Mad. Carolina está en vuestras manos, no se necesita hacer el menor ruido, no teneis que echar mano de medios que podrian inducir á sospechas; un veneno seguro y lento y que no deje señales, está en mi poder; él os podrá servir, que no en valde os habeis grangeado la amistad de la esposa del que fué un dia mi hermano. Por lo que toca á su hijo, en mi mente bulle un proyecto cuya ejecucion le dispensará regresar á esta ciudad.

—¡Y este proyecto!

—¡Oh! este proyecto os lo referiré mas tar-

de; y por ahora sabed, que su dilacion depende tan solo de la respuesta á la carta que ahora mismo voy á escribir á Rumier; vivid sobre el aviso querida Elena, no desconfieis, el dia de la recuperacion de mis bienes llegará pronto. Hace años, muchos años que espero el dia de mi venganza: juré vengarme de toda esa familia, y lo cumpliré. Hay algunos que ya les ha llegado el turno á Carlota Roqueroz, y Eusebio Montris les consta perfectamente, la primera envenenada en el dia mismo de mi salida de la casa paterna; y el otro delatado á la convencion popular y luego ajusticiado en la plaza de la Revolucion... esos saben si se cumplir ó no mis juramentos, ahora solo falta que caigan las cabezas de la esposa é hijo de este último, y por vida del diablo os juro Elena, que les llegará su turno, ahora dejadme, pues que necesito estar solo para meditar y escribir á nuestro hijo.

—Adios, dijo Elena.

—Adios. Mañana es muy probable que venga á vuestra casa, para hablaros.

Y levantándose, acompañó á Mad. Turin hasta la puerta, luego volvió á entrar y sentándose junto á la mesa, escribió por un largo rato.

XIII.

Ay! la perfidia y la maldad tienen mil suertes de armas; cuando la inocencia no tiene mas que así misma.

El dia comenzaba á rayar; y su primera luz penetraba en una sala adornada segun el gusto del dia; dos mugeres algo conocidas del lector, se encontraban sentadas en un divan. Eran Carolina Montris y Elena Turin, la primera no pudiendo resistir al deseo de comunicar á esta, una noticia que la tenía embargada de alegria, habia venido á su casa apesar de ser hora tan desusada para visitas. A su palidez y abatimiento ordinario, habia sucedido una frescura y lozania que encantaba: y cuando antes tenia las facciones descoloridas, ahora en ellas se ostentaban los mas vivos colores. ¡Cuán cierto es que los corazones propensos á la agitacion y al aturdimiento son los primeros

en reanimarse cuando la borrasca apenas ha pasado!

Lo que habia ocasionado esa metamórfosis; era una carta fechada en Barcelona qne anoche habia recibido: era de su hijo, en ella decia que una enfermedad le habia prohibido escribir antes, que ahora ya estaba algo convaleciente, y que dentro de escasos dias estaria totalmente restablecido; ademas le pedia que le girase una letra de un valor de dos mil libras esterlinas contra un banquero de aqnella ciudad, cantidad que le era indispensable para emprender un negocio, que á la par que duplicaria el capital seria para él un objeto de distraccion.

La pobre madre no podia desear mas; todo su anhelo se habia cifrado en saber algo de Arturo y cuando menos se creia, cuando desconfiando ya de su vida, no hacia mas que orar y llorar, se encuentra con una carta suya, en que apesar que le manifiesta su enfermedad le da esperanzas de un restablecimiento. ¡Oh! el gozo y placer que sintió no puede describirse; la enfermedad que habia padecido, no la sorprendió poco ni mucho; porque habia sondeado demasiado el corazon de su hijo, tenia estudiado su carácter lo suficiente; para no atribuir á su silencio mas que una indisposicion.

—Y bien, ¿que es lo que pensais contestar á vuestro hijo? decia Elena.

—¡Oh! le suplico, le ruego contestó esta que

venga, que venga inmediatamente, yo no debo esponerle á que lejos de mi lado sufra otra enfermedad no os parece bien?

Frunció el ceño Mad. Turin y luego repuso.

— Y en cuanto à la cantidad que os pide,...

— Se la mando.

— Y creeis vos que le será saludable á vuestro hijo un cambio de clima, cuando apenas ha salido de una larga enfermedad? ¿no os parece mucho mejor, dejarle vivir por algun tiempo mas en Barcelona, à fin de restablecerse, y no precipitar de ninguna manera, un viage que tan caro à su salud puede costar? ¡ah! vos sois, permitid que os lo diga demasiado egoista del amor de Arturo: le amais tanto que deseais hablarle, tenerle constantemente á vuestro lado, y él odía tanto à su patria que para huir de ella, abandona hasta à su madre, ¿porque no conciliais esos estremos? ¡conceded à vuestro amor maternal un tiempo de treguas! dejad borrar en la mente de vuestro hijo todo el horror y repugnancia que le inspiraran las costumbres de Paris; y luego sed exigente para que regrese.

— Elena hoy no sois feliz en vuestros pensamientos, replicó Carolina; dudais que cuanto mas tiempo demore mi hijo en Barcelona, esta ciudad escitará su simpatía y por lo mismo le será mas doloroso dejarla ¡oh! el deber de madre me impone el derecho de evitar la ocasion que Arturo tenga

que hacer un sacrificio para regresar á su patria.

Este argumento era demasiado lògico para que pudiese sugerir facil replica en la mente de Elena; Sin embargo al cabo de alguuos segundos de meditacion repuso.

—Carorina, hace cuatro meses que me consultaste sobre la determinacion que hubiera tomado en vuestro lugar, para cohartar la resolucion ó capricho de Arturo como digisteis vos entonces, de marcharse de Paris, mi opinion que os dije dos dias despues, porque la cosa merecia la pena de meditarla algun tiempo, os llenó de estrañeza, resististe á ella y juraste uo seguirla jamás; y sin embargo pocos dias despues, condescendiendo á la voluntad de vuestro hijo, y siguiendo al pie de la letra mi parecer, le instastes paraque partiese para Marsella y se introdujese al interior de España; Dios quiera que esta vez suceda lo mismo; si la salud de Arturo ha de sufrir un deterioro por la precipitada determinacion que tomais.

—Maldito para siempre, esclamó Carolina, aquel momento en que oyendo las súplicas de mi hijo, condescendí á sus deseos; ¡oh! no era mi voluntad á la que consulté entonces, era mas bien el grito de mi corazon que me demandaba piedad para los dias de Arturo.

Algun tiempo despues Mad. Carolina Montris, se habia retirado; y Elena en su lugar tenia á Ricardo; iba este vestido con mas decencia que lujo;

llevaba la levita de paño color de gris, la que casi siempre llevaba abrochada y los pantalones negros cortados á la moda del año anterior, daban á su aspecto un aire algun tanto de galanteria, que no se encuentran facilmente en muchos hombres de su edad.

—Si, esclamó despues de haber oido por algunos minutos á Elena, es presiso anticipar tambien nuestra obra; felizmente todo lo sabemos de lo contrario cuanto hemos hecho habria sido inutil, he aqui donde la torpeza de Rumier nos hubiera llevado ¡ oh ! Si yo no hubiera creido en su alma mas resolucion, no hay miedo que hubiesemos corrido peligro alguno de perder nada: pero como vos Señora despues de regresár de Suiza; en donde el vivia desde muy jóven, me juraste que seguiria y coadyuvaria nuestras ideas, no vacilé en llamarle y confiarle luego el desempeño de una empresa de cuyo tino dependia la pronta posesion de los bienes de la familia de Montris.

—Perdonad Ricardo, pero yo no os dije mas, que despues de haber referido á nuestro hijo la historia de vuestras desgracias, le halle muy dis-dispuesto á vengaros; luego vos hiciste lo demás.

—No importa observó Ricardo, bueno es que sepamos la determinacion de Carolina, para anticipar la ejecucion de mi proyecto; oid ¿ vos conoceis á mi criado Bartolomin?

—Sí.

—Jóven osado y pronto á obedecer la menor insinuacion mia.

—Algunas veces me habeis hablado en su favor.

—No he podido menos Elena; apesar que todavía no le he confiado encargo alguno de compromiso, pero el deseo que siempre tiene de servirme, me dan á conocer en el una lealtad sin limites; en ocasiones que me ha visto triste y pensativo, se me acercado con la solicitud de un hijo, preguntandome cuales eran las dolores que embargaban mi vida, si podia darlas algun lenitivo, ciertas ocasiones ha habido en que estando con alguna familiaridad con él, me ha dicho que toda su ambicion se cifraba estar en conocimiento de cuantos secretos amargaban mi existencia, para complacerme por todos los medios que estuviese á su alcance; de todo esto querida mia, he deducido que solo para cautivarse mi aprecio hará cuanto le mande: por lo tanto hoy mismo le dire; tengo un enemigo que vive en Barcelona, se llama Arturo Montris, vive en tal parte, mi hijo que está con él te dará instrucciones sobre el modo y manera de que has de hechar mano para que su regreso á Paris, no le sea jamás posible; eso bastará para que comprenda al momente mi idea.

—Y en cuanto á Carolina.

—Dentro de pocos dias os entregaré la docis de veneno que es suficiente, para que la vida de una mujer, dure no mas que dos horas, tiempo necesa-

rio para regresar á vuestra casa.

Por la noche de aquel mismo dia, cuando casi todos los habitantes se habian retirado á sus casas, y los serenos anunciaban la tranquilidad de Paris; en una de las estancias de la habitacion de Ricardo Manrique, hallabase escribiendo el criado de este.

Bartolomin era un jóven de veinte y un años; tenia las facciones varoniles, pero algun tanto denegridas al parecer por los trabajos del campo: en su fisonomia ora reinase la colera, ora la calma, tenia un tinte de melancolia, como si ya pesasen sobre su frente los terribles desengaños del mundo, sus ojos grandes y vivos espresaban inteligencia, valor, energia, perspicacia y un temperamenta sanguineo.

La proeminencia de la parte superior del craneo, denotaba un caracter lleno de la firmeza mas grande.

Mientras estaba esrribiendo dirijia una furtiva mirada á la puerta que estaba cerrada, como si temiese ser observado. Algunos minutos despues mató la luz ymetióse en la cama que en el mismo aposento tenia preparada. . . . .

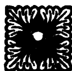
. . . .

Dos dias despues Mme. Carolina Montris recibió este anonimo.

«Señora un hombre que hace algunos años que vela por vos y por vuestro hijo, os acenseja que desconfieis de todo el mundo. Estais tanto vos

como Arturo rodeados de enemigos, que nó perderán medio, para perderos á entrambos. No quiero deciros mi nombre porque os llenarias de horror... y tal vez no prestariais oidos á mis consejos: mas sabed solo, que el que os escribe es un hombre que ha jurado á su moribundo padre, arrancar la máscara que cubre al infame impostor que delató à vuestro inocente esposo, Eugenio Montris.

Aquel mismo dia, Bartolomiu salió de Paris con direccion á Barcelona.



XIV.

—Amigos ¡brindo á la salud del novio!
— Y yo á la de sus substitutos.
Estos dos brindis fueron acompañados con una carcajada general.

En la fonda nominada del Rincon sita en las inmediaciones de la Plaza nueva de Barcelona, hallábase en la elevacion de un segundo piso, un aposento de figura cuadrilonga, destinado comunmente para recibir turbas de estudiantes en tiempos de vacaciones y jóvenes artistas que iban allí á celebrar alguna fiesta.

En una mañana de los últimos dias de marzo, por cierto algo nobulosa, se encontraban en este aposento comiendo al rededor de una mesa cinco jóvenes bulliciosos cuya zambra que armaban se oia de muy lejos Como no entraba mas luz que por una ventana que aba á la calle; y el cielo cubierto de nubes despedia poca luz, no podian verse al primer golpe de vista sus fisonomias; sin embargo el lector conocerá luego

por la conversacion á Rumier, Reinaldo y Arturo Montris.

—¡Caspita! Ese diablo de Modestin le ha dado por la manía de escribir, decia un jóven con vigote negro que olia á la legua á empleado en alguna oficina de Gobierno.

—¿Y cual es el título de su drama que van á poner en escena Federico? preguntó otro, que or lo elegante y fino de su traje indicàba ser Mayorazgo.

—Calígula, repuso el primero.

—El diablo le proteja manifestó Reinaldo me-or que otras veces.

—Pues yo creia, dijo Arturo que ese muchacho habia merecido muchos elogios, por la buena disposicion que tiene en el verso.

—Si los silvos designan elogios, casi será cierto lo que dice V. mi querido Arturo.

—Si mal no me han informado, añadió este, la última vez que se ejecutó uno de sus dramas, le prodigaron muchos aplausos, le llamaron á la escena y por último le arrojaron una corona. Asi lo dijo D.ª Mercedes.

—Cabàlmente habla V. Arturo de D.ª Mercedes futura suegra de Modestin; mujer que se desala en elogios por el novio de su hija. Los aplausos fueron pocos y los silvos muchos y la corona que se le echó, fué hija mas bien de un tributo de amistad, que de un voto general.

—¡Oh! No dudeis Arturo, repuso el mayorasgo, que Modestin es un ente insignificante en el mundo literario. Como demonio ha de aprovechar cuando es un rapazuelo, hijo de un tercer apunte de teatro, que mejor le hubiera ido á este que hubiese hecho de su Modestin un airoso saltimbanquis, que no un literato sin letras.

—Es una verdad lo que dice mi amigo Pepe, añadió el empleado bebiendose de un trago un buen vaso de vino; cuando uno desciende de noble prosapia está muy al corriente que se dedique á ocupaciones nobles, pero si el abuelo, bisabuelo y tartarabuelo no han sido mas que unos ganapanes, debieran estarle vedadas para él dichas ocupaciones, no es verdad, amigos mios.

Además que maldito lo que puede saber Modestin, cuando jamás ha sido empleado de oficina, porque no creo señores le haya cabido el honor de ser, al menos que yo lo sepa, llamado á desempeñar ningun encargo del Gobierno.

—Vaya unas buenas teorías, pensó para sí Rumier.

—¡Ca! Ni por pienso, dijo en voz alta Pepe.

—Y apesar de eso se da un tono, como si fuese solo en el mundo, á mi por nada me tiene tan fastidiado como por eso.

—En que punto de instruccion ha llegado su discípula Sofía? Preguntó Reynaldo.

—Probablemente en el mismo, en que se en-

contraba antes de comenzar Modestin sus lecciones.

— Ahora recuerdo dijo Rumier que al otro dia que fuimos, á visitar á D.ª Mercedes nos dijo su hija Sofia que aprendia de poética bajo los auspicios de Modestin.

— Seguramente, que las lecciones se deben trocar en plática amorosa.

— Asi es de presumir.

— Y cuando tratan de unirse en himeneo los dos amantes? Manifestó Arturo.

— Vota á brios, dijo Federico riendo, que Modestin no llevará mucha prisa en verificar ese enlace.

— A proposito de boda, observó Reynaldo desde ahora quedais convidados para una que ha de tener lugar dentro de escasos dias. Preparaos todos para meter bulla, porque es amigos mios la boda mas estravagante que habré visto en mi vida.

— Tanto mejor asi nos divertiremos mas.

— Y en que consiste la estravagancia?

— Apuesto amigos que se trata de una novia de la tierna edad de sesenta años.

— En cuanto á la novia todos la conoceis, pero el novio se ignora.

— ¡ Todos !

— Si, vive en la calle de S. Francisco.

— Pues un rayo me parta si conozco en toda la calle mas que á la Sra. Ambrosia y Matilde su ahijada y presumo que no hablarás de esta.

— A fé mia que no es otra, si amigos mios; Matilde se va á desposar dentro de poco con un jóven que posee pingues rentas, segun ella cree.

Arturo se estremeció al oir estas palabras.

— ¡ Matilde! esclamó Federico. ¡ Bah! tu te chanceas Reynaldo.

— Os juro por mi honor, repuso este, que no es chanza lo que digo: ella misma me lo ha confesado. Y lo mas original es que le bulle en su cabeza un proyecto del cual os vais á reir muchísimo.

El semblante de Arturo demudóse estraordinariamente viendo el pie que tomaba la conversacion. Estuvo por algunos segundos indeciso sobre que determinacion tomaria, para cortar aunque de un modo indiscreto el rumbo de la conversacion; y aun hubo un momento que le ocurrió la idea de descubrirse como á novio de Matilde, para acallar los sarcasmos que de otro modo iban á caer indirectamente sobre su cabeza. Pero al fin la curiosidad de saber todo cuanto pasaba en el interior de su querida, ó quizas el poco valor que le animaba para tomar su última resolucion, le movieron á tomar el partido mas prudente que era oirlo todo y callar.

— Pero y el novio cual es? Preguntó el mayorazgo.

— Será algun pobre diablo, que cansado de trabajar querrá ahora vivir á espensas de su mujer.

— Ó algun calaveron que trate de cubrir las deudas del juego, con el inaudito jornal de Matilde.

Esta salida escitó la risa en todos, escepto en Rumier y en Arturo que silenciosos cambiaron una significativa mirada.

—Olvidais que os he dicho, manifestó Reynaldo que posee un pingüe patrimonio.

— ¡Entonces!.....

— Os parece increible, á mi tambien; pero la verdad es que Matilde se casa y de ello sereis testigos.

— Pero y el proyecto que dijiste bulle en su cabeza?....

—Oid. Luego de verificarse el matrimonio parten los desposados al campo, y allí permanecerán quizas por mucho tiempo.

— Bien pensado, interrumpió Federico; el aire libre se hace indispensable para los enamorados.

— Como Matilde es algo liviana, y presume que los amores de su esposo le han de fastidiar al dia siguiente, me ha exijido que tenga la bondad de decir á sus muchos amigos, que no la abandonen á las aflicsiones del nuevo estado. Ademas como el dueño que será de su cuerpo (ya que no de su corazon) es algo lerdo no se tendrá que apurar la astucia para hacerle la traicioncilla.

— Bravo! pues no digo yo, que las mujeres son el mismo diablo.

—Amigos! brindo á la salud del novio, esclamó el mayorazgo tomando un vaso de valdepeñas.

—Y yo! á la de sus substitutos.

Estos dos brindis fueron acompañados con una carcajada jeneral.

Lo que padeció Arturo en este momento no puede decirse, para disimular su turbacion, cojió el vaso é iba á cercarlo á sus labios, pero ántes tuvo que dejarlo, porque el temblor de sus manos no le permitió verificar la accion, Rumier seguia con la vista todos los movimientos de su amigo.

La palidez de este, no pudo pasar desapercibida por todos los amigos de suerte que el empleado le dijo.

—Amigo Montris, la comida le habrá probablemente indispuesto porque le veo á V. algo taciturno.

—Efectivamente tartamudeó Arturo, pero no es cosa.

—Afuera la melancolía Arturo, y viva la broma y alegria, gritó Reynaldo dando una palmada en la mesa, vaya, no olvide V. que dentro de poco formará parte del sequito qué ha de consolar á Matilde en el nuevo estado.

—¡Yo!

—Si hombre; ¿y porque no? ¿Cree V. que Matilde es tan ingrata para olvidar á sus modernos amigos?

—Con que queridito Arturo V. es tambien amigo de Matilde?

—Debo este honor, respondió Montris á mi amigo Reynaldo.

—Mejor diria V. dijo este, que lo debe á Rumier.

—¡ A Rumier! ¿ y porque? Acaso no fué V. el que me presentó á su casa !

—Es mucha verdad, pero eso fué despues que la magnetica mirada de Matilde le hubo inspirado á V. un deseo, cuyo sacio costó nada menos que un almuerzo á Rumier, porque me habia apostado que no lograria escitar el amor á su corazon, y yo al efecto preparé la entrevista del teatro, encargando á Matilde el buen desempeño del papel lo cual lo hizo á pedir de boca.

—Efectivamente dijo Rumier habia creido dificil de que las hijas de Venus pudiesen con mover su corazon.

Arturo afectó sonreir.

—Mozo! gritó Reynaldo dando una puñada en la mesa.

A pocos segundos compareció un criado á la vista de los cinco amigos

— Cuanto debemos? preguntóle Reynaldo.

—Ochenta reales respodió el criado con la frialdad de un Espartano.

Reynaldo se metió los dedos en la faltriquera de su chaleco. Pero Arturo mas diestro deslizó en las manos del criado una moneda de oro.

—Esto no puedo ni quiero permitirlo esclamó

Reynaldo al divisar la accion de Arturo.

— Otro dia pagará V. repuso este.

— Solo bajo esta condicion, le permito pagar hoy.

Al cabo de un momento levantaronse de la mesa, bajaron la escalera dirijiendose á la Plaza nueva: Alli formaron coro por algunos minutos, y despidiendose luego cada cual tomó distinta direccion. Arturo se marchó junto con Rumier, à quien dijo cuando hubieron dado algunos pasos.

— Te vienes conmigo?

— A donde?

— A casa de Matilde.

Rumier encogiendose de hombros le contestó.

— Bah! crees cierto lo que ha dicho Reynaldo.

— Como quieras que lo dude cuando Matilde es la única persona á quien he confiado el pensamiento que tu me aconsejaste.

— Es verdad, raciocinó Reynaldo, sin embargo, vamonos allá á ver si sacamos algo en limpio.

Media hora despues llegaron en la calle de San Francisco y subieron á la habitacion de Matilde. La Sra. Ambrosia les recibió en la antesala y les dijo que Matilde habia salido y que seguramente no volveria hasta el anochecer. Arturo se dirijió lleno de angustias á su casa en compañia de su amigo. Los pensamientos que giraban y bullian

en su mente no le dejaban un momento feliz : su corazon estaba herido en lo vivo, sus dudas se habian trocado en certezas, desde que habia raciocinado por algun tiempo. Matilde, aquella mujer, á quien él creia un anjel, por quien habria renunciado á lo que mas amaba en el mundo, acababa de pagar sus bondades con la ingratitud mas negra que puede concebirse. ¡ Oh ! esta idea era para él, un veneno que infiltraba su cuerpo, y un puñal que desgarraba lentamente su corazon ; y sin embargo de ver tan claro su infamia no habia podido resistir al deseo de verla, de pedirla esplicaciones, de aclarar ese misterio, quizas solo para disculpar su conducta porque Arturo amaba á Matilde, con delirio, con frenesi.. .. como un loco.



XV.

Con igual instrumento hirió á dos corazones á la vez.

El lector no habrá olvidado quizas, que Reynaldo iba á la zaga de un medio, para separar á Rumier de su amigo Arturo. Habíanle al efecto ocurrido muchas ideas; pero todas las fué desechando, porque todas se dirigian al fin de romper los lazos de amistad que unian á entrambos amigos y esto conoció luego que era algo imposible. Habia imaginado tambien el pensamiento de mandarle por el correo una carta, en la que contraheciendo la firma de su padre, le obligase dejar á Barcelona, para regresar á su patria: pero á esto se oponian mil inconvenientes y el mayor de todos era que jamás habia podido ver la letra del que le dirigia las cartas, para su perfecta imi-

tacion; luego, que aun ignoraba el nombre del autor de ellas: Hasta que un dia pudo saber esto y otras cosas echando mano del medio que vamos á referir.

Hacia algun tiempo que visitaba con harta frecuencia la administracion de correos; cada vez que salia de ella, en su fisonomia se leia el aire mas triste y taciturno. Un dia sus ojos brillaron de alegria y contento: habia triunfado; en sus manos llevaba una carta dirijida á D. Pedro Rumier. No curandose en España de la identidad de la persona que se presenta (aunque sea por primera vez) á sacar una carta del correo no le fue muy dificil á Reynaldo quitar á su amigo Rumier la que iba á su direccion. Manifestamos al lector que esto sucedió al dia siguiente de la francachela habida en la fonda del Rincon.

Loco de placer se dirijió Reynaldo á su casa al llegar en ella abrió la carta y leyó el siguiente contenido.

« Paris 27 marzo de 1814.

Querido hijo; la presente no tiene mas objeto que exigirte el cumplimiento de tus deberes; cuando merced á la amistad de Mad. Sacris de Montris con tu madre supe que Arturo emprendia un viaje para España, no vacilé en llamarte de Lion para que siguiese su ruta al único fin de convertirle en cadaver; pero tu corazon de pecador contrito me hace desconfiar muchísimo del re-

sultado de este negocio. Que Arturo se halle ciegamente enamorado de una muchacha de honor ó sin honor, y que la celebracion de este enlace cause la muerte de Mad. Carolina es algo bueno; pero todavia seria mejor, que Arturo dejase de existir, pues que siendo el único posesor de los bienes que el autor de mis dias dejó á su padre, presentando yo á los tribunales los documentos que justifican que soy hijo natural de Carlos Montris, indudablemente se me conferira la propiedad de dichos bienes. Por lo tanto te exijo el cabal cumplimiento de lo que me juraste al salir de esta. Tu padre que te profesa singular cariño Ricardo Manrique."

El sentido de esta carta apesar de su claridad no fue comprendido al momento por Reynaldo;

La primera idea que ocurrió á su pensamiento despues del asombro en que le dejó su lectura, al comprender la intriga que habian urdido sobre la cabeza de Arturo, y adivinando lo que podia esperarse este de la refinada hipocrecia de Rumier fue referirle cuanto sabia; pero luego reflecsionando que este lance podria motivar su regreso á Paris pensó echar mano de otros medios para separarle de su amigo: De manera que el frio egoismo de su corazon, destruyó en este momento los primeros gérmenes de benevolencia, que habian nacido en el mismo momento de ver en peligro los dias de un amigo.

Algunos segundos despues, dió algunos pásos por el cuarto, y guardó una posicion de cabeza, como si concentrase todo su pensamiento en lo que iba á hacer... De repente parose, tomó la pluma y escribió una carta, no sin haber antes mirado algunas veces, la otra que habia quitado del correo como si hubiese tratado de imitar su letra.

Sonrióse despues de haberla cerrado, y luego de haber escrito su direccion que era Sr. D. Pedro Rumier calle del Conde del Asalto: dijo para sus adentros.

—Seria gracioso oir el saludo que hará el padre al hijo.... vamos, que tambien es una ocurrencia algo original la mia.

Mandó á su criado echar al correo la carta que acababa de escribir, y tomando la otra, se marchó.

Poco tiempo despues llegaba en casa de Matilde.

— D. Juan, le dijo la señora Ambrosia pegándoscle á los oidos, he cumplido fielmente su mandato de V. Arturo no ha visto todavia á Matilde.

—No será porque no haya venido? he!

—Ca! si ya van tres veces que ha venido, pero á todas se le ha respondido que nones.

—Y Matilde?

—La encontrará V. en su cuarto. Está la pobre muy llorosa.

—Sospecha?....

—Ni por pienso; pero se desespera con la

ausencia de tres dias de su amante.

— Y no la alude á nada?

— A V. solo.

— Como !.... á mi !

— Dice que V. le ha enmarañado las relaciones con Arturo.

— Con que me teme?

— Mucho D. Juan, mucho.

— Ahora voy á visitarla.

— Oiga V. D. Juan cuando Arturo vuelva ¿que escusa le daremos? es que ya las hemos apurado todas.

— Luego hablaremos de eso.

Reynaldo penetró en el cuarto de Matilde, y despues de haber dirigido á esta una irónica mirada se dejó caer en un sillon.

Los ojos de Matilde estaban salpicados de lágrimas.

Al oir ruido las enjuga precipitadamente, mas al divisar á Reynaldo bajó los ojos y dejó caer la cabeza entre sus manos.

Reynaldo se le acercó, un momento despues tomole la mano y con un acento el mas benévolo y sentimental le dijo.

— Matilde ! amas á Arturo !.... ¿ No es verdad?

La jóven sacudió vivamente la cabeza, como si dudase de que estuviese al lado de aquel nombre.

— Sí, le amo, murmuró.

— Infeliz !....

— Reynaldo ! vienes á insultar á la víctima ! no te basta haber separado de mi lado á Arturo, que ahora quieres recrearte con mi llanto...... aparta hombre vil. Tu hipocresia no me engañará jamas.

La voz de Matilde en este momento era varonil y seca.

Reynaldo se encogió de hombros.

— Cumpliste tu juramento, añadió Matilde dirigiendole una mirada de desden. Oh ! ahora recuerdo la palabra que me digiste hace siete dias. Cruel ! ¡ ah ! es preciso que tengas un corazon de marmol para vengarte de este manera, ó que seas un cobarde..... si, eso es porque un hombre valiente no se venga jamas de una persona de la que sabe bien no puede sacar sino inprecaciones y llanto.

Reynaldo frunció las cejas.

Matilde continuó.

— ¿ Que has sacado de haber roto mi amistad con Arturo ? Oh ! y para ello de cuantos medios por bajos que hayan sido no habrás echado mano..... y porque no ! ¿ has conocido quizas alguna vez la nobleza ? ¿ tu conciencia te ha acusado jamas un crimen ? has tenido remordimientos de las acciones criminales que á cada paso estás cometiendo ?..... pero responde ¿ que es lo que has dicho de mi, á Arturo ?

Las arterias de la frente de Reyaldo empeza-

ban á latir fuertemente ; sus ojos centelleaban , y sus labios no se abrian para dar paso á palabra alguna.

Por espacio de tres minutos reinó el silencio mas profundo; Matilde lo rompió.

— Podré saber por fin , á que has venido ? ¿ que quieres ?... ¿ que deseas de mi ?

— Esperaba que concluyeses, repuso Reynaldo dejando apesar suyo entrever su cólera, para evacuar un encargo que se me ha cometido.

— Di , ¿ que encargo es ese ?

— Me hubiera marchado sin decirte palabra, si no se hubiese tratado de tu felicidad , y de dar al mismo tiempo un mentís á las injurias que en este instante me has dirigido.—Si, continuó con voz pausada y acentuando cada una de sus palabras. El vengativo, el criminal , el vil , el cruel (no se si has dicho asesino) Reynaldo viene á cumplir con la comision que Arturo le ha dado media hora antes de salir de Barcelona para Paris.

No puede esplicarse el asombro que hizo en Matilde esta última palabra.

En otra ocasion , en la misma quizas ; pero usando Reynaldo de distintas palabras , no uniendo á su voz la dulzura y el sentimiento , y si no hubiese sabido dar á su espresion la naturalidad en su grado ma perfecto; Matilde se hubiese levantado y en pié , y con el aire de muger ultrajada, hubiera vituperado á aquel hombre, por el

embuste que tan villanamente habia forjado. Pero Matilde no estaba en el caso de resistir á creer lo que decia Reynaldo, porque en contra no tenia ninguna razon que poder alegarse; y ademas ¿como podia esplicar sino de este modo el momentáneo cambio de Arturo? Aquel que casi la mitad del dia pasaba á su lado, hacia tres dias que no habia venido, ¿y que podia aducir para ese rompimiento? el primer pensamiento que se le habia sugerido lo esplicaba en parte, pero no la satisfacia completamente: Reynaldo podia haber aconsejado á Artutro que desistiese del proyecto de casarse con ella. Mas sin embargo de esto, Arturo hubiera sido tan ingrato de no querer verla un solo dia mas. Cualquier consejo de Reynaldo hubiera sido bastante para calmar la pasion de Arturo! Aquellos votos de amor eterno eran tan débiles que se desvaneciesen por una sola palabra, quisaz por una calumnia! El corazon de su querido era tan pequeño que hubiese cedido tan pronto á las instigaciones de un amigo!... Lo que acababa de decir Reynaldo daba sino cabal, al menos razonada solucion á este problema.

— Porque ha marchado? repuso Matilde despues de un momento de meditacion. Oh! si no eres tan malo como creia; Convenceme de qué solo se ha ausentado por una indispensable necesidad... pero en este caso ¿que motivos le han vedado venir á verme por última vez?

—Aqui está el secreto de su ausencia, manifestó con la mayor tranquilidad Reynaldo, y enseñó á Matilde la direccion de la carta que habia sacado del correo.

La jóven creyendose que iba dirigida á ella hizo un ademan para tomarla, pero Reynaldo retiró su mano añadiendo.

—Amiga, es inviolable.

—Entonces á que mostrarla!.... pero esa carta no va á Arturo, sino á su amigo Rumier.

—Nada importa esto: el sello es de Paris, ves?

—Efectivamente; pero!.....

—Nada puedo decirte mas: en eso hay un secreto que he jurádo no descubrir, y que una sola palabra podria comprometer considerablemente. Sabe solamente que Arturo me ha dado esa carta como prueba de ser mensagero suyo. Ahora escucha.... Arturo te ama.

Matilde soltó un suspiro.

—Dentro tres meses volverá aqui.

La jóven respiró.

—El único objeto que le obligará á regresar es para unirse contigo.

—¡Ah!.... esclamó Matilde.

—Mil obstáculos tendrá que allanar para poder verificar este enlace; pero todos los vencerá escepto..

—Escepto que? interrumpió la jóven.

—Escepto uno, repuso con lentitud Reynaldo, y este es el haberte hallado en esta casa.

Los ojos de Matilde se llenaron de lágrimas.

— Sin embargo oye el encargo que me ha hecho, y anímate.—«Dí á Matilde que me perdone sino he ido á recoger su Adios, la amo tanto que quizas me hubiera hecho desistir de mi viage: las circunstancias han hecho variar de sesgo el modo de celebrar nuestro enlace. En Paris pediré el permiso á mi madre, ella querrá informarse de Matilde y ay de nosotros si esta permanece aun en aquella casa! Añádale, Reynaldo que el tiempo de la reparacion de las faltas no ha transcurrido aun, que la sociedad perdona lo pasado, pero que lo presente jamas.»— Ahora Matilde haz lo que bien te parezca: Yo he cumplido ya con el deber que me habia impuesto. Solo deseo que Dios te dé las luces suficientes para conducirte airosamente en tan crítica situacion. Adios.

Cuando Reynaldo salió del aposento de Matilde la señora Ambrosia se le acercó al oido para preguntarle.

—¿Que escusa daremos á Arturo cuando vuelva?

—Que Matilde se ha ausentado, que se ha marchado á Sevilla, Madrid ó Valencia, en fin lo que quiera V.

—Pero como !.. . V. me hace reir D. Juan le parece á V. facil que.....

— Es preciso que Matilde salga esta mañana de esta casa. En la poblacion de Gracia V. tiene un piso en el cual nadie habita.

—Es verdad.

—Pues bien, Matilde irá á vivir en él hasta que....

—¿Hasta cuando? D. Juan.

—Hasta que Arturo la haya olvidado completamente; que será dentro un mes.



XVI.

Dos corazones que se separan, el que ultimamente ama, es el que mas padece en dejar de amar.
Maria Antonieta, Esposa de Luis XVI.

A la caida de la tarde de aquel mismo dia, cuando el sol caminando á su ocaso, teñia apenas con su tibia luz las crestas empinadas de los montes, que á manera de anfiteatro se levantan en rededor de Barcelona; Matílde apoyada en el brazo de una jóven llamada Paulina que estaba en el servicio de la Señora Ambrosia, salió de esta ciudad; para la vecina poblacion de Gracia.

Notábase en el hermoso rostro de la querida de Arturo una palidez mortal, sus ojos de un azul bello estaban amortiguados á causa de las noches que habian pasado en vijilias, sus miradas antes firmes y serenas y tan serenas que rayaban en osadas, eran ahora vagas, indecisas, y oscurecidas por la tristeza. Sus descoloridas facciones

en las que el abatimiento habia pintado su fatal poderío, los movimientos fabriles que conmovian su cuerpo, sus manos que llevaba rapida á su frente como si quisiese ahogar un pensamiento importuno, todo indicaba harto bien que pasaba en su alma algo de terrible y funesto.

¿El amor que profesaba á Arturo, era tan profundo, tan vehemente que al hallarse separada de él, influyese á ese repentino cambio? ¿Era posible que Matilde despues de haber visto pasar delante de sus ojos sin latir poco ni mucho tu corazon, una turba de jóvenes de buen talante y de distinguidas familias, se dejase ahora arrastrar de una pasion tan loca á la par que tan reciente?

Matilde no habia amado jamas. Dotada de un talento nada comun, conocia la verdadera posicion que ocupaba en el mundo; reconveniase amargamente por no haber soportado con mas valor, con mas heroisidad la miseria cuando tuvo que vender su honor para apagar el hambre que la asediaba.

Sin embargo de eso, ella tenia un corazon que no era menos sensible que el de los otros; hubiera amado con frenesí, con transporte si se hubiese creido digno de ser amada. La falta que habia cometido y de la cual era menos responsable ante Dios, ella que los demas, que impasibles vieron su lucha, la roia el corazon sin dejarla un mo-

mento de gozo y de tranqnilidad ; quizas la pobre maldecia todos los momentos que habia contado despues de su deshonra. Veia nò sin palidecer retratado en los semblantes de los que la rodeaban el desprecio que inspiraba su situacion, y eso la indujo á creer lo indigna que era de ocupar jamas el corazon de un hombre.

Antes de perderse ninguna voz se habia levantado para animarla en el sacro-santo deber del honor y de la virtud : ¡Oh ! cuando vacilaba en el sendero del bien, en vez de un hombre corrompido y de corazon viciado hubiese encontrado un jóven de virtudes que le hubiese profesado un amor puro y en que el egoismo de corazon no hubiese corrido parejas con torpes y criminales deseos, la jóven hubiera resistido mil veces y mil á la misma necesidad, entonces sollozando hubierase arrojado á los brazos de ese jóven y hubiera sido feliz, demasiado feliz.

La primera entrevista que Arturo tuvo con Matilde, ningun efecto favorable produjo en la moral de esta jóven ; habia sufrido demasiados desengaños y por otra parte su corazon se habia ya suficientemente viciado para que amase y creyese ser amada : La primera vez quc se vieron fue si se quiere una nube que obscureció por un momento la corrompida admosfera que la jóven respiraba, pero despues de la primera vez vinieron otras, despues de las conversaciones efímeras sucedieronse las de

interes, como vienen despues de los momentos de pasajera alegria, dias continuos de gozo palpitante.....

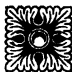
Entonces fue cuando Matilde empezó á amar con vehemencia á Arturo, entonces fue cuando el corade esta jóven latió subitamente por el lenguaje apasionado y por la figura arrogante del hijo de Carolina Montris. Sin embargo conoció á causa de la meditacion fria que hizo, lo que indudablemente debiera resultar de esta pasion, y á despecho de su amor tuvo la grande consideracion de aconsejar á este jóven, que desistiese del insensato proyecto que habia concebido ¡ oh ! aquello fue noble y sublime; con aquellos consejos Matilde demostró facilmente un corazon, que todavia podia salir puro del cenagoso fango en donde la desgracia la habia arrojado.

Tal vez fue culpable por haber condecendido á las maneras criminales para la celebracion del matrimonio ¿ pero acaso era Matilde dueña de si cuando prometió á Arturo compartir su suerte con él? ¿ No es perdonable esta falta, si se atiende á que la pasion que profesaba á aquel jóven era tanta, que para no desairarle en nada, hubiese de la misma manera consentido en cualquier otra cosa, aunque hubiese ocasionado la muerte de su propia madre si madre hubiese tenido, aunque hubiese labrado indispensablemente su infortario para siempre?

¿No habia influido en nada al esceso, al delirio

de ese amor, los cuantiosos bienes que Montris poseia? ¡Oh, no! en aquellos momentos de arrobamiento y de dicha Matilde habia olvidado al opulente Arturo para pensar mejor en su idolatrado amante.

Manifestado esto podrá comprenderse facilmente el resultado de la ausencia de Arturo, no se estrañará tanto, la matemorfosis que sufrió Matilde despues que Reynaldo le hubo manifestado la salida de su amante de Barcelona. Aquel hombre vengativo no teniendo ni asomo de compasion por la desventurada jóven, dió á una mentira todo el aspecto de la verdad y todo esto por vengarse cruelmente porque juró vengarse y se vengó. Y la pobre jóven, candida y llena de buena fe, no dudando de las palabras de Reynaldo, se dirijia á la vecina poblacion de Gracia, solo por parecer mas digna de su amante para cuando regresara de Paris...... y la malhadada no sabia que cada paso que daba, la separaba mas de Arturo, porque cuanto habian dicho de la ausencia de este jóven era un embuste vilmente forjado para satisfacer la venganza de Reynaldo y para no perder el lucro que Matilde hacia reportar á la Señora Ambrosia durante la permanencia de esta en su casa.



XVII.

Toda la felicidad de que es susceptible un corazon tierno se dispertó en ellos á su encuentro.

Algunos dias despues de haber salido Matilde de Barcelona ; Arturo se hallaba enteramente demudado. Su semblante taciturno revelaba al primer golpe de vista la honda herida que acababa de recibir. Rumier, ¡cosa estraña! tambien habia sufrido en su físico la mas notable metamórfosis, parecia que el dolor de Montris tenia un eco en su rostro.

En cuanto á Arturo el lector ya sabe los motivos de su pesar, los del otro quizas los adivina pero no con fundamento. Helos aqui.

Hacía dos dias que recibió por el correo una carta de su padre fechada en Paris que le mandaba regresar para aquella ciudad. Rumier estrañó tanto el contenido de la carta que la leyó varias

veces sin advertir poco ni mucho en ninguna de ellas la discrepancia de aquella letra de la de su padre, porque estaba bastante bien imitada; cuando por fin notó que en vez del sello de Paris habia el de la administracion de correos de Barcelona. Al principio no sabia á que atribuir esto, hasta que pudo conocer por las repetidas veces que pasó los ojos por la carta, que la letra y la firma de ella ne eran de su Padre.

Lleno de asombro y sin saber que determinacion tomar ní á que aludir lo que le pasaba, permaneció algun tiempo indeciso, hasta que por fin sin consultar la razon y la prudencia se dirijió á la administracion de correos para informarse si habian entregado á alguien alguna carta que llevase su direccion, que es lo que pudo sospechar: Grande fue su asombro cuando uno de los empleados en la administracion le afirmó que recordaba muy bien que hacía cosa de cuatro ó cinco dias se habia presentado un caballero con grandes vigotes negros y vestido con algun lujo que reclamó la carta por la cual preguntaba. Desde aquel momento Rumier no hizo mas que pensar en quien podia haberle quitado su carta, pero su cabeza se perdia siempre en mil conjeturas ¿que interes pueden tener en ello? se preguntaba á sí mismo ¿estarán acaso informados del objeto de mi viaje? si es asi ¿porque medio han llegado á saberlo? ¿quien les ha podido sujerir una idea para dedu-

cirlo? ¡Oh, no! eso es imposible, se repetia; ¿Pero si nada saben á que cómeter esa accion?

Y Rumier no sabia que respuesta dar á todas esas preguntas; en vano meditó horas enteras, en vano interrogó á la fisonomia de Arturo cuando una vez sospechó de él, pero esta sospecha fue solo pasajera porque en el rostro de su amigo no se veia mas que un dolor profundo por la perdida de Matilde, puesto que ya entonces le habia manifestado la Señora Ambrosia que su ahijada se habia marchado á Valencia para reunirse allí con una Tia que poseia algunos bienes.

Un dia encontrandose entrambos amigos en una de las estancias de la posada, Arturo se lamentó de su perversa suerte. Rumier que tambien tenia sus motivos para maldecirla, le dió esperanzas haciendole confiar que algun dia encontraria á otra mujer quizas mas hermosa que Matilde.

Reynaldo se dejó oir en la escalera por el ruido que hacia talareando una cancion andaluza.

Que feliz es este hombre dijo Arturo. Mientras Rumier decia para si.

— Si fuese Reynaldo el que me ha quitado la carta ¡oh! le mataria indudablemente, pero no....hasta ahora no tengo ninguna sospecha para acusarle

— Voto á sanes! esclamó Reynaldo al entrar al aposento, que son VV. muy celosos de esta casa; vaya, no hay mas que venirse aqui, para encontrarles de seguro.

— Quiere V. venirse D. Juan con nosotros? tengo deseos de dar un paseo por el campo.

— Perdone V. Arturo no soy yo muy aficionado que digamos á visitar las bellezas del monte y todavia menos, cuando me está esperando en casa de la Tia Monica una muchacha; ¡Jesus! ¿y que muchacha? Sus ojillos son dos soles y su rostro blanco y ovalado la hacen parecer á una venus.... Quiere V. venirse conmigo allá? ¿Apostaria uno contra mil que va á quedar enamorado de ella.

— Otro dia, tal vez, hoy no, contestó Arturo. A propósito amigo Reynaldo, ¿le seria á V. dificil esplicar el motivo de la marcha de Matilde?

— ¡Ah! ya se.....: creo que me dijeran habia marchado á Valencia para reunirse con una Tia que si mal no recuerdo la habia mandado á buscar..... no se que haya otros motivos.

Algunos minutos despues los tres amigos bajaron de la posada; Reynaldo se despidió de ellos para ir á casa de la muchacha de que habia hablado; y Rumier con Arturo se dirijieron á la puerta del Angel en donde tomaron un coche para ir al campo.

Despues que hubieron pasado dicha puerta el cochero les preguntó á donde querian ir. Arturo interrogó con la vista á Rumier; este dijo vamos á Gracia.

Desde algun tiempo ha variado mucho el aspecto de la poblacion de Gracia que hoy dia es uno de

los barrios que componen la ciudad de Barcelona.

En aquel tiempo apenas se veia otra calle mas que la mayor y aun en esta solo se descubrian casas de un solo piso. Hacia la mitad de dicha calle mayor, habia una casa cuyo color encarnado de su frontis ofrecia un contraste muy singlar con las otras que generalmente tenian un blanquizo sucio.

Cuando el coche en que iba Arturo y Rumier pasó por delante de esta casa, habia en una de sus ventanas una jóven que con un pañuelo que tenia en la mano ocultaba parte de su rostro; Arturo fijó tristemente sus ojos en ella, mas á un movimiento que hizo esta, Arturo dió un grito cuya causa comprendió luego Rumier cuando en la jóven reconoció á Matilde.

Bajar entrambos del coche, subir á la casa en que vivia la ahijada de la Señora Ambrosia y esta reconocerlos, fue obra de un solo momento.

¡Oh! bien sabia yo que no te marcharias sin verme; esclamó Matilde lanzandose al cuello de Arturo. Por fin es fuerza separarnos..... Dios la quiere.... Almenos haga que tu ausencia sea corta que pueda verte dentro de poco tiempo...... porque yo no puedo vivir sin tí... ¿Pero como no has marchado todavia? ¡ah! ya comprendo, dudaste que no creeria á Reynaldo quizás, y has venido tu mismo á darme el á Dios ¿pero que mejor prueba querias darle que entregandole la misma carta que

tu madre te mandó desde Paris.

La sorpresa de Arturo habia llegado á su colmo al oir estas palabras, pero de repente un rayo de luz iluminó su cerebro lo comprendió acaso todo.......

Otro rayo iluminó tambien á Rumier..... la carta que Reyualdo mostró á Matilde era la suya quizas... ¿pero que fin se habia propuesto Rumier con aquella carla? ¿para que manifestarla á la querida de Arturo? y sus sospechas se perdian aun entre un torrente de dudas que se agolpaban á su mente.

En pocas palabras Matilde se puso al corriente del engaño del cual habia sido victima.

De improviso todas las dudas de Rumier se confirmaron; Matilde dijo luego, aludiendo á la carta que Reynaldo le manifestára, que contenia un secreto..... de suma importancia.

. . . .

Una hora despues rodaba un carruage para Barcelona, conduciendo en su interior tres personas Matilde, Arturo y Rumier.



XVIII.

El que hubiese oido al criado le creyera el mas malo de los hombres. El que solo hubiese visto su figura le hubiese calificado el mas benévolo de tados.

En la mañana del dia siguiente Reynaldo; recibió en su casa un recado de la señora Ambrosia para que se avistase con ella al momento.

Media hora despues oia de dicha señora estas palabras.

— D. Juan todos nuestros afanes han sido vanos, Arturo ha descubierto la habitacion de Matilde y ayer por la tarde la sacó de mi casa de Gracia.

Reynaldo quedó petrificado.

— Ahora la hemos hecho buena dijo entre dientes ¿ pero como es posible eso, cuando..... ah ! ahora recuerdo qúe me convidó para ir al campo... ya está visto, fué á Gracia y quizo mi mala estrella que diese con Matilde..... ¿ Pero adonde diablos meterá la muchacha ?.....

— Indudablemente en su casa.

— Es probable.

— Ay pobre de mi! esclamó la señora Ambrosia con un acento el mas doloroso, ¿y como lo haré yo ahora? Por Dios D. Juan deme V. un consejo: necesito sus consejos de V.

— Señora no me llene V. la cabeza con sus lamentos. V, al cabo no pierde mas que una muchacha..... y yo pierdo una mina.....

— V., D. Jnan si hoy rompe con Arturo mañana volverá á tener con él la misma amistad, y aunque no, por eso no le faltarán amigos, cuando yo le juro á V. que no tendré jamas otra muchacha..... mas para el caso que Matilde.

— No me faltarán amigos yo lo creo..... pero lo que son Arturos, juraria por Belzebú que no conoceré á otro refunfuñó el ex-militar.

— Esa jugada que nos han hecho D. Juan, merece una venganza...... yo me vengaré.

—Señora aqui pierdo el tiempo en valde, á Dios.

— V. no quiere tomar parte en la venganza..... no importa me vengaré sola, ya verá V. como yo armo una de gorda.

Reynaldo bajó muy cabisbajo los escalones, que tan alegre habia subido muchas veces.

Cuando llegó á su casa el criado le entregó un billete consabido en estos términos. « Muy Sr. mio: Espero de su delicadeza que me evitará la molestia de decirle verbalmente que desde hoy cierro te-

da amistad con V. Quedo muy agradecido de los favores que en todas ocasiones me ha dispensado y siento en el alma no poder compensarlos mas que con un gracias, que es todo lo que me permiten los límites de este billete: Arturo Montris.

Por la noche de aquel mismo dia un jóven pidió por D. Pedro Rumier en la posada en que este vivia.

Este jóven era Bartolomin.

Rumier habia conocido á este muchacho en casa de su padre, y por lo mismo al verle ahora le reconoció al momento. Hizole entrar en su gabinete y luego que se hubo asegurado que nadie podia escucharle le dijo.

— Ya presumo el objeto de tu viaje mi Padre temanda para.......

El criado comprendió indudablemente la idea de Rumier, puesto que hizo con la cabeza un signo afirmativo.

— Yo conozco Bartolomin, añadió Rumier que eso no es lo mejor que podriamos hacer.... sin embargo mi Padre lo quiere y es fuerza que le obedezcamos, tu estas decidido.

— Si, contestó el mancebo en voz baja.

— Muy bueno es eso; el buen resultado de un proyecto las mas de las veces depende de la resolucion: me alegro mucho de que á ti no te falte.

— Señor yo he jurado obedecer y obedeceré: repuso Bartolomin. Hay algunos años que entré en

el servicio de vuestro padre y desde entonces me propuse hacer cuanto se me mandare; al confiarme la comision que es el objeto de mi viaje, me hizo notar todos los peligros que corria; le respondí que los desafiaba todos, lo mismo os digo á vos. El dia que querais heriré.....

El criado hablaba con un aire de frialdad capaz de horrorizar hasta el hombre menos benévolo del mundo. Pero cosa estraña, inconcebible y anómala! cuando pronunció la última palabra en su fisonomia radió un rayo amargo de sentimiento.

Al principio su voz era clara y robusta, luego fué trémula y débil.

Reynaldo apenas advirtió esta mudanza.

—¿Sabes bien Bartolomin, si mi padre algunos dias antes de salir tu de Paris me mandó una carta?

— Creo que si. Respondió el criado; luego meditando un momento añadió. Sin duda alguna os la mandó: ahora lo recuerdo, fué tres dias antes de mi salida. ¿No la habeis recibido?

— Me la han sacado del correo; dijo tristemente Reynaldo.

—¿Y no sospechais de alguien?

— Ahora ya no sospecho. Porque juraria quien es; solo me faltaba saber si era cierto que mi padre me la habia mandado. Es un hombre ese que hasta ahora ha tenido amistad conmigo y con Arturo, y ayer rompimos con él, porque jugó una á Montris de á mil demonios, figurate que este muchacho está

cabalmente enamorado de una muchacha que ya tendrás ocasion de conocer puesto que ahora vive aqui.

—Ah! ya estoy al cabo de la calle en este asunto. Vuestro padre me habló un dia de él.

—Pues hete aqui que ese hombre sin mas ni mas, forja mil embustes para hacer reñir á los dos amantes, y conociendo que esto no bastaba para su propósito hace creer á la jóven que Arturo se ha marchado á Paris; y Matilde que asi se llama, desconsolada por la ausencia de su querido, se retiró á una poblacion muy cercana de esta capital, donde por una casualidad dímos con ella.

—De suerte que este tunante conoce el secreto. . ¿Y que pensais hacer entonces?... ¿No quereis arrancarselo de su corazon?

—No será porque me falten deseos.

—Este hombre os perderá irremisiblemente.

—Pues entonces ..... ¿tu tienes valor no es verdad?

—Oh! si, mucho.

—Esta noche te indicaré el lugar donde podrás acometerle.....

Bartolomin al quedar solo murmuró.

—El hombre que ha sacado la carta del correo, es enemigo de Arturo Montris. Ea valor Bartolomin. Valor.....

XIX.

Mientras el reta, fumaba y bebia; otro esperaba ansioso el momento de clavarle un puñal en el pecho.

En la Iglesia de Santa Maria del Mar acababan de dar las nueve de la noche. Brillan en el espacio millones de astros que forman singular contrate con la luna, que cual reina entre esclavas pasea tranquila y magestuosamente por el firmamento sin que la menor nubecilla vede el paso de su luz que cae á raudales sobre la tierra.

¡Que hermoso espectáculo es el de la noche! ¿Quereis compararle con el del dia? ¿Que es el brillo deslumbrador del sol? ¿Que son los radiantes colores del crepuzculo matutino? ¿Que ese bello é interesante contraste de ver confundido el claro azul de los cielos con el esmaltado verde de las montañas y campiñas; en comparacion de la tranquilidad y

poesia que respira la naturaleza en mitad de la noche?....

Apesar de la benignidad de la estacion; un hombre se paseaba embozado por la plaza de palacio: la capa que le llegaba hasta los talones le cubria la mitad de su rostro cuyo restante ocultaban las anchas alas de un sombrero algo usado. Todos sus movimientos revelaban que estaba acechando á una turba de jóvenes que estaban riendo bebiendo y fumando en uno de los cafes de dicha plaza.

Poco le debia importar oir la conversacion de los jovenes, puesto que solo de vez en cuando pegaba el ojo que brillaba con una salvaje espresion á la puerta vidriera, como si solo quisiese cerciorarse de la asistencia de un individuo.

La conversacion que tenian aquellos jóvenes con los cuales figuraba Reinaldo, era la siguiente.

— Apostaria el caballo normando, que monté el año pasado contra la peor de las navajas de mi barbero, que la señora Ambrosia va á mover esta vez la misma zambra..... que cuando un capitan de cazadores le quitó la bella Leonor; te acuerdas Pepe?

— Si, mi querido Federico, contestó al primer interlocutor el empleado de Gobierno que habia asistido al almuerzo en la fonda del Rincon; pero el diablo se tragó al fin todas sus amenazas.

— Pobre mujer! pensar vengarse de una muchacha escudada por el vigoroso brazo de un capitan, aunque sea de cazadores, es una locura! ahora no

digo que no les dé á Arturo y á Matilde algunos apuros para salir libres de las artimañas que indudablemente les armará, porque al fin y al cabo se trata de un jóven sin discernimiento ni valor;

—De algo podrá servirle su amigo Rumier, hizo notar un jóven de vigote rubio,

—Su compañero inseparable!

—Le ama demasiado Rumier, para abandonarle en todo mal trance, dijo Reinaldo sonriendo,

—Lo dudais? Reinaldo.

—Que! dudar que Rumier profesa un entreñable cariño á Arturo? vaya! acaso no dan mil pruebas todos los dias de amarse?

—Creí que os burlabais de esa amistad porque contestastes sonriendo.

—Pero no fue con intencion de desmentir lo que deciais; á quien mejor que yo le consta el sacrificio que hace Rumier de permaneeer en esta ciudad por no querer dejar á Montris?

Apenas acababa de decir esto Reynaldo, cuando un jóven de buen talante entró apresuradamente en el café y dirigiendose á nuestros interlocutores les dijo en voz alta.

—Amigos, traigo una noticia que va á sorprenderos mucho.

—Eduardo, tu reloj va mal, contestó el jóven de los vigotes rubios, apuesto á que nos vas hablar del hallazgo de Matilde por Arturo.

—Nada de esto querido Ricardo, se trata de algo

mas que de los célebres amores de Arturo con la hermosa Matilde.

— Entonces decid lo que hay, añadieron algunos á la vez; mientras Reynaldo murmuraba entre dientes.

— Hoy es dia de mal agüero!

— Vosotros conoceis á doña Mercedes que vive en la calle del Carmen?

— Si: contestaron en coro al recienvenido.

—Sabeis continuó que tenia dos hijas de las cuales Sofía la mayor.....

— Estaba locamente enamorada, interrumpió el empleado de gobierno, ó digo mal, caprichosamente enamorada, porque para amar á un pobre poeta es preciso ser algo caprichoso, no es eso lo que queriais decir amigo Eduardo? continuad.

— Vos sabeis que amaba á Modestin?...

— Y quien nò lo sabe?

—Pues tambien es preciso que sepais, añadió con calor el jóven Eduardo, que ese miserable ha abusado infamemente del amor que le profesaba la bella Sofía.

— Hola! esto se va haciendo interesante, interrumpió con una carcajada otro de los interlocutores, ¿y que es lo que ha sucedido? Pero, perdonad la interrupcion, estabais del cuento en el abuso del amor creo que habeis dicho.

— No es ningun cuento manifestó Eduardo, es tan cierto, como que estamos aqui presentes, que

Modestín se marchó hace algunos dias á Madrid llevandose á la pobre Sofía que indudablemente no pudo resistir á los alagos y promesas de este malvado.

— Pues no digo yo que es interesante lo que nos cuenta nuestro amigo Eduardo, caspita, no fue muy topo que digamos ¿ y que hizo de su paloma en Madrid?

— Lo que hace todo picaro seductor, la abandonó á los cuatro dias.

— Pobre niña, abandonada en Madrid.

— Bah! no le faltaran nuevos amantes.

— Pardiez, que Modestin hizo muy bien en hacerla poetiza asi podrá vivir la pobre muchacha mas holgadamente.

— Caballeros, esclamó fuera de si Eduardo, por la amistad que tengo á esa familia no permitiré que se digan esas espresiones, sabed que si obró con ligereza en escuchar á Modestin supo con su muerte lavar el borron que habia caido sobre su nombre.

— Voto á Sanes, dijo el empleado de gobierno al oido de Reinaldo que si no temiera enfadar á Eduardo diria que eso es trágico.

— Si amigos mios; la pobre Sofia al verse despreciada por su seductor se ha envenenado.

— Yo creo que es romántico, respondió Reinaldo en voz baja al empleado de gobierno.

— Dispensad Eduardo qus os diga, monifestó uno de los asistentes, que la disciplina ha seguido

fielmente las doctrinas del profesor; Modestin es aficionadisimo á la imitacion y Sofía para hacerse digna de él ha querido seguir la mania general que hay por el envenenamiento. Vamos, confesad que podia haber escogido otro género de muerte que hubiera honrado un poco mas al pobre diablo que la sedujo.

A estas palabras todos prorrumpieron una carcajada.

—Es muy loco ese Federico dijo el jóven rubio.

Eduardo se encogió de hombros.

—Me pesa, dijo veros tan burlon respeto á la desgracia que ha acaecido á esta familia.

—Y como quereis que me entristezca sino se de que familia estais hablando ¿conozco yo alguna Sofia y doña Mercedes ni cosa que se lo parezca?

—No has ido alguna vez á casa doña Mercedes que vive en la calle del Carmen número no se cuantos?

—Os juro formalmente que no.

—Pues me comprometo desde este momento, dijo el empleado, presentarte á casa de esta señora pero con la condicion de que si te gusta la hija que la queda, no has de imitar de ninguna manera á ese bellaco de Modestin.

La conversacion que siguió á la precedente se hizo muy insignificante y todavia mas para nuestro objeto, en medio de ella Reynaldo se levantó despidiose de sus amigos y se salió del café.

Al pasar por delante del embozado que hasta ahora habia permanecido en asecho murmuró con ironia.

— Vaya un dia de buenas noticias.

Observole aquel con mucha atencion y despues de haberle reconocido sin duda; determinóse seguir silenciosamente sus pasos. Reinaldo para ir á su casa pasó por debajo los pórticos de los encantes, al ruido de pisadas que hacia el embosado se volvió quizas con algun recelo; y entonces precipitó algun tanto mas su marcha.

El embozado que no perdia de vista ningun movimiento de Reynaldo, adivinando su temor y por lo mismo el deseo de poner un buen trecho entre los dos, se escorrió por uno de los callejones que desembocan á la calle Ancha y merced á su andar precipitadisimo se encontró en menos de cinco minutos al otro cabo de dichos pórticos que da á la calle de la Fusteria.

Entonces pasó una escena estraña y terrible.

El embozado se fue á ocultar en uno de los ángulos del último pórtico, desde donde veia sacando un poco la cabeza á Reinaldo que completamente tranquilizado por la momentánea desaparicion del que le habia seguido la pista tan de cerca, andaba otra vez con lentitud.

Ningun transeunte se columbraba lejos ni cerca de aquel sitio, ningun ruido se oia mas que el causado por el andar de Reynaldo que sofocaba en

cierta manera el que producian los fuertes latidos del corazon del desconocido.

Cuando este vió á Reynaldo á poca distancia precipitóse á su encuentro.

El ex militar dió un paso atras, iba á huir pero no pudo verificar esta accion porque el embozado cayó encima de él.

A la luz de un reberbero que se hallaba en la esquina de la calle de la Merced, viose brillar en aquella fatal lucha, una daga que blandia la mano del agresor.

Reynaldo profirió un voto redondo al sentirse herido, luego dió algunos pasos jadeando y al fin cayó en el suelo anegado en sangre.

El asesino al verle tendio se agachó hasta su cuerpo para sacar de una de sus faltriqueras una cartera que abrió con el único objeto de quitarla una carta que guardó cuidadosamente; luego volvióle la cartera en la faltriquera, y despues de haber contemplado silenciosamente por un momento á su víctima, se deslizó con la mayor precipitacion por los callejones inmediatos.

XX.

Lloraba la niña,
y tenia razon.
. . . . . .
Gongórra.

Un dia despues de trascurridos algunos, al en que Arturo arrancó de la vecina poblacion de Gracia á su amada Matilde, Rumier preguntaba á este.

— Que piensas hacer ahora querido Arturo?

El hijo de Carolina le contestó.

— Pienso con tu ayuda practicar todas las diligencias necesarias para verificar cuanto antes mi enlace con Matilde.

— Y luego?

— Matilde rehusa llevar mi nombre á menos de poner en ejecucion el proyecto que tu concebiste. ¡Que importa! añadió Montris con pesar; amo demasiado á ese pobre jóven para vacilar en la eleccion! Ademas mi madre no pensará ya mucho con

migo ¿no es verdad? Apropósito de Matilde, hoy quiero darle una grande sorpresa.

— Hola!

— Ayer compré continuó Arturo un rico aderezo para ella.

— Se va á volver loca de alegria.

— Creo que si.

Esta conversacion fué interrumpida por la aproximacion de otra persona: Era Matilde que vestida con algun desaliño se arrojó á los brazos de Arturo diciendo;

— Mi amado Arturo, ¿como habeis pasado la noche? Mas perdonad! añadió dando un paso atrás, yo debia haber pensado que vos podiais hablar en secreto con vuestro amigo Rùmier.

De algunos dias acá la quebrantada salud de Matilde habia casi recobrado su vigor; sin embargo un tinte de melancolía circuia aun su nevada frente; pero ese tinte era una aureola que parecia dar una candidez virginal á su bello semblante,

— Vos me agraviais hermosa Matilde: le contestó Arturo dandole un beso, creeis que mi corazon puede ocultaros jamas cosa alguna.

— Os creo, Arturo, vos me quereis demàsiado

— Y bien! querida mia, como lo pasais?

— Ah! os debo mi amor, y mi vida, mi amor porque me amais y mi vida porque me habeis salvado: oh! gracias á vuestros solicitos cuidados ya me encuentro casi buena; ¿como recompensaré

amante mio lo que habeis hecho por mi; ah! yo no podré pagaroslo nunca.

— Oh! si, si, vos me amareis y vuestro amor será la recompensa mas grande que podais hacerme.

— Os doy mil parabienes por la felicidad que os espera á entrambos repuso Rumier con la cordialidad de un buen y franco amigo.

— Si Dios quiere que gozemos de esa felicidad, tendremos eternamente un grato recuerdo de vos por lo mucho que habeis hecho por Arturo y por mi.

Rumier inclinó la cabeza;

— Quereis venir al salon querida Matilde? esa temperatura no es muy lisongera á vuestra debil salud.

— Vamos allá amante mio, contestó la jóven con el cariño tan peculiar de los enamorados. Y vos añadió dirigiendose á Rumier, venid tambien con nosotros, bien podeis oir nuestras conversaciones en recompensa del celo que os tomais por entrambos.

Y Arturo y Matilde seguidos de Rumier se encaminaron á una estancia contigua en donde tomaron asiento en un hermoso divan los primeros, y D. Pedro en un sillon á algunos pasos de ellos; mientras los dos amantes se entregaron á una platica amorosa este tomó uno de los periódicos que habia encima una mesa,

El hijo de Corolina habia pasado su brazo por el cuello de la jóven y le decia.

— Que bello es nuestro porvenir !

Matilde entreabrió los labios para sonreirse amargamente.

— Dudais Matilde de mi palabra, de mi honradez? os he dado la palabra de unirme con vos porque os amo, y siendo mi esposa que mujer habrá mas feliz que vos?

— Oh ! ya se que os ultrajo con mis dudas; pero no, perdonad á una jóven que sus desgracias han creado en su alma un escepticismo de esperanza y de fortunio.

— Pobre Matilde ! y cuan sensible teneis el corazon ! pensais que sois la única que habeis padecido, porque los demas os enseñan quizas los ojos enjutos y un semblante tranquilo? quien es el que en este mundo no ha sufrido sus quebrantos en un tiempo ó en otro? creis que todos los momentos transcurridos han sido para mi, momentos de gloria? creeis que jamas el acerbo penar se ha mezclado en mis inocentes pensamientos? Oh! tambien como vos Matilde he llorado, he sufrido, tambien como vos he visto atravesar por mis ojos una nube de tristeza, que han motivado causas que solo parte de ellas me han sido dable conocer.

— Mi buen amigo, dijo Matilde estrechando una mano de Arturo; tambien vos habeis sufrido? tambien vos?..... pero ah! que distancia inaudita hay de mis quebrantos á los vuestros; que no se yo que este mundo es un valle de lagrimas! ¿Mas quien

hay que en él no tenga sus dias de júbilo en compensacion de los dias de amargura? ¿quien no ha tenido un amigo, un hermano, que en las ocasiones en que el corazon se derrite en lágrimas no se le haya acercado para consolarle, para amortiguarle sus penas? vos por ejemplo habeis tenido en Paris á vuestra madre que sin duda os ama mucho, y cuando lo distancia os oculta sus votos por vuestra felicidad eterna, encontrais un amigo, un hermano, que os quiere con el mismo cariño de una madre; pero yo Arturo mio, yo, que desde que perdí á los autores de mi existencia parece que la naturaleza se complace en mis males, que instante feliz quereis que se haya deslizado para mi que no sea los que he pasado á vuestro lado desde el tiempo de nuestro conocimiento?

—Ah! no hablemos mas de infortunios; que nos importa que el pasado de entrambos haya sido negro si el porvenir que nos espera es hermoso y brillante; hablar de los males que nos han aquejado, es insultar á Dios; hablar de la felicidad venidera; creer con la conviccion mas profunda que la desgracia pasada de que nos lamentamos va á trocarse como por ensalmo en felicidad duradera es bendecirle, ensalsarle, cantarle en fin himnos de prez y de gloria. Oh! corramos un velo á lo pasado, no nos acordemos mas que del presente y tengamos buena confianza en nuestro porvenir! Si asi lo hacemos seremos muy felices y todo el mundo envidiará nuestra suerte.

—Dios lo quiera Arturo, Dios lo quiera, del mismo modo que nosotros lo deseamos.

—Y quien duda que Dios lo querrá? ¿Veis ese sol que al parecer reboza de alegria porque ninguna nubecilla empaña su refulgente brillo? veis? sin embargo no hace muchos dias que sus rayos se vieron ahogados por nubarrones agitados por un recio huracan; pues bien ese sol, somos nosotros, con la diferencia que el volverá á ocultarse muchas veces, mientras nosotros viviremos siempre en placentero júbilo.

Arturo hablaba con el entusiasmo mas grande; debajo de pálidas cejas veíanse brillar cual dos meteoros sus ojos que respiraban un contento sumo, Matilde le escuchaba con enbeleso, deseaba creer lo que le decia, porque ella deseaba ser feliz: pero una desconfianza ciega ó un negro presentimiento, no la dejaba gozar de las ilusiones de que tanto embebida estaba el alma de su amante.

Apenas habia acabado este de hablar, cuando la jóven murmuró estas palabras á su oido.

—Tiemblo, Arturo mio, ignoro el porque; Sin duda será porque ya siento palpitar mi corazon de felicidad.

Arturo acercó sus labios á las mejillas de Matilde y le dió un beso en ellas; esta bajó precipitadamente la cabeza por un movimiento de rubor mientras su amante estrechandola con enagena-

miento le decia.

— Oh! no temas querida mia, que si ahora ya eres mi esposa ante Dios, dentro de tres dias lo serás ante los hombres.

Rumier arrojó una mirada de curiosidad y quizas de compasion á ese bello cuadro que ofrecia un amor naciente y puro, correspondido con la mayor fidelidad por una niña qne apenas habia pasado los umbrales de la vida, ya llevaba en su alma, las malas semillas de que está sembrado el mundo social.

De repente las dos alas de la puerta de la sala, rechinaron sobre sus goznes, abrieronse de par en par, para dejar paso libre á un personage que vestido de negro se adelantó con paso lento seguido de otros dos.

El trage de todos ellos revelaba desde el primer golpe de vista que iban á cuplir con una mision judicial.

Arturo y Rumier se levantaron precipitadamente en ademan de saludar á los recien venidos.

Matilde al imitar á su amante cayó al divan sobrecogida de un miedo pánico: De improviso se le escapó un grito de sorpresa y terror. El primero de aquellos tres hombres habia leido en alta voz su nombre en un pergamino que llevaba en la mano.

Atónitos quedaron todos al oir el nombre de Matilde.

Aquel sin hacer el menor caso del asombro general, dió un paso adelante y dirijiendose á la jóven le preguntó con el aire del juez que interroga al reo.

—Sois vos señora, Matilde Roca?

Los labios de la querida de Arturo se abrieron para hablar, pero el miedo hijo de un fatal presentimiento que tenia, no le permitió articular una sola palabra.

Arturo lo verificó por ella, diciendo

—Y bien, caballero! que quereis de esta jóven?

—Que nos siga; respondió con severidad el hombre vestido de negro; esta señora es acusada de un robo doméstico y la ley....

El Magistrado no pudo acabar la frase, porque Matilde rechazando toda su timidez se levantó de un salto y con la voz del sentimiento y de la reconvencion esclamó.

—Yo ladrona! ¿Y quien es el infame que se atreve acusarme de semejante crimen?

—Mienten! gritó Arturo con voz de trueno, mienten los que tal hayan dicho! esta mujer es inocente! ois? y yo respondo de ella.

El Magistrado repuso con acento dulce á la par que grave.

—Yo tendre Señores un verdadero placer en absolverla si los datos que se presenten al Tribunal no son suficientes para condenarla, pero inte-

rin debe seguirnos á la cárcel.

—Un robo doméstico! murmuró la jóven con un dolor el mas profundo ¿ y en donde puedo haber cometido ese robo?

—Doña Ambrosia Sitches es la que se ha presentado á mi para demandar justicia por un robo de alajas y dinero cometido en su habitacion de Gracia, esto es todo lo que puedo deciros.

—Señor Magistrado! gritó Arturo, es una calumnia, es una infame calumnia! os lo juro por lo mas sagrado de la tierra!

—Creednos! añadió Matilde esto que decís no es mas que una calumnia que ha forjado aquella mala mujer para vengarse de nosotros; porque este caballero que va á ser mi esposo me ha arrancado de la abyeccion en que ella me sumergió un dia.

— Yo tambien puedo juraros, repuso Rumier que esta jóven es inocente.

—Son de mucho interés para la acusada estas protestas y juramentos, pero no bastan para que yo deje de seguir en esta causa los trámites que prescriben las leyes; yo no soy señores mas que un instrumento de la ley que exige la seguridad de todos los acusados — señora estais pronto á seguirnos?

Matilde pálida como un cadaver se arrojó al cuello de Arturo clamando.

— Arturo, salvame!..

El enamorado jóven dirigió al Magistrado una mirada, en la que se leia la espresion de un hombre que lucha entre mil diversos sentimientos.

Este repuso con la impasibilidad y sangre fria solo peculiar de su ministerio.

—Es inutil toda defensa, esta muger esta bajo la potestad de la justicia. Alguasiles cumplid con vuestro deber. Apenas acabó de hablar asi que los dos individuos que acompañaban el Magistrado se prepararon á arrancar á Matilde de los brazos de Arturo. Entonces este sin soltar á su amada dijo al juez.

—Y bien, yo respondo del robo que se ha hecho en la habitacion de Doña Ambrosia, cuanto se la ha quitado yo los satisfaceré! pero no me quiteis á la persona que amo mas en el mundo.

— Caballero! la vindicta publica en España no se compra ni se vende.

—Gran Dios! esclamó Arturo levantando los ojos al cielo, saber que es inocente y oir ultrajarla de esta manera!

—Tu lo sabes, amado mio! murmuró con voz debil Matilde.

— Si es inocente tanto mejor; añadió el Magistrado, yo tendré en este caso el grato placer de devolverosla á vos, que segun decis vais á ser su esposo; pero ahora debe seguirnos irremisiblemente; señora no nos hagais perder el tiempo que para mi es precioso.

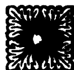
Los alguaciles dieron un paso adelante para separar á los amantes; cuando Arturo echando fuego por los ojos gritó.

— Deteneos!... esta jóven no saldrá de aquí!.. ¿Quien sois vosotros para arrebatarmela? que autoridad teneis? responded! El Magistrado con la tranquilidad mas grande mostró su toga diciendo.

— Estais satisfecho?

El colérico amante conoció demasiado tarde que se habia dejado arrebatar de un movimiento asáz imprudente.

Algunos segundos despues, entrambos enamorados se daban un á Dios, derramando un torrente de lágrimas; cuando Matilde pasaba el umbral de la puerta, Arturo cayó desmayado en los brazos de su amigo Rumier.



XXI.

Tenia demasiadas pruebas para poder acallar aquella voz dudosa que gritaba en el fondo de su corazon: —Sera verdad?
Dumas.

Las heridas que Reynaldo recibió, no fueron mortales: Cupole la suerte que á poco tiempo de haber caido en el suelo, pasasen por debajo los pórticos de los encantes dos caballeros que al verle tendido sin conocimiento, acudieron solícitos á depararle todos los ausilios que requiria su situacion: Merced á la oportunidad de ellos, le fué dable al cabo de algunos minutos indicar su morada á la que fue trasladado sin pérdida de momentos.

Reynaldo pasó horas muy crueles en el transcurso de su enfermedad; la herida del brazo que era la mas honda de todas, le daba continuamente un dolor insufrible: Sin embargo no fueron las heridas las que mas tarde le pusieron al borde del sepulcro: le quedaba solo un confuso recuerdo

del modo como habia sido acometido, pero cuando el tiempo fue aclarandole ese suceso, creyó haber visto brillar al traves de la oscuridad de la noche un puñal movido por la mano de un asesino. ¿Pero que interés pudo tener ese asesino para matarle? esta es la pregunta que continuamente se hacia á si mismo, y á la que ninguna respuesta podia dar. ¿Era un ladron? esto sospechó al principio, pero esta sospecha quedó desvanecida cuando supo luego que no le habian quitado un solo maradedí del bolsillo. Mil pensamientos bullian por su mente sin que ninguno le satisfaciese poco ni mucho; pero de repente, su fisonomia pálida como la nieve toma la espresion de una rabia feroz, sus ojos brillan de venganza y resolucion: Habia pedido su cartera y encontró que faltaba en ella un objeto, este objeto era la carta que Ricardo Manrique dirigia á su hijo. Con la rapidez del rayo Reynaldo lo comprendió todo. Rumier habia podido sospechar de él, y escogió el medio mas seguro para ahogar el secreto en una tumba y arrebatar las pruebas que irremisiblemente podian perderle.

Enardecido el ex-alferes por un deseo de venganza iba á ejecutar el proyecto mas insensato que puede concebirse, queria apesar de su debilidad, y del estado de sus heridas, volar á casa de su infame asesino para demandarle cuenta de tan villana accion; pero la debilidad pudo mas que su anhelo

y cayó al momento en la cama anegado con la sangre de sus heridas, que el frenesí y la colera habian abierto de nuevo.

Doloroso era entonces oir sus lamentos, sus blasfemias, queria dominar por la fuerza de su voluntad al dolor que le aquejaba y cada vez mas le postraba este en el mayor abatimiento. Lucha terrible fue aquella que sostuvo por algun tiempo: durante ella habia tratado de levantarse para satisfacer el deseo de venganza, deseo que se hizo para él una idea fija, que no abondonaba sino en el corto tiempo de su sueño; pero esta vez tampoco hizo mas que levantarse para caer al momento.

Una nube de tristeza oscureció su frente cuando el médico le prodijo su muerte si repetia esa imprudencia.

— Morir! esclamó temblando, oh! no! no! mas tarde quizás!.. pero ahora no! ahora es preciso que viva, es preciso, lo ois?

Desde que Reynaldo supo que jugaba su vida en esos escesos, verificó en él una metamórfosis complèta. No fué mas adelante aquel hombre sin abnegacion, sin prudencia, que receloso de no poder satisfacer su deseo gritaba, maldecia, perdiendo cada diá de esta suerte un soplo de su vida; sino otro hombre que cubierto con la máscara de la hipocresía meditaba silencioso y friamente dando de esta manera cada momento un paso mas al mundo del que ya desconfiaba volver. No hacia

cual leon cuyos rugidos difundiendo por do quier el espanto y la desolasion ayuhenta á los que han de saciar su hambre, sino cual feroz hiena que arrastrandose por el suelo avanza despacio asecha con los ojos de la vibora la presa, esperando con tranquilidad el momento oportuno para arrojarse sobre ella. . . . .

. . . .

Merced á la sensata conducta que Reynaldo se propuso seguir andando el tiempo, fue fortaleciendose cada dia mas y al fin pudo ver todas sus heridas cicatrizadas. Cuando estaba en cama y abrazado aun por la fiebre de la desesperacion, habia recibido un billete de la Señora Ambrosia concebido en estos términos. »

« Amigo Reynaldo, nuestra Matilde está ya en el garlito. Espero se servirá pasar cuánto antes por casa del Juez D. Antonio Ruset que es el que entiende en la causa formada contra mi ahijada, para atestiguar que esta me ha robado trece onzas de mi comoda. Hemos triunfado, D. Juan; la gloria es para mi, el fruto será para entrambos Su servidora Ambrosia Sitches.

Reynaldo pasó los ojos por el papel con *notable* desagrado; luego hizo añicos de él, murmurandò estas palabras.

—Pobre Matilde, no seré yo quien la pierde injustamente, demasiados perjuicios le he acarreado

para que me complazca en consumar esa obra ay! q uien sabe si todas esas pesadumbres que Dios ha lanzado sobre mi cabeza han sido en compensacion de lo que yo he hecho á esa niña.

A los dos dias de haberse levantado Reynaldo; empezó á recoger del suelo los pedazos de ese billete; cuando ya tuvo alguno lo juntó para leer otra vez su contenido; apenas lo hubo verificado, tomó un pliego de papel y escribió lo siguiente. «Yo D. Juan Reynaldo ex Alferes; testigo nombrado por D.ª Ambrosia Sitches para afirmar que Matilde Roca ha robado de su casa trece onzas, juro por Dios, por los Santos Evangelios y por lo mas sagrado que tengo en el mundo, como todo es una infame calumnia, que ha fraguado esa mala muger para burlar las sacrosantos deseos de dos amantes. Puso luego su firma; y en el sobre escribió al Sr. Juez D. Antonio Ruset. Llamó despues á su criado y entregandole el pliego le dijo.

—Si pasado mañana no he vuelto á casa, llevarás ese pliego á su direccion.

—Mi amo permetidme... profirió, el bueno del criado.

—Que!

—Señor todavia estais débil para salir de casa, aguardad algunos dias mas. Si el médico supiese...

—Basta! gritó Reynaldo; despues murmuró con voz sorda, me he dejado llevar demasiado de mi mal genio, el pobre... quizas no le volveré á

ver mas.

Algunos minutos despues sacó de la cómoda un objeto que metió cuidadosamente en la faltriquera de su frac; y en seguida sin escuchar los ruegos que volvió aventurar su criado, tomó el camino de la puerta.



XXII.

Era una fantasma ó era realidad lo que veia?

Hugo

Arturo no habia podido permanecer tranquilo á la ausencia de Matilde: apenas se la arrancaron, que cayó desmayado en los brazos de Rumier, y de los brazos de su amigo pasó luego á la cama con motivo de la grave enfermedad que se le desarrolló. Desde un principio los médicos aseguraron que su enfermedad podia tener fatales resultados. El corazon de Arturo habia asaz sufrido en esas alternativas de alegria y de dolor para que no se resintiese mucho, despues de la desgracia que pesaba sobre se frente, sin embargo gracias al vigor de su juventud y á los solícitos cuidados de Modestin criado de Rumier, que no se apartaba un momento de la cabezera de su cama, á los pocos dias

ya se hallaba totalmente fuera de peligro.

Una mañana cuando Arturo ya empezaba á restablecerse Bartolomin que acababa de dar una bebida al enfermo al devolver á la cocina el vaso del cual se habia servido al efecto, dió con su amo Rumier, que le interrogó.

—Como ha pasado la noche Arturo?

—Ha dormido mucho, mi amo, apostaria que antes de tres dias va á salir de casa.

—Tanto peor, murmuró Rumier.

El criado iba á seguir su camino, cuando Rumier cojiendole por el brazo le dijo.

—Lo que acabas de decir me desespera mucho.

—A vos....

—Sí á mi, que.... acaso no sabes la intencion de mi padre?

El criado frunció las cejas.

—Si.. pero...

—Ah! es preciso Bartolomin, tomar una resolucion, una resolucion seria, tenemos que ahogar la voz de nuestra conciencia si queremos salvarnos, no te sorprenda eso, se trata nada menos que de la salvacion de entrambos, no puedes dudar que tarde ó temprano se traslucirá toda esa intriga, por la carta que me escribió mi padre y que Reynaldo recogió, y entonces ay de nosotros! hasta ahora todas las tentativas que hemos hecho por arrebatar ese testimonio de nuestra culpalibidad han sido

mortales, hasta aquí no hemos alcanzado mas que unir un crimen á otro crimen. Pero eso aun nada importa, si al menos hubieses hallado en la cartera de Reynaldo lo que tantos motivos tenemos para desear.

—Ah señor! os puedo jurar que nada habia en ella; la noche era obscura como boca de lobo, pero no obstante, si hubiese estado en su cartera esa maldita carta la hubiera visto.

—¿Y estas seguro que mataste á él y no á otro?

—Tan seguro como lo estoy de ser hijo de mi Madre.

Apenas acabó Bartolomin de proferir estas palabras cuando Reynaldo se presentó en el umbral de la puerta. Bartolomin al reconocerle retrocedió petrificado; el semblante de Rumier se llenó de una palidez mortal. Reynaldo se adelantó hácia él con paso lento dejando entrever á despecho suyo la cólera que le dominaba.

—Caballero, vengo á buscaros, le dijo secamente.

—¡A mí!... no puedo adivinar en que puedo seros útil..... sinembargo en cuanto pueda...

—Os creo sin que me lo jureis; atended; yo habia hecho el propósito de no volver á esta casa por lo que sabeis ya, si, por la carta que me escribió Arturo prohibiéndome poner el pie en ella, carta que sin duda dictó otra persona, porque no se me antoja creer que saliese de la cabeza de aquel

muchacho, porque es preciso confesar aquí entre nosotros que no tiene tan buena cabeza para escribir en los hábiles términos que os convencieran á vos ó á otro entendido.

— Permitid que os diga....

— Nada, nada; todo eso no viene al caso; he venido olvidando las órdenes que se me dieron, para pediros un consejo de amigo.

— Podeis contar conmigo como siempre, tartamudeó Ramier no pudiendo adivinar á lo que se dirigia Reynaldo.

— Por esto mismo no he vacilado un momento en venir á vuestra casa, escuchad.

— Quereis tomar asiento, le interrumpió Ramier; no puedo ofreceros la otra habitacion porque Arturo está malo; pero mi criado podrá llevar aquí dos sillas.

En este tiempo Bartolomin que no deseaba otra cosa que salirse de la presencia de Reynaldo, por el temor de ser reconocido, abrió una puerta y se salió no sin haber oido antes á este que dijo.

— Os doy un millon de gracias, pero prefiero permanecer en pie.

Ramier se encogió de hombros y se dispuso á escuchar á Reynaldo que habló de esta manera.

— Yo tengo un amigo; digo mal, he tenido un amigo á quien sorprendí una intriga atroz, infame, que fulminaba, para perder á un jóven quizás pariente suyo pero á quien aborrecia de muerte

apesar de estrecharle á cada hora, á cada momento la mano como un verdadero amigo, es á intriga que supe por medio de una carta que casualmente llegó á mis manos, me llenó de horror, pero cómo podia perjudicar mis intereses, descubriendo toda esa conspiracion guardé el mayor silencio, comprendeis?

A medida que hablaba Reynaldo, el semblante ya pálido de Rumier se demudaba cada vez más, la calma de aquel, su atento, sus movimientos, denotaban algo y ese algo era lo que le estremecia

Reynaldo despues de un momento de pausa, continuó asi.

— Mas dió la maldita desgracia, que asi como por casualidad sorprendí esa intriga, tambien por casualidad se debió traslucir que yo era sabedor de ella, y su autor preveyendo el riesgo que corria su vida mientras yo poseyese un secreto de esta naturaleza; trató de poner entre los dos la distancia que separa el mundo del cielo; para lo cual una noche embozado de manera que no me fuese posible conocerle; me acometió con cuchillo en mano causandome tres heridas á las que por milagro he sobrevivido ¿estais al caso?

Rumier hizo solo un gesto afirmativo con la cabeza.

— Pues bien, añadió Reynaldo, ¡ahora deseo saber de vos, que hariais en mi lugar á ese hombre.

—Cuando esuviése seguro de la identidad de la persona del asesino, iria á desafiarle.

— No habeis comprendido; aqui traigo las pistolas, venid!

— Que es lo que intentais?

— Seguir al pié de la letra vuestros consejos;

— Como!

— Si, hombre, hacedme el gusto de veniros conmigo, para concluir el drama que empezasteis, dandome de cuchilladas; no perdamos tiempo.

— Caballero! pero que?..... os habeis vuelto loco! yo asesino vuestro! bah, no sé como he tenido humor de escuchar hasta aqui vuestras sandeces.

— Espero señor de Rumier que no me pondreis en el caso de hechar mano de insultos para precisaros á batiros! vengo pertrechado con una buena dósis de sangre fria, para no desahogarme con bravatas, que no tendrian otro resultado que evaporar la resolusion que he concebido, ois?

— En este caso yo os mando salir de aqui inmediatamente; de lo contrario os haré echar por los criados; esclamó resueltamente Rumier.

— No será sin haberos dado antes un bofeton; y diciendo esto estampó su mano á las mejillas de Rumier.

La cólera de este no tubo límites; á su vez levantó tambien la mano pero Reynaldo que no habia perdido nada de su serenidad, le cojió

fuertemente por el brazo diciendole.

—Oh! pensabas pegarme miserable, aunque herido tengo mas fuerzas que tu, vamos dí, te vienes? si no, te mato á puñetazos.

— Infame! asesino! gritó Rumier, dando diente contra diente.

—Si, yo soy el asesino, yo, dijo Reynaldo ironicamente, y con la otra mano sujetó el brazo libre de su adversario que se dejó caer luego sobre una silla.

Hubo un momento de silencio, mas los ojos de entrambos bien podian suplir por las palabras. Rumier confundido por su culpabilidad no se atrevia apesar del encono que se vislumbraba en su rostro, á mirar fijamente á Reynaldo quien dando al fin á su voz el acento de un dolor el mas profundo y acompañandola con un ademan solo peculiar del vencedor generoso, dijo:

— Decid, ¿quereis unir á vuestra maldad, un acto de cobardia?

— Dejad mi mano libre, y os responderé contestó Rumier.

— Pues bien ahi la teneis, pero infeliz de vos, si tratais de hacerme una traicion, y soltó las manos de Rumier, quien levantandose á duras penas de la silla repuso.

— Os han engañado, yo no soy vuestro asesino, ¿que pruebas teneis contra mi?

— Todavia estamos en eso, creedme no exaspe-

reis mas mi cólera, venios y se acabó.

— No lo consiguireis; os conozco demasiado caballero, todo cuanto decis es una impostura, como todas vuestras cosas; bien conozco el fin que llevais en esto.

— Si, si, una impostura, dijo Reynaldo con amarga sonrisa; las heridas que me disteis son un embuste, la carta que me quitaste una farsa, cabal, lo habeis adivinado todo, oh! sois el hombre mas entendedor del mundo; no obstante pensais libertaros del fin siniestro que como vos decís me anima ¡oh! no! no! porque si no os venis voluntariamente, os asiré por los cabellos y os arrastraré por las calles gritando con voz alta, tan alta que todo el mundo lo oiga, sois un asesino! un asesino! y los Tribunales entendrán de este negocio, porque no son tan sordos los jueces españoles que digamos; y en cuanto á las pruebas de vuestro infamias, perded cuidado, yo me encargaré de presentarlas de modo, que no quede ningun escrúpulo al verdugo al cortaros la cabeza.

Los ojos de Reynaldo chispeaban de rabia; su semblante se habia animado sensiblemente, aquella tranquilidad que se echaba de ver en él, habíase trocado en un momento en enardecimiento, como cambia en un bravo océano, el manso mar que ha acogido en su seno un impetuoso huracan.

Rumier estaba atónito. Las últimas palabras de su víctima le habian abierto los ojos, y veia á sus

pies un abismo sin fondo. Pero de improviso, una idea cruza por su mente; cree ver las ramas á que ha de asirse para salvar su vida. Animase, y exclama con falso acento.

—Callad, esa lengua, hombre vil! ahora ya no se trata de si os han herido ó no, solo sí, de lavar esas injurias que prodigais contra mi honra; eso basta para castigaros como un fementido, vámonos.

—Al fin admitis el duelo? tanto mejor; me repugnaba hacer lo que vos hicisteis.

—Si! si!... y á muerte!!

—Se entiende! murmuró con feroz alegria Reynaldo.

Algunos minutos despues ambos adversarios habian salido de la posada, y en medio de la calle, Romier se dirijió á Reynaldo para decirle.

—A donde vamos?

—No se, quisiera un lugar escondido, sabes alguno?

—En la falda de Monjuich hay uno apropósito.

—Vamonos pues allá.

Estas fueron las únicas palabras, que se cambiaron desde que salieron de la posada, hasta que llegaron al paraje designado. Era este como habia dicho Romier muy apropósito para el caso. Hay en la Montaña de Monjuich por el lado del mar, una abertura grande que corta una parte del monte hasta á una estension larguísima. El aspecto es-

cabroso de esta abertura ya denota al primer golpe de vista que es una mina de piedra, los naturales del pais llaman continuamente á este lugar la padreria.

Aquí fué el punto que escogieron los duelistas. Al llegar en él, Reynaldo dijo á Romier sacando de una de las faltriquetas de su frac dos pistolas.

— A cuantos pasos quereis?

— Nada de distancia respondió el otro, echad una moneda al aire y quien gane es el que se marche de este lugar. Están cargadas las dos?

— Si, podeis cercioraros.

— Vengan, repuso Romier, y al recibir las dos pistolas las pupilas de sus ojos se dilataron estremadamente, aquel movimiento indicaba que acababa de llegar al objeto que se habia propuesto: entonces dió precipitadamente tres pasos atrás y preparó ambas pistolas, Reynaldo advirtió demasiado tarde su imprudencia.

— Que haceis! esclamó al adivinar la vil idea de Romier.

— Nada, nada, contestó este sonriendo ferozmente, ah! parece que habeis caido al garlito, sois un pobre diablo! vamos prontito, haced las paces con Dios, que no teneis mas que medio segundo de vida: y diciendo esto apuntó á la cabeza de Reynaldo las pistolas.

— Traidor!... la palabra espiró en sus labios: los dos tiros salieron á la vez levantandole la tapa

de los sesos.

Rumier contempló por un momento á su víctima; pero luego, como herido por una maldicion de Dios, arrojó las pistolas y huyó. Mas un temblor convulsivo se habia apoderado de su cuerpo, y este temblor no le permitia andar con la precipitacion que hubiese anhelado; el último grito de Reynaldo resonaba todavia en sus oidos; y este grito iba acompañado con otra voz profunda, profunda como si saliese de mas allá de la tierra: el asesino quizó luchar con el temblor que le denunciaba, y con la voz de su conciencia; mas al creer que sus vestidos estaban manchados de sangre y que hacia un rastro visible; cuando todos los objetos se le figuraban hombres que le perseguian para matarle, entonces debilitaronsele sus rodillas y aniquilado por el peso de su cuerpo, cayó en el suelo, maldiciendose por la negra accion que hacia un momento habia consumado.



XXIII.

¡Que de obstáculos he superado, que de dias, meses, años han transcurrido con amargura, para descubrir este fatal secreto!

Háce tres dias que Rumier salió de la posada para batirse con Reynaldo. y en el décurso de este tiempo no ha parecido todavia. Una viva inquietud se nota en el semblante de Arturo por la ausencia de su amigo cuya causa ignora. En el momento del altercado, Bartolomin habia cerrado la puerta del aposento del enfermo, merced pues á esta prudente precaucion el jóven frances no pudo oir nada de la contienda, apesar de haber tenido lugar no muy lejos de su dormitorio.

Su enfermedad que al principio presentaba síntomas fatales fué amansandose de manera que al dia siguiente de la desaparicion de Rumier ya pudo levantarse de la cama por algun tiempo, veri-

ficando lo propio en los demas dias consecutivos. La imagen de Matilde ocupa continuamente su memoria y ese recuerdo que mas tarde hubiera retardado su curacion, ahora influye muy mucho en su restablecimiento, porque la viva fé que tiene en la inocencia de su amada le hace confiar que bien pronto los tribunales conocerán la falaz impostura de que ha sido víctima, y entonces le volverán hermosa, amable como siempre, y esta idea lisonjera, es para el amante un bálsamo consolador que cicatriza como por ensalmo todas sus heridas.

Bartolomin que vela noche y dia á Arturo, que no se separa un instante de su lado, que le sirve con el amor de un buen amigo y que le contempla con la ternura de una madre, le ayuda á creer en la felicidad de su porvenir, y con esto coopera mas de lo que puede pensar á volverle á la vida. ¿Pero quien es ese jóven que fiel en apariencias á Ramiet ama con tanto ardor á Arturo? ¿quien es ese criado que viniendo de Paris por un malvado fin, lejos de obrar segun la voluntad de sus dueños no tiene mas miras que frustar todos sus deseos? ¿quien es él, que sonrie cuando Arturo sonrie y llora cuando este llora? ¿quien es él, que convierte en báculo para apoyo de la inocencia su puñal de asesino? . . .

. . . .

Una mañana llamaron á la puerta de la posada: Bartolomin salió á recibir el recado, mientras Arturo sentado en una butaca murmuraba. . . .

—Quizás sea Rumier.

El criado volvió entrar trayendo en la mano una carta que presentó á Arturo.

—Una carta para mi! esclamó este con alegre sorpresa. Será tal vez de... áh! no! no! es de mi madre, de mi pobre madre, trae el sello de Paris, sin embargo esta letra no es suya, pero quien sabe!.

Y sin detenerse un minuto mas la abrió precipitadamente. Una lágrima brilló en cada ojo de Bartolomin al saber que aquella carta era de Mad. Carolina; lágrimas que nacieron de su corazon por el estremado gozo que no le era dable contener. Mas ay! que harto pronto se trocaron en lágrimas de dolor profundo. El semblante de Arturo acababa de enmudecer de repente; la alegria que le causara la vista de la carta que creia ser de su madre, habia desaparecido para dar lugar á un dolor el mas inaudito. El pobre del criado no perdió ninguno de estos movimientos; y movido por un sentimiento de amor hácia aquel, aventuróse á decirle con una voz y un acento que usaria el corazon si hablára.

—Oh! mi amo! ¿que es lo que os dice vuestra madre?

Arturo levantó los ojos hácia el criado y este los vió llenos de lágrimas.

—Oh! decidme cuánto pasa, continuó Bartolomin sollozando; mirad yo tambien lloro y no se porque!

—Madre mia! madre mia! esclamó Arturo.

—¡Y bien! yo puedo salvarla! que la han hecho!

—Tu sabes!..

—Nada sé! pero acabad, ¿que sucede?...

—¡Ah!... han envenenado á mi madre! y la pobre, desde el borde del sepulcro me llama!...

Un torrente de lágrimas inundó el pálido rostro de Arturo.

—Mad. Carolina, envenenada!...

—Sí, si, envenenada por una mano oculta, así lo dice esta carta, ve.

Bartolomin cogió la carta y leyó el siguiente contenido. «Sr. Arturo Montris, si quereis ver á vuestra madre apresuraos á regresar luego, que quizás llegareis aun á tiempo, una mano oculta ha introducido en su corazon un veneno, lento y cruel, asi lo han asegurado todos los médicos; la pobre en medio de sus atroces dolores pide continuamente por su hijo. Vuestro servidor y vecino Eugenio Cot.»

—Gran Dios! ¿porque me envias tantos males á la vez? ¡ah! si al menos tuviese á mi lado á Rumier!... el animaria mi abatido espíritu é iluminaria con sus luces el porvenir que tan lleno veo de tinieblas ahora.

—Oh! siempre Rumier, murmuró por lo bajo Bartolomin.

Luego levantando la voz añadió: ¡Perdonad!

pero si yo pudiese seros útil, si la lealtad de un sumiso servidor pudiese suplir en algo al celo de un amigo... creed... yo no se deciros el amor que os tengo, mas, si viniere el caso de probároslo con el sacrificio de mi vida, no vacilaria un momento en sacrificarla.

—Gracias! gracias! Bartolomin.... esclamó el infortunado jóven estrechando la mano de su criado. Tu seras para mi lo que fue Rumier un dia.

Una sonrisa amarga divagó por los labios de Bartolomin.

—Oh! no creais que yo para vos sea lo que Rumier ha sido! no! no! yo quiero seros fiel y....

—Y que!... ¡acaso Rumier no ha sido un leal amigo!

—Sí, muy leal, continuó Bartolomin con una sonrisa mas amarga todavia, tanto como lo es el perro á la liebre que persigue el cazador; como lo es la pantera á la presa que desgarra con sus dientes.

—Infeliz! que es lo que dices! gritó colérica-mente Arturo: sabes que estas palabras pueden costarte mas caro de lo que piensas! como te atreves á acusar de esta manera á tu dueño y á mi mejor amigo!...

—Oh! señor! vos sois demasiado bueno para castigarme despues que os haya presentado instrumentos, que prueben que este á quien llamais el mejor de los amigos era para vos un miserable, un malvado....

— Que significa todo esto! duermo ó estoy despierto, es realidad ó es solo una quimérica ilusion todo cuanto me sucede.

— Es realidad mi amo; pero realidad desnuda de todo engaño, de toda falaz impostura! porque hoy os habla... el corazon de un hombre que no trae la máscara de la hipocresia.

— Calla villano! ¿que quejas tienes contra tu amo, para ultrajarle cuando está ausente? dí donde están estas pruebas de que hablabas ahora, bien se yo que no presentarás ninguna.

— Señor! leed otra vez esta carta.

— ¿Qué carta?

— La que teneis en la mano, la que os dice que vuestra madre ha sido envenenada; sí, leedla otra vez, y luego leed esta otra, añadió entregándole un pliego que se habia sacado de su bolsillo, cotejad estas dos cartas y ellas os dirán quienes son los asesinos de vuestra madre.

No tiembla tanto el condenado á muerte al leer su sentencia, como Arturo al tomar de Bartolomin aquella carta que no era otra que la que Reynaldo habia sacado del correo y que Bartolomin habia quitado de este, en la noche que le dejó por muerto debajo los pórticos de los Encantes.

No puede esplicarse el estupor que se pintó en el rostro de Arturo al leer esa carta. Bartolomin le contemplaba con aire de triunfo.

— Infamia! traicion! gritó Arturo arrojando con

violencia la carta.

—Infamia! traicion! repitió Bartolomin con encono, sí, son unos infames, unos traidores, mas aun, unos asesinos, puesto que ya han consumado parte de su infernal obra.

—¿Quien eres tu, que has descubierto toda esa intriga? ¿de donde has sacado este escrito? responde!

—De donde! ah! algo me ha costado, algo mas de lo que podeis creer! mas no pensemos en ello, ahora se trata de vuestra madre; es preciso que hoy mismo salgais de Barcelona para salvarla, ella lo quiere, al menos recogereis su última bendicion y habreis cumplido un deber de hijo.

—Pobre madre mia! esclamaba Arturo enjugándose las lágrimas que rodaban por sus mejillas, ahora mismo voy á salir para Paris, quizás llegaré á tiempo; ¿no es verdad que aun podré llegar á tiempo?

—Sí, sí, pero no perdais tiempo, cada minuto que pasa es un minnto menos de vida para vuestra madre.

—Cielos! dadme valor!

—Afortunadamente os encontrais casi restablecido, de suerte que podeis emprender en este mismo momento el viaje sin correr esposicion alguna.

—Ah! tu debes saber á donde encontraré á ese Ricardo Manrique, ese infame ese asesino de mi familia porque es precise que sepas, que no es mi madre su

[illegible] serà si [illegible]

— [illegible] Reynaldo [illegible] el mejor, y el [illegible]

— Y [illegible] de sus cuerpos, mas perdonadle mi amo, quien sabe si á estas horas ha dado estrecha cuenta de todas sus acciones á Dios.

— Tu lo crees?

— Es probable, el otro dia salió con Reynaldo al campo, este le vino á buscar con dos pistolas; desde aquel dia no á vuelto á casa; Reynaldo ha servido en otro tiempo en el ejército y mucho me temo que le haya mandado á la otra vida.

— Y Matilde! rep[illegible] triste acento Arturo.

— Perded cuidado [illegible], contestó Bartolomin. Yo me quedo en esta ciudad hasta que salga de la cárcel, que indudablemente será cuanto antes; y entonces os la traeré á Paris. Es esto lo que deseais?

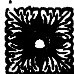
— Oh! esto es Bartolomin, me has comprendido, ah! y era yo quien te ultrajaba hace un momento y porqué?... porque hacias las veces de mi pobre madre que quizás ya he perdido!..

Algun tiempo despues de esta conversacion Arturo tomó el camino de Paris. . . . . . .

. . . .

. . . .

Tres dias despues, salió para siempre de Barcelona la jóven Matilde en compañía del fiel Bartolomé. La libertad de la querida de Arturo habia tenido lugar, luego de haber recibido el juez de la causa un pliego de manos del criado de Reynaldo. El lector ya sabe el contenido de ese pliego.



XXIV.

Pobre madre! su misma estupidez le vedó ver la mano que arrojó el [illegible] en sus entrañas.

Habian transcurrido apenas quince dias desde aquel en que Ricardo Manrique prometiera á Mad. Turin su cómplice, un sutil veneno para Carolina de Montris. El sol se hallaba en mitad de su carrera, cuando esta desgraciada madre recibió á su casa á la miserable mujer que la vendia: llevaba esta el trage de siempre, solo habia cambiado el gorro de terciopelo carmesí en otro de seda azul celeste.

—A Dios, amiga mia, esclamó al divisar á Mad. Carolina.

—Tengo que reñiros fuertemente, señorita, sabeis que hace un siglo que no os habeis dejado ver?

—Pues sino hace ocho dias que estuve aquí.

—Vos!...

—No os acordais de aquel dia, dijo Mad. Turin con un fingido acento de bondad, que os encontré tan llorosa, por no haber tenido noticia alguna de vuestro hijo, y que al dia siguiente venisle á mi casa para manifestarme la carta que acababais de recibir? Oh! yo bien me acuerdo de ello! tuve tanto gusto en veros tranquila, alegre.

—Teneis un buen corazon querida mia; mas desde entonces ha pasado mucho tiempo, muchos dias. Ah! que quereis? yo deseára que cuando soy feliz vinieran á verme á todas las horas, todos los momentos, en ves de que cuando sufro quisiera vivir sin ver á nadie, sola, en un retiro, en un lugar solitario.... Ah! temo tanto que los otros compartan mis penas!...

—Pobre amiga! ¿porque no tomais con mas calma los trastornos de la vida? ¿porque lejos de hacer frente á ellos con la osadía y el vigor, doblegais la cervïz, cual hace el débil junco al menor soplo del viento?

—No seré yo hija, quien os dé las razones porque soy así.

—Y bien, que sabeis ahora de Arturo?

—Nada mas, pero espero recibir contestacion cuanto antes de la carta que le escribí: con tal que no me la traiga el mismo, añadió Mad. Carolina sonriendo.

— Confiais que se habrá puesto en camino al momento.

— Lo confio porque asi lo deseo, Elena.

— Ya veo que si la ausencia de vuestro hijo durase mucho os moririais de pena, lástima grande que no tengais mas que uno.

— ¿Porque?

— La razon es clara, si tuvieseis muchos hijos siempre tendriais uno ú otro que no se separaria una línea de vuestro lado.

— Y creeis que entonces no echaria de menos á los ausentes? oh! las madres aun que [illegible] tamos el amor entre muchos hijos no [illegible] el menos puro y grande.

— Sin embargo [illegible]

— Que no!.. pobre Elena, cuan poco conoceis el corazon de las madres; habeis visto esas fuentes cuyas cristalinas aguas [illegible] pueblo, pues todavia es menos inagotable el torrente de amor que transpiramos para con nuestros hijos.

— Que quereis que os diga, [illegible] do á los demás por vos misma..

Mad. Caroline hizo un movimiento que parecia decir, puede ser pero lo dudo.

— Sabeis amiga mia, dijo Elena despues de un momento de silencio, que tengo una sed que me abrasa. Hacedme el gusto de mandar por un vaso de agua.

—Un vaso de agua! de ninguna manera, mandaré por una botella de cerveza.

— Mil gracias [illegible] cosa que agua no [illegible] apetito.

La madre de Arturo llamó entonces á un criado para que llevase un [illegible] Elena.

— Y es verdad que no os prueba la cerveza?

[illegible]

[illegible] qué no es lo [illegible]

— Hermoso cuadro! [illegible] Elena [illegible] á [illegible] una de las paredes [illegible]

[illegible] que habia llamado la atencion á su amiga [illegible] con la mayor prontitud una [illegible]

[illegible] Carolina [illegible] de mi esposo [illegible]

[illegible] ojos de la pobre viuda.

[illegible] triste que se parece mucho [illegible]

[illegible]

[illegible] una hermosa [illegible] á Mad. Elena. Cogió esta el vaso y despues [illegible]

ber bebido un sorbo dijo á su amiga.

— Y tanto que sino fuesen los cabellos largos del retrato del lado de este, diria que ambos son de una misma [illegible] ojos tan [illegible] [illegible]?

Diciendo esto y [illegible] cuidadosamente la redomita y [illegible]

[illegible] advertir poco ni mucho esta accion, porque en aquel [illegible]

— Dios mio! y que mal gusto tiene [illegible]

— Como es eso! que [illegible]

— Pues es estraño, usted un poco de ella [illegible] mia y [illegible] favor.

[illegible] aquel instante se apoderó de todo su [illegible]

La víctima con la [illegible] le [illegible]

— No! es muy singular, creed sin embargo que he encontrado algo que me ofendia; podrá ser tambien preocupacion mia.

— O mia quizás, ¿quereis otra cosa?...

— Gracias amiga mia, ya no [illegible] pasado la sed, [illegible] poco ó mucho.

[illegible]

— Vaya! he gastado [illegible] para [illegible]

[illegible]

— No hija; ay! hace [illegible]

[illegible]

— [illegible]

— Cuando [illegible] con nunca, ya veis si debo aguardarle [illegible]

[illegible]

Mad. Carolina contestó sonriendo.

[illegible]

— Oh! yo soy como las demas, tendré mis [illegible]

esto; que pienso amar á mi hijo mas por su interés que por el mio. . . . .
. . . .

Tres horas despues de haber salido Elena de la casa de su amiga Carolina Saeris, fué esta [illegible] por un fuerte desmayo; al volver en sí, sus sirvientes notaron en su fisonomía [illegible] de una enfermedad alarmante. En efecto, [illegible] puesto lívida como un muerto; sus labios se confundian con el restante de su rostro; sus ojos que aunque generalmente [illegible] conservaban siempre un hermoso brillo, habíanse amortiguado considerablemente columbrándose al rededor de ellos una línea azul que acababa de dar á su faz un aspecto todavia mas cadavérico. Los médicos que al momento fueron llamados quedaron sorprendidos á la vista del rápido progreso de una enfermedad que no pudieron calificar; y en vano fué el riguroso informe que tomaron, y el profundo examen que hicieron para descubrir las causas que influyeran á quebrantar su salud en tan corto término.

Otro desmayo sucedió al primero y luego sus facciones descoloridas se animaron por grados, sus ojos volvieron al brillo de antes, y en su frente y parte de su rostro aparecieron unas tintas de un color [illegible]; mas bien pronto se [illegible] quedó otra vez cubierta de una palidez mortal; sus ojos ahora todavia mas opacos parecieron [illegible] bajo de sus órbitas, y las tintas [illegible]

la rapidez que habian acudido: los médicos no pudieron observar este fenómeno por no estar presentes. Las únicas palabras que en tres distintas ocasiones con mas ó menos claridad habia pronunciado la enferma, desde el instante en que se vió herida, fueron estas.

—¡Mi hijo! ¡mi hijo!

Elena Turin que se marchó de casa de la pobre Carolina para retirarse á la suya: á las ocho de la noche de aquel mismo dia, recibió á Ricardo Manrique.

—Ricardo, [illegible] abrazando á su cómplice, yo he cumplido con mi deber. ¿cumplireis vos el vuestro? [illegible]

—[illegible]

—¡Con la mayor facilidad; con tal que [illegible] café una tercera parte de agua.

—Con un sorbo habia bastante; dentro doce dias habrá dejado de existir.

—¿Y dentro de que tiempo habreis cumplido vos la promesa que hicisteis á nuestro hijo y á mi?

—¡Ah! es verdad, os prometí la legitimacion de mi hijo.

—Por medio de un matrimonio.

—Nada mas justo que esto, luego que tampoco podria hoy negaros cosa alguna.

—Ricardo, no penseis jamás que si soy tan exigente en [illegible], es por lo vanidad de parecer á los [illegible] vuestra. ¿que quereis? soy madre, y todos mis votos se reducen á que mi hijo lo sea ante Dios y ante los hombres.

XXV.

El cielo castigó al hijo, como castigará un dia al padre.

Hacía tres dias que Mad. Carolina habia caido enferma cuando los médicos declararon que estaba envenenada, y sin esperanza alguna de salvarse. Mudos de sorpresa quedaron los criados y vecinos que la rodeaban al oir tamaña relacion. Despues de algunas investigaciones que estos hicieron sin ningun fruto, tuvieron que renunciar al vivo deseo de saber como habia sucedido esa desgraciada ocurrencia. Ni vislumbre de sospecha se pudo traslucir jamas de nadie, y mucho menos de la que era verdaderamente culpable. Esta que para eludir toda clase de recelo habia tenido la insolente audacia de presentarse á casa su víctima, como ignorando el fatal suceso; fue recibida con muestras de alegria por los sirvientes, quienes teniendola amiga fiel de su dueña, creyeron que

conpartiria con ellos la pena que les costara una nueva tan terrible. No se hubieran engañado ellos sin dada, si las apariencias y la realidad fuesen una misma cosa. Mad. Elena dió á entender la mayor pesadumbre, rogó á Dios por la salvacion de su mejor amiga segun decia, prometió votos á todas las santas vírgenes que han habido en el mundo, y se hubiera puesto á llorar como la misma Magdalena sino temiera infundar dudas de tanto pesar.

En tanto la enferma iba de mal en peor; cada hora, cada momento, perdia algo de las fuerzas que le sostenian en tan terrible y prolongada agonia; no ignoraba ya que su mal no tenia remedio; y la pobre habia cerrado los ojos para concentrar mejor su pensamiento en la memoria de Dios en el que tenia la mas viva y ardiente fe, y con la abnegacion de un martir esperaba con [illegible] tranquilidad el momento en que debia partir para la mansion del justo.

Una idea sin embargo la tenia algo [illegible] hubiera querido ver á Arturo, estrecharle entre sus brazos, darle un adios, un postrer adios y luego morir..... Cuando le dijeron que veria cumplidos sus deseos, la infeliz pensó volverse loca de alegria, que mucho si Arturo era su hijo su [illegible] hijo, á quien amaba con ese trasporte, con ese delirio y frenesí que solo sienten las madres!

Vino por fin el deseado dia, en que Arturo des

pues de un largo viage que hizo con una rapidez increible, puso los piés en la casa paterna: Las sensaciones que esperimentó en aquel momento no pueden describirse; la palidez de su semblante, sus ojos llenos de lágrimas y el desaliño de su traje eran un indicio asaz suficiente de la consternacion de su alma. A nadie preguntó nada, y de nadie escuchó razon alguna. Pasó adelante trayendo por ánimo mas à su pesár que á su valor. Al pasar el umbral de una puerta que empujó con toda furia se le ofreció á su vista un cuadro el mas triste y espantoso del mundo. En una estancia que reinaba el silencio de las tumbas, iluminada solamente por una débil luz, habia una alcoba en cuyo fondo se destacaba la figura de Mad. Carolina parecida mas bien á un cadáver que á persona viviente. Al oir esta un ruido tan desusado como el que hizo Arturo al entrar, abrió los ojos y reconociendo al instante á su hijo, alargó hácia él sus descarnados brazos, y con un acento desgarrador esclamó:

— Gran Dios!... mi hijo!!!

Arturo se lanzó al cuello de su madre.

¿Quien puede describir semejante escena? ¿quien pintar con toda exactitud el aspecto de aquellos semblantes en los que parecia dibujarse un colorido de muerte? ¿quien por fin relatar los gritos, las esclamaciones que mezcladas de llanto cambiaron en aquella entrevista madre é hijo?...

Entre los espectadores de tantas emociones de terna, á estos arranques de corazon, se hallaba Elena Perrin: un rayo de luz tierna animaba su semblante triste y taciturno... ¿qué significaba aquella tristeza? aquel cambio de fisonomía de [illegible] ¿era verdadera su pena y sentia el dolor que tan vivamente retrataba su frente [illegible] nos han engañado tantas veces los criminales, han sabido mentir tan perfectamente la verdad, que ya dudamos de la sinceridad de su arrepentimiento; [illegible]

Aquella madre que su hijo hería de muerte; y aquel hijo que ella hacia huérfano, entregados á una conversacion entrecortada por sollozos y suspiros; la conmocion tan alta que hizo vibrar la cuerda del corazon que ella ya creia rota; un vislumbre de remordimiento, si así podemos llamarle, iluminó su alma á la vista de su negra crueldad reflejada en el dolor de sus víctimas.

Mas de una hora permaneció Arturo junto á su madre, luego siguiendo los consejos de los que los rodeaban, y siéndole evidente que aquella necesitaba algun tiempo de reposo, determinó retirarse del aposento; pero en el momento de salir, volvió la cabeza hácia su madre y al verla entonces mas lívida que nunca, arrancó un mar de lágrimas esclamando con indecible dolor.

— Pobre madre! como la han puesto! ¡ miserables! ... Al retirarse á una estancia contigua le si-

giró [illegible]
caerse medio desfallecido en [illegible] [illegible]
á él, y despues de algunos minutos de [illegible]
dijo con una voz llena de dulzura y [illegible].

— Arturo, no conoceis ya á la [illegible] vuestra madre? Este sacudió la cabeza con [illegible]olencia como si saliese de un letargo.

— Ah! sois vos?..... perdonad señora, no oigo ni veo apenas nada; oh! ellos han triunfado.....

— Que decis? esclamó Elena abriendo los ojos á mas no poder.

— Que ellos han triunfado, que han visto colmados todos sus deseos, mas que digo! todos no, algunos les han salido frustrados; aun vive..... pero quien sabe si Dios acabará la obra que ellos han empezado.

— Pero estos que han triunfado, quienes son? como se llaman? aventuré decir con no poca timidez.

— Son mis enemigos.

— Pero estos enemigos.....

— No les conozco.

Elena Turin respiró; una nube de temor que oscureciera su frente habíase desvanecido como por ensalmo á la respuesta de Arturo. Un momento despues este continuó con mas calor.

— Pero dia vendrá que un cruento castigo caerá sobre la cabeza de estos miserables, porque dia vendrá que yo les arrancaré uno por uno la más-

[illegible] á viles [illegible] mi familia, y [illegible] á un justo vengador.

— Calmad vuestra ira, Arturo, hay veces que las apariencias....

— Apariencias!... oh! vos no sabeis nada señora, ó no sabeis mas que una parte de la tragedia de que es víctima mi familia, apariencias! el envenenamiento de mi pobre madre apariencias, y aunque lo fuera, aunque eso fuese una ilusion de los médicos, un engaño de su ciencia, serian tambien apariencias el infame lazo que me tendieron...... pero como os he dicho señora, vos no lo sabeis todo; si lo supieseis no hablarias de esa manera.

— Un lazo!....

— Si señora un lazo! querian perderme, matarme; y se valieron de la manera mas hipócrita para poder quedar impunes. Adivinaron que yo era fiel á las amistades, que tenia un corazon abierto y que muy fácilmente me entregaba con ingenua franqueza á los que la casualidad me daba por compañeros; y me arrojaron un hombre á quien creyendolo sincero como yo soy, le cobré luego un afecto sin igual, y este hombre señora era un instrumento de esos mismos que han envenenado á mi madre.

— Que horror!

— Pero ese hombre tuvo miedo, es decir no

tuvo bastante valor para consumar por sí mismo la la vil accion de matarme, porque se trataba nada menos que de esto, y entonces le mandaron un acompañado que era el que debia ejecutar la sentencia contra mi pronunciada.

— Cielos! me helais de espanto! esclamó con todo el fingimiento posible la astuta mujer.

— Mas afortunadamente ese acompañado, ese nuevo bravo, era acerrimo enemigo de los traidores que lo habian comprado y un dia con no poca admiracion por mi parte, me descubrió todo ese se-infame complot; en aquel momento acababa yo de recibir la noticia de que mi madre estaba envenenada y que me llamaba á su lado; apesar de todo esto me resistia á creer que un amigo, aquel que para mi era mas que un hermano, hubiese tomado parte en toda esa intriga, hasta que el otro me puso de manifiesto una carta..... ¡que carta, Dios mio! ella envolvia la idea de destruir toda mi familia. Un hombre á quien no conozco ni de oidas, y que sin embargo decia ser hijo de mi abuelo, solo con el objeto de apoderarse de mis bienes rogaba á su hijo que era el amigo que tanto cariño yo profesaba, levantase sobre mi sin piedad el homicida puñal.

La señora de Turin absorta en la increible idea de que el criado Bartolomin habia hecho traicion á su señor, escuchaba apenas á Arturo; este continuó con mas calma.

— Y ahora que recuerdo todo esto señora, pienso en que vos podeis serme útil para descubrir el hilo de todo esa atroz conjuracion, porque segun el contenido de aquella carta una muger que era muy amiga de mi madre les habia servido para saber el itinerario de mi viaje; vos que la tratabais con alguna frecuencia conocereis quizas á todas sus amigas entre las cuales pensaba la pobre de mi madre contar á esa que tan miserablemente la vendia.

— Podeis contar conmigo..... mas esa muger no seria tan allegada de Mad. Carolina como vos presumís; porque yo que conozco, ó casi conozco á todas las que se rozaban con ella, no atino, ni síquiera sospecho que haya alguna de estas capaz de infamia semejante. Pero continuad, ah! no podeis figuraros lo que me intereso por aquel buen hombre que os lo refirió todo; deciais.....

— Muy poco tengo que añadir á lo que he dicho antes; cuando vi las irrefutables pruebas que acusaban á mi amigo que se llamaba Pedro Rumier; y supe la desgracia de mi madre no vacilé un momento en venir para aliviar sus últimos instantes ya que no podia salvarla.

— Y os marchaste sin pedir una satisfaccion á ese malvado, á ese pérfido de Pedro Rumier? preguntó la señora de Turin queriendo ver la respuesta mas bien en la frente que en los lábios de Arturo.

— Ya la dió..... señora, y sin esfuerzo por mi parte.

— Como!.....

— El cielo se encargó de pedirla por mi..... él castigó al hijo como castigará un dia al padre!

Elena miraba estupefacta á Arturo; no comprendia lo que acababa de oir, ó mejor no queria creer en el castigo que cayera sobre su hijo. Faltole de repente el valor para preguntar tocante á la suerte que habia cabido á D. Pedro, cuando Arturo continuó despues de tres minutos de silencio.

— Murió..... Un militar español á quien él habia en vano hecho asesinar, le mató dos dias antes de mi partida, en un duelo. Yo supe su muerte al mismo tiempo que su deslealtad.

Una lividez espantosa se dibujó en el semblánte de Elena; con sus manos apoyó la frente que mojaba un frio sudor, sus ojos estraviados por un momento se dirigieron al cielo, mientras de ellos apuntaban infinidad de lágrimas que no fueron notadas por Arturo, merced al entorpecimiento en que este acababa de caer. De improviso se levanta, su corazon asaz comprimido se desahogó en estrepito solloso, arrojó luego una última mirada, no de rencor, de sentimiento quizás..... al trozo de firmamento que desde aquella estancia se columbraba, y sin cuidarse de recoger su chal y gorro, salió ligera como el viento de la casa de Montris.

Arturo al verla huir cual una fantasma, creyó estar soñando; mas tarde lo adivinó todo.

XXVI.

Cuando el objeto que mueve al criminal perece, ya no hay criminal.

Elena abismada en un profundo pesar, se dirijió velozmente á su casa, de la que salió media hora después para entrar á la de Ricardo Manrique, su amante y cómplice.

Hallábase este triste y pensativo... al divisar á Elena levantose y dió tres pasos hacia ella; todas sus maneras indicaban que tenia un sentimiento que queria ocultar ó alejar de sí. Cuando levantó los ojos se encontró con una mirada de Mad. Turin glacial y casi desdeñosa.

— Que teneis señora... preguntó lleno de asombro. Que significa eso?.... venis á traerme alguna triste nueva?...

— Vengo á despedirme de vos para siempre, repuso Elena sin titubear.

Ricardo fijó una mirada penetrante aunque inquieta en aquella mujer, como pidiendole una esplicacion de lo que decia.

— Vengo tambien, á devolveros estas alajas. Y diciendo Elena esto, arrojó sobre una mesa un puñado de ellas en las que brillaban vivamente el oro y los diamantes. Tomad! añadió con voz sentimental, lo que ha perdido á mi hijo y á mi, por que estas joyas deslumbraron quizá á mis ojos para hacerme vil instrumento de vuestra... venganza. Y si quereis creer Manrique á la que habreis comprado mas con oro que con amor, devolved todo eso á su dueño, á quien tanto daño habeis ocasionado.

— Que cosa os ha revuelto el juicio señora? decidy'

Elena miró á su amante con aire de compasion, y con un acento que tenia algo de grave dijo.

— Mejor hablariais si preguntaseis que cosa ha hecho de una criminal sin conciencia, una mujer arrepentida!

— Vos arrepentida! vos! bah! se conoce que sois madre de vuestro hijo.

Este recuerdo fue una punzante herida para Mad. Turin.

— Mi hijo! mi hijo! murmuró acercandose un pañuelo á sus húmedos ojos.

— Y bien señora, podré saber al fin que signi-

fica ese cambio de ayer á hoy? ayer hablábais de la familia de Montris con enojo, y hoy venís á proponerme la devuelva lo que segun vos es suyo!... suyo! mio no..... porque quité violenta y fraudulentamente esas alhajas de la casa de mi padre, no son mias; eso es una locura señora, eso es lo mismo que decir, que porque mi padre me preterió en su testamento, porque me abandonó dejándome huérfano y miserable, no soy tampoco su hijo. Ah! en verdad que me reiria si pudiese!...

— Oh! reid, reid! caballero! ahora mas que nunca, si ahora mas que nunca, porque tambien se vierten lágrimas de alegria; y con ellas podreis bañar la tumba de vuestro hijo!

— Que quereis decir con esto señora? no os comprendo.

— Que!... acaso no habeis leido en mi semblante la muerte de Rumier?... oh! teneis razon en comprenderme vos; porque para ello se necesitan ojos y corazon de madre.

— Y como habeis sabido esta noticia?

Elena tuvo que hacer un esfuerzo sobre sí misma para responder.

— Hace una hora dijo, que Arturo ha llegado en Paris.

— Arturo aquí!..... en Paris!

— Si, que intentais caballero?......

— Nada: continuad.

— Al poner los pies en su casa lo primero que

ha hecho ha sido arrojarse á los brazos de su moribunda madre, cuyo espectáculo me ha enternecido sumamente, y luego, referirme... á mi, á quien creia la amiga mas fiel de Mad. Carolina, toda su historia que harto sabeis vos!

— Y vos tambien!..... señora.

— El final ha sido para mi un golpe de muerte... Cuando oí que mi hijo habia muerto, pensé que todo era dispuesto por la providencia, y desde entonces no vacilé ni un segundo en seguir el impulso de mis inclinaciones que un dia vos torciste. Esto es Ricardo, todo lo que queria deciros.

— Y como murió nuestro hijo os lo dijo acaso?

— En un desafio.

— Es falso; replicó secamente Ricardo.

Elena le miró por algun tiempo sin abrir los labios: Despues continuó en voz baja.

— Falso! ojalá que lo fuese. Un militar español le provocó y él admitió el reto.

— Ya lo sé.

— Entonces, porque negais que murió?

— Yo no niego que haya muerto, señora.

— Ha muerto!!... ah! y yo que tenia una esperanza todavia!... Oh! hablad Ricardo, decidme cuanto sepais, ha muerto ó vive aun?

Ricardo se sonrió con amargura; luego murmuró.

— Cuan débil sois mujer!... tanto amabais á

vuestro hijo que su muerte os retraiga de vuestras promesas, de todos vuestros juramentos!

— Muerto! muerto!... esclamó Elena cayendo de rodillas y alzando los brazos al cielo; oh! Dios mio! perdon para mi hijo! perdon!... él no era delincuente!... vos lo sabeis señor!... vos sabeis lo que costó unirle á ese infame complot.

La mas irónica sonrisa se pintó entonces en el semblante del pérfido Ricardo: miró con insultante espresion la direccion de los ojos de Elena y moviendo la cabeza con aire de duda le dijo.

— No haya miedo que os oiga si no levantais mas la voz. Los areonautas mas temerarios no han alcanzado á divisarle siquiera los pies, y quereis vos haceros oir de él con estas plegarias que llegan apenas á mi oido? Creedme Elena, tomad una bocina y gritad recio, muy recio, y al cabo, quien sabe, no todo ha de ser aire; y dió una carcajada tan fuerte que su cómplice se puso á temblar de pies á cabeza como si estuviese en presencia de Lucifer.

— No teneis piedad, balbuceó Elena despues de un momento de silencio.

— Piedad! repuso Ricardo con sarcasmo, que significa eso de piedad, ah! ya atino, es una virtud de que vos no andais escaso, y no hay mas que preguntárselo á Carolina Montris!... no es verdad señora?...

— Cruel!...

— No os andeis con mas reconvenciones Elena, porque harto estoy de ellas; escuchadme; esta vez no adivinais lo que os conviene, bueno está en que uno se arrepienta de todo, cuando va á dejar la vida, es decir en el último período de la existencia; pero pensar en ello en la época de la lozanía, y luego en el momento mismo de ir á poner los pies sobre un suelo florido, hermoso, es la mayor de las locuras; abandonad para mas tarde esas ideas que debilitan el alma y causan sinsabor al corazon, y preparaos á disfrutar del mundo, porque todavía sois jóven, de ese mundo al que vais luego á entrar soberanamente hermosa, soberanamente rica. ¡Oh! escuchadme Elena, continuó Ricardo pasando de la ironía á la gravedad. Hubo un tiempo en que os amé locamente, vos no lo sabeis señora, porque hace un momento habeis dicho que os compré mas con oro que con amor. En aquel tiempo os puse al corriente de todos mis proyectos... entonces lejos de rechazarlos los acogiste con el mayor agrado; mas todavía, os hiciste cómplice mio sin que yo lo desease, y despues de mucho tiempo, de muchos años, mezclaste á nuestro hijo en esa conjuracion. Os acordais señora?

— ¡Oh! callad, callad! me estremeceis.

— Entonces era yo pobre; es verdad que vos compartistes de mi suerte desgraciada, pero cuando mas tarde mejoré de posicion merced al cofrecillo de albajas que hice quitar de la casa de mi pa-

dre, vos tambien compartisteis de aquella buena suerte; prueba la teneis en esos diamantes que vos habeis traido ahora mismo. El agravio que habia recibido de mi familia era grande; la venganza debia serlo tambien.

El envenenamiento de Carlota Rogero la decapitacion de mi hermano Eugenio y este insignificante robo, no bastaba para satisfacerme completamente. Ademas habia dado ya un paso, nó pude retroceder, era pues preciso seguir adelante hasta llegar al colmo de mis deseos. Estos se limitaban como sabeis vos á ser el único heredero de los bienes de la casa de Montris: para ello debian transcurrir algunos años porque no era cosa demasiado facil deshacerse impunemente de las dos personas que quedaban de la familia. Jamas he errado en mis cálculos; que Arturo viajaria apénas entrado en años, lo hubiera jurado por mi sangre y por esto espere esta tarde ocasion por la garantia de la impunidad que ofrecia su muerte durante su ausencia de Paris. Mas bien pronto conocí cuán vana era esa esperanza, porque harto adiviné luego cuanto pediamos esperar de nuestro hijo. Ahora ese negocio ha variado de sesgo, la llegada de Arturo á Paris ha desconcertado todos mis planes; el edificio que á coste de mucho tiempo habiamos levantado, ha venido al suelo en un momento: pero no temais Elena yo volveré á levantarlo de manera que nò se desplome jamás: ya se que voy á

correr peligros eminentes, pero que importa, si triunfo habré completado mi obra, sino habré perdido mi cabeza: que quereis, en el mundo todo es un juego; pero no pensemos en esto último, porque todas las probabilidades estan en mi favor, oh! que porvenir tan brillante nos espera Elena, ricos, opulentos y nada viejos vamos á entregarnos á mil placeres.... por fin habreis logrado vuestro anhelo, ser mi esposa; el mundo sin cuidarse de nuestro pasado, sin pensar siquiera en la rapidez de nuestra fortuna, deslumbrado por el brillo de vuestros diamantes os acatará como á su reina, os rendirá el tributo de su administracion como á una Soberana.

Elena le escuchaba apenas; de repente sacudió vivamente la cabeza, y preguntó con voz acongojada.

—Y ese mundo me devolverá mi hijo? decid!

—Ya os he dicho Elena, que nuestro hijo ha muerto.

—Muerto! entences tambien he muerto yo para vos y para el mundo: y levantándose dió un paso hácia la puerta.

Ricardo la detuvo por el brazo.

—A donde vais señora? le dijo.

—A un convento, á orar por mi hijo, y por mí!

—Sois muy tonta Elena, repuso Ricardo encogiéndose de hombros, pero en fin, haced lo que

querais; solo os advierto que vuestros votos no harán subir mas arriba á nuestro hijo.... porque el pobre ya se arrepentió de veras.

Estas palabras hicieron volver á Elena.

—Como sabeis vos que Rumier murió arrepentido?

—Muy facilmente, el buen muchacho me escribió media hora antes de.... suicidarse.

—Suicidado!... mentís caballero! mi hijo suicidado! á ver esa carta, pronto, pronto, oh! no quiero creerlo mientras no la vea.

—Aqui la tengo, dijo Ricardo sacando un papel de su faltriquera; ademas, el suicidio es una muerte como las otras: tomad. No contiene nada, apenas nada; al menos de importancia. Es la maldicion que da un hijo á su padre.

No puede pintarse el cinismo con que hablaba Ricardo. Elena mas muerta que viva leyó la carta, cuyo contenido es el siguiente.

« Cuando leereis esas líneas ya no existiré. Vuestra temeridad y perfidia han atraido sobre mí un cúmulo de males, que no puedo desvanecer sino pidiendo perdon á Dios, y abandonar esa vida que tan alagüeña me hubiera sido con otro padre. Si os escribo en estos momentos, que son los últimos de mi desgraciada existencia, no es para despedirme de vos, sino para que sepais que sois responsable de mis delitos, porque si soy criminal... vos sois el único culpable. Si, padre mio, carísimo autor

del mis dias, triunfaste por fin de mi timorata conciencia, ya soy lo que con tanto ahinco deseabais; vuestro hijo es ya un asesino, asesino!... comprendeis esa palabra? oh! no! vos nó la comprendeis, porque si la comprendieseis no me hubierais escitado para que siguiese la senda del crímen!... Un hombre que tenia muchos motivos para odiarme, me propuso un duelo.... en el momento fatal, apoderéme súbitamente de las pistolas y las disparo á la cabeza de mi adversario.... ¿Ois ese rasgo de valor y de generosidad de vuestro hijo?... pues ésos son los frutos que ha sacado de los paternales consejos que os ha inspirado vuestro bondadoso corazon... confiar, ahora que soy el hombre mas vil del mundo, es un delirio.... el pasado me horroriza demasiado para creer en el porvenir: mi única esperanza es la muerte! vos lo habeis querido.... caiga pues sobre vos, solo sobre vos, la justicia del cielo. — Pedro Rumier.

— No os dije yo que no contenia nada de importancia.

Elena lanzó á Ricardo una mirada de desprecio.

— No teneis fé, ni corazon, repuso con amargura.

— En cuanto á esto os engañais Elena, porque yo tango mucha fé.

— Vos!...

— Si, tengo fe en todos mis proyectos, y no me falta corazon para salvar cuantos obstáculos se me

atravesáran: ya veis hija, que no andais muy acertada en decir que no tengo fe ni corazon.

Mad. Turin habíase puesto muy pensativa desde la lectura de la carta de su hijo; hallábase sentada en un divan y con la mano apoyaba su cabeza á la que sentia un dolor estremado. No puede pintarse actitud mas dolorosa que aquella.

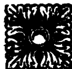
Ricardo la contempló silencioso por un momento, luego tocóla ligeramente las espaldas diciéndole.

—Es verdad señora que preferís todavia un convento á.....

—A que? interrumpió Elena.

—A ser mi esposa.

—Esposa vuestra?... jamás! jamás!



XXVII.

Venganza! ¡cuan funesta eres si alcanzas á enseñorearte en el corazon del hombre!

Carolina Montris ha dado ya su espíritu á Dios. Ninguna mujer del mundo ha muerto mas resignada que ella; sin embargo de que ninguna muer ha amado como ella á su hijo. Sus últimas palabras fueron una plegaria dirigida á Dios por la felicidad de Arturo.

¡Que sentimientos tan contrarios á los de otros tiempos reinaban ahora en el corazon de ese jóven! Ya no era aquel, que en un arrebato de amor juraba olvidar á su madre! tampoco era aquel niño que huia de Paris por el miedo que tenia á los enemigos de su familia! Era si un hombre que aunque dispuesto á luchar contra muchos, lloraba lágrimas de sangre; pero eran lágrimas que no por debilidad arrancaba su ternura filial.

Pero, Gran Dios! que cosa se ofreció á sus ojos

en el mismo momento que acababa de fallecer su madre.

Una puerta se abrió, y por ella penetraron..... Matilde y Bartolomia. Arturo dió un grito de sorpresa al reconocerlos. Matilde se lanzó subitamente á sus brazos, mientras el fiel criado contemplaba atónito el cadaver de Mad. Carolina Montris.

— Ha muerto!... murmuró con acento mezclado de dolor y de ira.

— Matilde! En que momento habeis llegado! en que momento mas terrible! oh!.... ya veis á mi madre... cielos! ¡ porque permitisteis que la asesinasen!

Los sollozos ahogaron la voz de Arturo.

— Dad treguas al dolor amigo mio, repuso Matilde.

— Es posible acaso eso? oh! vos no sabeis que en mi madre he perdido el tesoro mas precioso que puede tener el hombre en esta vida! oh! hasta hoy no habia comprendido su verdadero valor.

— Ya lo se Arturo, pero Dios lo ha querido; y es fuerza resignarse.

— Oh! la herida de mi corazon es demasiado honda para que deje de llorar ahora. Matilde ¡Matilde! vos tambien habeis tenido una madre, ¿no es verdad que padecisteis mucho al perderla?...

— Oh! si, mucho! pero lo que hizo padecerme mas todavia, fue el pensar que quedaba huerfana

y... pobre. Cuando vos Arturo, vos... si quedais huerfano, no quedais pobre.

— Una esperanza me resta Matilde, y es que vos no me abandonareis; vuestra sola presencia curará como por ensalmo todas mis heridas, el mundo que tan negro veo ahora, se me figurará entonces risueño y placentero y mi corazon se me ensanchará de gozo y felicidad. Oh! tu tambien amigo mio, añadió dirigiendose á Bartolomin que contínuaba contemplando extático á Mad. Carolina, tu tambien ayudarás á realizar ese cambio; porque tu serás para mi un fiel amigo, un caro hermano; pero tu no me escuchas Bartolomin.

El joven criado volvió vivamente la cabeza hácia á Arturo.

— No me deis ese nombre; porque ya no me llamo Bartolomin, dijo con voz grave y profunda.

Arturo le miró con asombro.

—Escuchad, continuó el criado, ha llegado ya el dia en que debo deciros quien soy; porque ha llegado tambien el dia de acabar mi obra, vengandoos completamente. No ha sido una mera casualidad que fuese sabedor de la vil trama que se urdia sobre vuestra cabeza, como tampoco ha sido casualidad, pertenecer al servicio de vuestro amigo, no, ambas cosas me han costado muchos años, muchos esfuerzos y no poca astucia. No me interrumpais. En la época de vuestro nacimiento vivian en esta casa dos criados de distinto sexo,

Antonio Roura era el uno y Margaita Moussana la otra; amaronse ambos apasionadamente, y á consejos de vuestro padre Eugenio, unieronse en himeneo, de cuyo enlace nací yo.

— Tú!... esclamó Arturo sorprendido..

—Si Arturo, el que teneis en vuestra presencia es Vicente Roura hijo de aquellos que mas tarde la justicia persiguió por únicos delincuentes del del robo de un cofrecito de diamantes que se quitó de esta misma casa. Mas escuchadme hasta el fin. Vuestro abuelo habia tenido ademas de vuestro padre, otro hijo llamado Ricardo á quien pretirió en su testamento por haber nacido de madre de oscura prosapia: irritado este de tamaño proceder juró vengarse no dejando en vida á ninguno de la familia. Su primera víctima fué Carlota Rogero que murió envenenada al cabo de poco tiempo. A esta señora siguió harto pronto vuestro malogrado padre: sin duda ignorais aun las circunstancias que concurrieron para que recibiese la muerte en un cadalso político; pero como heme propuesto nó ocultaros nada, voy á manifestaroslas francamente, á despecho de escitar vuestro encono contra la memoria de mis desgraciados padres. La revolucion estaba entonces en su apojeo; abundante era la cosecha que preparaban los sacrificadores de la humanidad, para satisfacer los unos sus venganzas originadas de resentimientos pesonales, los otros sus aposionados deseos movidos del escesivo amor á las libertades patrias. Ri-

cardo abandonando la casa paterna habia tomado parte en la revolucion para engrosar las filas de los primeros; ninguna ocasion podria ofrecerse mas propicia á sus planes que aquella: mas para estar sazonando el fruto de su maldad, para lograr el fin que se habia propuesto, faltaba una circunstancia; apesar de su talento no habia sabido captarse el influjo de los miembros que formaban el tribunal creado por la convencion, para que condenasen á un hombre sin pruebas; era pues indispensable una delacion, la palabra de uno que afirmase que vuestro padre era un infame, un conspirador, siendo el hombre mas honrado é inocente del mundo. Esa delacion no podia buscarla sino en los sirvientes de esta casa por la segura confianza que ofrecian sus palabras á aquel tribunal. Pero dos obstáculos se atravesaban para alcanzar tamaña vileza: uno era la probidad muy conocida de mis padres, otro el estrañable cariño que profesaban á M. Eugenio Montris. Mas esos obstáculos cedieron á sus pérfidos deseos valiendose de la maldad mas crüel y de la astucia mas refinada.

— ¿Y ese hermano de mi padre, interrumpió Arturo, es el mismo Ricardo Manrique de aquella carta que tu me manifestaste en Barcelona?

— El mismo, señor; pero no me interrumpais: Ese hombre estaba ya corrompido hasta la medula de los huesos, de suerte que nada le daba unir un crimen á otro crimen; sobornar á mi padre era un trivial crimen, pero era un crimen que no le

ofrecia resultado seguro, quiso pues asirse fuertemente de otro cabo á despecho de arrastrar hácia si á toda una jeneracion: pero era tan infame que poco le importaban los medios de que habia de hechar mano, mientras llegase al fin que se proponia. Contaba yo entonces pocos años aun, cuando un dia ¡ ó dia funesto para vuestro padre! pero todavia mas funesto para el mio! la luz del sol desaparecia ya de los tejados de las casas, que yo regresaba á casa al salir de la escuela; cuando un hombre me cogió por el brazo en medio de la calle y en un santiamen me metió en un coche, que despues de rodar por espacio de algun tiempo paró en un barrio oscuro y poco habitado de esta capital. Ahora que recuerdo todo esto, se me figura que todo fue un sueño, mas ay! ojalá hubiese sido solo un sueño, aun que hubiese uno de aquellos sueños que llegarian á desgarrar las mismas entrañas sino despertásemos al momento. Aquel mismo dia cuando mi padre cansado de esperarme en vano, habia salido á recorrer las calles de Paris, y despues de mil pesquisas sin fruto alguno, se retiraba lleno de congoja, un hombre desconocido se le puso delante diciéndole.— A donde vais? — No os conozco, le contestó mi padre. — Pues yo si os conosco, os llamais Antonio Roura y teneis un hijo á quien buscais ahora. Un grito de alegria arrancó mi padre al oir esto, porque pensó que aquel hombre sabia sin duda mi paradero. — Y bien don-

de está mi hijo? — Conoceis á Ricardo Manrique hermano de vuestro amo? este tiene á vuestro hijo en su poder. — Y para que tiene á mi hijo? — Para matarle, repuso el desconocido si dentro de tres horas no os presentais al tribunal á acusar á Eugenio Montris de conspirador; y no os burleis porque lo hará como os lo digo. Mi padre iba á levantar la mano sobre aquel hombre, pero al notar este su movimiento echó á correr confundiéndose entre una multitud de paseantes. No habia ningun medio de transaccion; ó delatar á Mr. Eugenio ó sacrificarme á mi: ahogar la voz de la naturaleza ó prostituir la virtud, dura era la eleccion mas mi padre que tanto apego tenia á su honradez no vaciló un momento; acalló el sentimiento de la paternidad para poder respirar libremente en la admósfera en que vivia, pero yo señor tenia una madre..... la pobre me profesaba un afecto sin igual, yo era su ídolo, su gloria, su esperanza, y su porvenir, por mi amaba á mi padre, y por mi el mundo le era lisonjero, mi muerte debia desvanecer todas sus bellas ilusiones, todos sus quiméricos sueños; ella sentia mejor que nadie sonar en su corazon la voz de la honradez y de la virtud, pero sin mi, ¿que le importaba el bien y el mal? La infeliz sin saberse quizas lo que se hacia, escogitando un momento de distraccion de mi padre se lanzó media loca al tribunal para perder á su dueño y salvar á su hijo. Al dia siguiente mientras yo

abrazaba á mi madre. Mr. Eugenio salia de esta casa para subir á un cadalso.

Matilde asi como Arturo, contemplaba absorta á su fiel compañero que en este momento habia interrumpido su relacion para enjugar un frio sudor que rodaba por su frente.

—Podeis imaginaros Arturo, continuó luego, el dolor que causaria esto á Mad. Carolina, mas no podreis jamás imaginaros el que sentia mi honrado padre; al menos aquella podia desahogarse, podia llorar, oh! el llanto es un dulcísimo consuelo para las almas afligidas, vuestra madre podia entregarse á él á su sabor; pero mi padre.... que en medio de un pesar el mas profundo habia de aparecer tranquilo; oh! tener que sonreir cuando las lágrimas salen del corazon y ya brotan por los ojos es duro, es cruel, todavia mas duro y cruel que el mismo remordimiento. Escasos dias despues, vos que erais un recien nacido fuiste llevado al campo á casa de una nodriza: no muy lejos de allí, en una quinta que forma parte de vuestros bienes, permaneció Mad. Carolina por algun tiempo: no era Paris, no era su bullicio ni sus fiestas las que debian calmar su desasogado corazon; era mas bien la apacible tranquilidad de un retiro, el salvaje aspecto de los riscos y montes, la naturaleza misma ajena de las fútiles galas que le regala la mano del hombre! Cuando la noticia de su ausencia llegó á oidos de Ricardo Manrique vino aqui, á proponer

á mis padres que eran los únicos moradores de esta casa, ¿que creereis? un delito tan infame ó mas todavia que el primero; un robo de un cofrecillo lleno de diamantes de un valor muy grande. Mi padre le rechazó con la indignacion que exigia un ultrage de esta naturaleza, mas tras las súplicas vinieron las amenazas, y recelosos de que cumpliere la promesa que hizo, de que les delataria á su señora como únicos asesinos de su esposo, huyeron de esta casa abandonándola á la infame codicia de Ricardo que supo hacer recaer todas las sospechas sobre los que menos culpables eran. Largo, muy largo seria Arturo, referiros la vida que pasaron mis padres despues que se hubieron ausentado de aquí; básteos solamente saber que mi madre falleció un año despues, y que mi padre digno por muchos títulos de mejor suerte la sobrevivió llorando amargamente su desventura. El fue quien os encontró á vos cuando niño una mañana al despuntar el alba, el fue, Arturo aquel anciano que levantándoos del suelo, os dijo, «huye infeliz de los asesinos de tu padre.» Era inocente y sin embargo á medida que iba envejeciendo creíase haber sido un criminal y que tarde ó temprano le sobrevendria un castigo del cielo, este temor mas bien que otra cosa le hizo pensar que vuestro encuentro con él, no fue hijo de la casualidad, sino dispuesto por la providencia para recordarle su culpa. Aquel dia harto cruel para mi, para que le

olvide jamás; cuando el sol acababa de retirarse de los altos collados que se levantan en los lugares en que vivíamos, tomóme mi padre del brazo y me dijo.—Vicente, hijo mio, amas á tu padre como amarias á tu madre si viviese? Estas palabras produjeron en mi un efecto inesplicable, por respuesta arrojéme á sus brazos sollozando.—Muy bien hijo mio, continuó ahora, se que me amas, y ya no vacilo en referirte las desgracias que nos han traido aqui en medio de las selvas, pero antes es preciso jures por lo mas sagrado que tienes que cumpliras mi postrer súplica. Se lo juré por Dios y por los manes de mi madre. Satisfecho de lo cual empezó á relatarme todo lo que acabais de oir. Cuando hubo concluido lo que sabeis, añadió: Hoy ó mañana cumples once años hijo mio; triste aniversario para ti, porque mi vida no puede pasar de hoy ó mañana; bien reconozco que el recuerdo de hoy me ha herido de muerte. Atiende; apesar de tus pocos años voy á confiarte un cargo de un peso muy grande; el nombre de tus padres está cubierto de una mancha, tu la has de lavar; tu hijo mio vindicándome á la faz de todo el mundo del oprobio que sobre mi ha caido, has de vengar á la viuda é hijo de mi bienhechor, de las tropelias que ha cometido contra ellos Ricardo Manrique; juzgo que este infame no estará todavia satisfecho, es codicioso del oro pero aun lo es mas de la sangre de esa infeliz familia, ve á Paris hijo mio y procura

descubrir todas sus asechanzas, para hacerlas infructuosas; y cuando la edad te permita medir sus fuerzas con él, libra á la tierra de semejante mónstruo. Esto es todo lo que deseo. Quiso luego darme instrucciones, apesar de haberle interrumpido varias veces diciendo: que aun contaria muchos años de vida para podérmelas dar mas tarde. A estas palabras hacia un movimiento de cabeza que parecia decir: no, mi vida es corta. Dios mio! harto lo adivinó. Aquella noche mi padre no cerró una vez los ojos: al dia siguiente estaba muy malo, conseguí á duras penas que un médico se llegase á casa, cuando le hubo tomado el pulso me dijo.—Está demasiado débil para resistir remedio alguno. Y se fué abandonándome á la mas dolorosa afliccion; en todo aquel dia apenas pronunció mas palabras que estas.—No olvides nada! recuerda que te lo pedí en mis últimos instantes! la promesa que se hace á un moribundo padre es sagrada! Por la noche no hablaba ya. De la vida pasó á la muerte, mas sin agonía, sin dolor, con una suavidad, lenta si, pero casi apacible y dulce. Cuando hube cumplido con los deberes humanitarios y filiales, pensé en obedecer su voluntad y seguir al pié de la letra sus instrucciones. No habian transcurrido tres dias que ya con el nombre de Bartolomin habia entrado al servicio de Ricardo, el objeto que llevaba en ello es muy visible ¿de que modo podia velar mas de cerca á vos y á vuestra madre que

estando al corriente de los secretos de vuestros perseguidores? El resultado ha coronado en parte mi celo y constancia. Ahora que sabeis Arturo quien soy, os pido por única recompensa de mi asiduidad que perdoneis de corazon el agravio que hizo mi pobre madre á vuestro desgraciado padre.

¡ Cuan tristemente bello era aquel cuadro ! Un cadaver se vislumbraba en su fondo, al rededor del cual Arturo y Matilde escuchaban con embeleso al fiel criado que con el acento mas patético referia su misteriosa vida ! La amortiguada luz de la tarde que daba de lleno en sus semblantes, acababa de dar un mayor realce á semejante espectáculo.

Al concluir Vicente su relacion Arturo le estrechó entre sus brazos, diciéndole.

— Oh ! que es lo que yo puedo hacer por ti.

— Ya os lo he dicho Arturo, perdonar á mi madre.

— Tu madre, acaso fue culpable ella.... y si lo hubiese sido tambien la perdonaria de corazon.

— Gracias Arturo, gracias, esclamó el criado mirando á Arturo como miraria á su salvador.

— Pero ese hombre, ese Ricardo Manrique á donde vive, quieres acompañarme á su casa? Oh ! ya ha sonado la hora de la venganza!

— Sí, ya ha sonado esta hora, el mismo ha dado la señal; veis? este será su último crímen, escla-

mó el criado señalando con el dedo el cadáver de Mad. Carolina.

—A donde vais? repuso Matilde adivinando la idea de su amante y compañero.

—A donde voy? á matar á ese hombre, ó á morir de sus manos.

—Morir!....

—Oh! no temais, gritó Vicente asiendo fuertemente el brazo de Matilde que iba á detener á Arturo, yo os respondo de él señora: en tanto que nosotros vamos á cumplir con el deber de hombres, vos podeis cumplir con el de mujer, vuestras armas Matilde son el llanto, mas las nuestras son la venganza!



XXVIII.

La esperanza, este unico goce que habia alimentado por espacio de mucho tiempo, desvaneciose de repente como lijera nube á un menor soplo de viento.

Era la hora postrera de la tarde, cuando Ricardo Manrique se hallaba reclinado en un divan de su casa, recogido y meditabundo. El brillo siempre animado de sus ojos ofrecia entonces mas que nunca, ese aspecto aterrador que caracteriza á los grandes criminales en el momento de echar mano del último recurso, para salir airosos de la lucha en la que su temeridad ha sido ya vencida. De repente sacudió la cabeza y dijo con vos apenas perceptible.

—Cuanto tarda!... ah! todo lo que tengo, no es mas que el temor de que tarde él.... demasiado; no puede ser otra cosa; no, de ninguna manera: las mas de las enfermedades nacen por la preocupacion del hombre, basta que dijera moriré, para

que muriese; afuera pues ese miedo, lejos de mi todas esas debilidades, yo quiero vivir para satisfacer mi apetito de venganza. Oh! de algun tiempo á esta parte, jamas habia sentido tanto odio como ahora contra esa familia de Montris, el rencor de un dia renace en el momento de llegar al colmo de las esperanzas; oh! será porque todas las heridas que causaron á mi corazon se abran al solo recuerdo de mi infortunio.

Calló, dió algunos pasos precipitados por la estancia, y despues de haber pasado la mano por su frente prosiguió.

— Es muy singular! nunca me habia sucedido; sudo y siento frio, bah! no pensemos en ello! Ademas yo creo que para cortar el hilo de los dias de un hombre hay muchos medios, pero uno que sea infalible no hay otro que el de matarlo: en verdad que jamas habia raciocinado tan bien como ahora; oh! antes fuí un necio en confiar ese negocio á las débiles manos de mi hijo, que diferencia entre él y Bartolomin, á buen seguro que sin Rumier no hubiera puesto Arturo los pies en Paris; el debió impedirle que levantase la mano sabre su cabeza; de otro modo yo que conozco á ese joven se muy bien que no hubiera dejado de obedecer mi mandato: ahora ya será otra cosa, lejos de verse impedido como allá en Barcelona, tendrá dos estimulos poderosos, uno mi voz y el otro la codicia de una buena recompensa. Mas como tarda tanto ese mu-

chacho, que es lo que le habrá impedido detenerse tanto tiempo en aquella capital? oh! cada instante que transcurre es para mi un siglo de agonía.

Apenas acabó este soliloquio cuando se oyeron tres ó cuatro golpes en la puerta de aquella estancia. Ricardo permaneció por un momento indeciso luego se miró á un espejo que pendia de una de las paredes y despues de haberse compuesto su desliñado trage, sàlió á recibir al que llamaba.

Al abrir la puerta dió un grito de alegria; habia reconocido á su criado Bartolomin; la presencia de un desconocido puesto que jamas habia visto á Arturo le enfundió un recelo que cambió en sobresalto al oir de su criado estas palabras con el aire mas natural.

— Permitid mi amo la entrada á este joven que es de los amigos.

Ricardo miró de arriba á bajo á Arturo frunciendo el ceño, este siguió á los dos hasta á una regular estancia de la casa; al llegar á ella el criado se acercó á Ricardo y le dijo.

— Como os he dicho ya, este joven será de los amigos.

— Que quieres decir con esto? murmuró Ricardo que empezaba á llenarse de mal humor al oir hablar tan abiertamente á su criado; no te entiendo, acaso trato yo de conspirar contra el rey para ver en los hombres, amigos ó contrarios?

— No, mi querido amo, contestó con descarada

sonrisa Bartolomin, solo tratais de conspirar contra todos los miembros de una familia de la que ese jóven es acérrimo enemigo.

—Mientes como un fementido, gritó irritado Ricardo; yo no conspiro contra ninguna familia, sábelo! y si ese joven á quien no conozco poco ni mucho tiene rencillas con otros, hábeselas en hora-buena con ellos que no no tengo que eutrometerme en cosas que no me atañen.

—Muy mal recibís amo mio al que es poseedor de todos vuestros secretillos.....

—Calla esa lengua malvado! interrumpió Ricardo dando un paso hácia Bartolomin.

Este bajó los ojos en señal de temor ó de respeto.

—Eres muy bellaco Bartolomin, continuó el amo con menos cólera; despidè á ese joven porque tenemos que hablar, vamos, obedece.

—Es imposible, mi amo contestó el criado guardando la misma postura, porque he jurado á su querida no separarme un solo dedo de él.

Ricardo comprendiò entonces que las palabras de su criado envolvian un misterio; á la sola idea de que hasta él iba á apostrafarle en su misma casa, toda la sangre se lo subió á la cabeza; asióle fuertemente por el hombro y echando fuego por los ojos gritó.

—Miserable!... tratas de imitar á los otros!... oh! maldito sea, si sales vivo de entre mis uñas!..

y vos caballero, continuó dirigiéndose á Arturo, salid inmediatamente de esta casa; ois?

Arturo sin dar un paso atras, se sonrió amarga y ferozmente. Mas el criado sacando una daga dijo á Ricardo.

— Mi amo libertadme de esa mano que pesa demasiado sino... tambien maldito sea, si tengo necesidad de vos para ello.

— Infames!... habeis venido á asesinarme!

— En este caso, prorrumpiò Arturo con energía, no haremos mas que lo que vos habeis hecho con mi pobre madre!

— Aqui teneis á Arturo! esclamò el criado cambiando de tono, aqui le teneis!... vengaos ahora, envenenador! asesino!

Ricardo quedò anonadado á este golpe, miró con pasmo á todos los objetos que tenia á su alrededor, como para cerciorarse de si era realidad ò ilusion lo que pasaba.

— Arturo!... balbuceò cayendo falto de vigor, en el divan; Arturo aqui!...

— Si, hombre vil! aqui me teneis, para pediros cuenta del mal que habeis hecho á mi familia.

— Oh! es falso; yo no he hecho jamas mal á nadie.

— Mi madre acaba de morir envenenada; y vos sois quien la ha hecho envenenar!

— Os han engañddo, yo no conozco á vuestra madre, replicò Ricardo pasando la mano por su

frente que empezaba á obscurecerse.

—¿Y esta arma! esclamó el criado mostrando la daga que tenia en la mano, la conoceis?... vos me la entregaste para clavar en el pecho de ese jóven inocente.

—Tu tambien Bartolomin!.... tu tambien!.... repuso Ricardo con un acento de reconvencion. Ira de Dios! todos me abandonan; mi amante.... mi hi-hijo.... pero tú.... tú, ah! yo que te creia el mas fiel de todos, que te amaba con el cariño de un padre.... Oh! tu no eres Bartolomin, tu no eres mi criado. Oh! de ninguna manera eres aquel que con el mayor celo me ha servido por espacio de tantos años.

—El mismo soy, y si os he servido con celo, ha sido solamente para descubrir todas vuestras fechorías, para arrancaros la máscara y para vengar á una familia de todos los crímines que habeis cometido: he sido hipócrita, pero he debido serlo para cumplir el juramento que hice á mi moribundo padre.

—Un juramento!...

—Un juramento! os admira, un juramento de velar á este joven á quien nunca habeis dejado de perseguir.

—Oh! esto es un sueño.

—He aqui de que manera pensais todos los criminales, cuando cansada la divina providencia de vuestras infamias va ha depararos un infalible cas-

tigo; os salis con que soñais, oh! entonces aborreceis la realidad de lo que pasa y deseais que todo sea una quimérica ilusion, no Ricardo, no soñais, y es tan cierto esto como lo es, que vos sois el asesino de los padres de Arturo de Montris.

— Oh! quien eres tú? has salido acaso del infierno?...

— Quien soy, preguntais! sabedlo por fin, me llamo Vicente Roura y soy aquel niño que años atrás arrancaste del seno de su familia, para serviros de él como un instrumento para perder al padre de Arturo, soy el hijo de aquella pobre madre que delató á su señor para compraros mi vida!...

— Oh! basta, voz del infierno, basta!

— Soy el único descendiente de aquellos leales servidores á quienes vos fuiste á tentar en vano por medio de la codicia; de aquellos á quienes obligaste por vuestras amenazas á ir á esconderse en lo mas obscuro de los bosques.

— Por piedad! basta, interrumpió Ricardo palideciendo cada vez mas; luego murmuró para sí, bien sabia que habia hoy de sucederme algo.

— Piedad! la tuviste acaso de mi madre esclamó vivamente Arturo.

— Y de la mia! la tuviste cuando le quitaste á su hijo, á su único hijo! no comprendiste cuanto habia de padecer, cuantas lágrimas habia de derramar, cuanto desconsuelo habia de sentir! hombre sin conciencia, os acordais de aquel dia?... oh!

dia de fatalidad y de llanto!

—Oh! dejadme! dejadme!...

—Que se os deje para que mañana volvais á cometer nuevos crímenes! harto dolor ha costado vuestra existencia: no saldremos de aqui.... sin que antes no haya cumplido el juramento que hize á mi padre moribundo. Preparaos, Ricardo Manrique, que este puñal que vos me entregaste, ha de servir para vos mismo!

—Mátame, si te atreves, mátame!...

Estas palabras las pronunció Ricardo como si estuviese en la agonía: no era sin duda el miedo que podian infundirle Arturo y su criado, lo que habia entimidado de tal modo su espíritu, no; sentia que sus fuerzas iban debilitándose mas cada momento, pero no por el terror de la muerte, sino por una enfermedad cuya causa le era desconocida y que se apoderaba lentamente de su cuerpo, enfermedad atroz que ofrecia por síntomas una contraccion de boca y una palidez mortal.

Arturo detuvo el brazo de Vicente que iba á undir la daga que tenia en la mano en él pecho de Ricardo.

—No ès el hombre esclamó quien ha de castigar con la muerte al criminal; la vida del que es hecho á semejanza de Dios, solo para Dios deja de ser sagrada.

Ricardo miró con asombro á Arturo.

Este continuó.

— Deja amigo mio al creador la facultad que tiene de disponer de nosotros; dia vendrá que el bueno se hallará con su recompensa y el malo con su castigo; en tanto llegue ese dia deja á ese hombre que se arrepienta de veras de todo el daño que ha ocasionado.

— El arrepentirse!... no lo creais Arturo.

— Se arrepentirá! y de no, ay de él! si se arrepiente. Dios le perdonará que un sincero arrepentimiento lava todo pecado.

Ricardo quiso contestar á estas palabras, mas inutilmente. Sus labios se abrieron con violencia, y ningun sonido articulado salió de ellos. Trató de levantarse y de estender los brazos, pero sus brazos apenas cambiaron de posicion, y sus piernas solo pudieron hacer un ligero movimiento.

Acaba de ser atacado por una apoplegía fulminante.

Arturo y Vicente contemplaron atónitos este fenómeno estraordinario.

— Veis? dijo el último: Dios le ha castigado.

— Infeliz!

Todo el cuerpo de Ricardo era una masa de carne muerta, solo vivia de él su espíritu. Sus ojos de un blanco mate se volvieron encarnados y rodaban convulsivamente por sus órbitas como si buscasen un objeto.... de repente se fijaron en el cielo.... y entonces se inundaron de lágrimas.

Era la segunda vez que este hombre lloraba.

Media hora despues, solo quedó en aquella estancia un cadaver!

. . . .

. . . .

Pasado algun tiempo, jurábanse dos jóvenes al pié de los altares un amor eterno. Eran Arturo y Matilde. Esta niña que tanto tributo habia rendido á la desgracia, vió al fin renacer en su corazon la mas placentera calma; el amor, ni por un momento desmentido de su esposo, y su conciencia á la que satisfacia alijerando en lo posible las necesidades de sus semejantes; contribuyeron muy mucho á ello.—Montris compensó la lealtad de Vicente Roura entregándole la administracion de todos sus bienes.

¡Qué risueña perspectiva se ofreció desde aquel entonces en el porvenir de Arturo! Sus inquietudes y pesares cambiaron en una completa bienandanza ¡Oh! ¡Y cómo podia suceder otra cosa, cuando sentía palpitar tan cerca de sí á dos corazones de amor y de gratitud!...

FIN.

ERRATAS MAS NOTABLES.

Páginas.	*Líneas.*	*Dice.*	*Lease.*
5	4	eroba	le roba
8	2	cubren	cubran
19	2	preferido	preterido
28	18	pel	del
34	4	involuntaria-mente	voluntariamente
40	26	¿eso verdad?	¿no es verdad?
41	8	oi	si
44	11	con amigo	conmigo
50	22	dejado	deparado
53	24	cuando	cuanto
54	14	de honor	deshonor
58	8	parajas	barajas
58	16	no valdra	valdra
60	5	que cosa	cosa que
64	14	vos aprobais	tu apruebas
68	17	nadan	nadando
74	16	inmorlizar	inmortalizar
85	11	imposibilidad	impasibilidad
86	6	seguir	dejar de seguir.
102	23	raciocinio	rociocina
104	9	Roqueroz y Eusebio	Regero y Eugenie
137	28	infornio	infortunio
175	12	Modestin	Bartolomin

Se halla de venta en la librería de la señora Viuda é hijos de Mayol, calle de Fernando VII.





